PACO ROMERO GARCÍA

TIRITAS EN EL ALMA

Editorial Soldesol

PACO ROMERO GARCÍA

TIRITAS EN EL ALMA

Editorial Soldesol

Paco Romero García

tiritas en el alma

Editorial Soldesol

SINOPSIS

¿Son vidas destinadas a encontrarse o, simplemente, maravillosas casualidades?

Cuenta una leyenda japonesa que aquellos que están destinados a encontrarse y vivir una historia importante están unidos por un hilo rojo. No importa el tiempo que pase o cuándo se encuentren. El hilo puede enredarse, estirarse, tensarse o desgastarse, pero nunca romperse.

Hay seres, personas o animales, cuyos caminos confluyen y se salvan mutuamente. Son encuentros que dan sentido a una vida que parecía haberlo perdido, que curan las heridas del alma y ponen tiritas en el corazón.

CRÉDITOS

tiritas en el alma

© 2022, Paco Romero García

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol
(EditorialSoldeSol.com)
Más información del libro en Editorial SoldeSol

EditorialSoldeSol.com

Los derechos de este libro quedan reservados a su autora. Puede dirigirse a ella para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de este contenido.

Para todos esos seres de luz que,
al cruzarse en nuestro camino,
nos rescatan, ayudan y guían.
A los que curan el alma.

TIRITAS EN EL ALMA

PRÓLOGO

Cuenta una leyenda japonesa que aquellos que están destinados a encontrarse y vivir una historia importante están unidos por un hilo rojo. No importa el tiempo que pase o cuándo se encuentren. El hilo puede enredarse, estirarse, tensarse o desgastarse, pero nunca romperse.

No tengo claro si el destino existe o si las relaciones que establecemos con esas personas o animales con los que nos cruzamos y cambian nuestra vida para siempre son fruto de un encuentro fortuito. El caso es que hay momentos en nuestra vida en los que aparecen justo cuando más los necesitamos. Pueden ser relaciones puntuales o para siempre, pero llegan para poner tiritas en el alma.

Y es así cómo el amor se hace incondicional. No por amar a pesar de todo, sino por amar desinteresadamente, sin esperar nada a cambio, pese a que te ofrece todo lo que precisas. Es un amor que no entiende de sexos o de especies, que derriba todas las fronteras. Que te hace querer ser mejor persona y te ayuda a crecer.

Sea ese hilo rojo, el destino o una maravillosa casualidad, hay momentos donde precisamos que nos saquen del abismo, que nos den ese empujón que nos haga salir del bloqueo vital en el que nos hallamos. A veces, nos ayuda encontrar a ese alguien que nos cure las heridas que no se ven a simple vista, esas que cicatrizan muy poco a poco y que, a menudo, dejan cicatrices que estarán siempre presentes. En ocasiones, literalmente, te salvan la vida... y, a menudo, la salvación es mutua.

La leyenda japonesa nos cuenta que ese hilo rojo conecta directamente los corazones destinados a encontrarse justo en el momento y circunstancias oportunas.

No sé si creo en el destino, pero cuando esto ocurre es difícil pensar que es fruto de una simple casualidad. Lo cierto es que hay seres y personas que llegan a tu vida sin buscarlas y le dan sentido a todo tu mundo.

«Hay un camino seguro para llegar a todo corazón: el amor»

Concepción Arenal

Y como pequeño homenaje a nuestro célebre paisano, Miguel de Cervantes, comenzaré este libro diciendo: «En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...».

1. LENA

¿Un segundo puede durar una eternidad? Nunca había imaginado que el dolor tuviese la capacidad de congelar el tiempo y que me dejase encerrada en ese momento, pese a que el tiempo prosiguió su curso para los demás... menos para mí y para mis padres.

Aquel atardecer otoñal ofrecía unos colores tan increíbles que no pudimos resistirnos a subir a la azotea de nuestro edificio para hacernos fotos de esas que acumulan *likes* en las redes sociales. Era un atardecer tan espectacular, que esos rojos, azules y violetas había que inmortalizarlos.

—Me encanta la foto que te he hecho mientras saltabas. ¡Parece que está editada! —me dijo mi hermano mellizo con una sonrisa de satisfacción.

—Sí, es ideal para ganar seguidores —contesté con fascinación e imaginándome todos los comentarios y *likes* que tendría.

Intuía que mi hermano no paraba de pensar cómo hacerse una foto que superase la mía. Y su media sonrisa me indicaba que ya la tenía pensada, mientras se acercaba al borde del murete.

—No estarás pensando subirte ahí.

—No va a pasar nada —me respondió lleno de confianza—. Va a ser solo un momento y sabes que va a quedar genial.

—Ten mucho cuidado, por favor.

Cogió impulso y se subió. Se puso de pie y se dio la vuelta para mirarme mientras mantenía el equilibrio en una superficie en la que apenas cabían sus pies.

—Venga, hazme unas cuantas fotos —dijo mientras abría los brazos —. ¡Me siento como si volase!

La verdad es que sus fotos, como siempre, iban a ser mejores que las mías. Quizá por eso tenía el doble de seguidores que yo y conseguía más interacciones en sus publicaciones. Es lo que le empujaba a buscar la captura más original y, a veces, más arriesgada, como en este instante.

—Venga, baja ya —le supliqué—. Ya tienes unas fotos geniales, como siempre. ¿Podemos irnos?

Y fue en ese momento, mientras se agachaba para bajarse, cuando noté que perdía el equilibrio. Corrí hacia él gritando su nombre mientras desaparecía tras el muro.

Me asomé y lo vi allí abajo, tumbado en el suelo boca arriba, con un charco de sangre alrededor de la cabeza que crecía poco a poco y los ojos abiertos sin vida. No supe reaccionar. Me quedé paralizada y no podía apartar la vista de ese charco rojo oscuro que crecía y crecía.

Fue una vecina la que avisó a mis padres, que salieron a la calle chillando y llorando.

—¡Mi niño, mi niño! —gritaban desesperados.

—La ambulancia está en camino, no lo mováis —anunciaba otro vecino que salió a la calle alertado por los gritos.

Yo solo fui capaz de acurrucarme en el suelo con la espalda pegada al muro desde donde lo había visto caer. Me abracé las rodillas y me quedé sin pensar en nada. Sin llorar. Sin reaccionar.

Me quedé atrapada en ese instante y mi mundo se paró. Fue el mismo vecino que había avisado a la ambulancia el que me encontró cuando subió a la azotea para ver desde dónde se había precipitado mi hermano. Me sujetó con firmeza mientras me ayudaba a ponerme en pie y me bajó a su casa. Mientras yo no decía nada. No era capaz de decir nada.

Mi hermano llegó muerto al hospital. No pudieron hacer nada por él. Había perdido su vida con apenas diecisiete años. La misma edad en la que se paralizó mi vida.

Me llevaron al hospital y me encontré con mis padres, que estaban rotos por dentro, aunque ellos sí que lograban mostrar sus sentimientos. Mientras que yo no sentía nada.

Me abrazaron. Lloraron. Y yo solo me dejé abrazar.

Al entierro acudieron toda nuestra familia y sus amigos, que también eran los míos. Todos mostraban su dolor y su rabia. La rabia era un sentimiento bastante extendido porque nadie debería perder su vida cuando apenas la está iniciando. Cuando quedan tantas cosas por vivir y sentir.

Yo me limité a sentarme junto a mis padres, con la mirada perdida, asintiendo de forma mecánica a lo que me decían todas las personas que se me acercaban. Aunque en realidad no escuchaba nada.

2. UN PERRO

He olvidado casi toda mi infancia. Me separaron enseguida de mi mamá, de la que recuerdo el color negro de su pelo, igual que el mío. Y su olor... jamás olvidaré su olor. Apenas había empezado a comer por mí solo y ya me había comprado una persona que jamás fue amable conmigo.

Compartí mis primeros meses con otros galgos como yo. Todos teníamos miedo a nuestro dueño, que de vez en cuando venía y nos enganchaba a su coche con unas correas y nos hacía correr. Era muy cansado, pero hacíamos lo posible por mantener el ritmo y no caernos.

No recuerdo tener un nombre. A veces me llamaba *campeón* y a veces, cuando se enfadaba, *hijoputa*. Dependía de si había hecho bien lo que esperaba de mí.

Muchos de mis compañeros iban desapareciendo, ya que según nuestro dueño «no valían para cazar». Yo sí que le era útil, hacía lo que me pedía por una simple razón: la supervivencia.

Nos tuvimos que acostumbrar a los disparos. Incluso a veces tan cercanos a nosotros que era común que nos alcanzase algún perdigón. Todos teníamos el cuerpo cubierto de heridas y cicatrices por culpa de esos perdigones o por correr muy rápido cerca de matorrales cuyas ramas iban rasgando nuestra piel. Y las almohadillas de nuestras patas se agrietaban y abrían por esas duras carreras entre piedras afiladas. Nos echaban un espray verde en las heridas y esperaban que se curasen solas.

—Me vas a tener que vender ese perro —decía alguno de sus amigos mirándome con codicia.

—Este no lo vendo, para uno que me caza bien...

Cuando no estábamos cazando o entrenando, vivíamos en un pequeño zulo, sin apenas luz. Teníamos que dormir en el suelo y la comida consistía en cubos de pienso que cambiaban una vez por semana y pan duro.

Una mañana, mientras cazábamos, uno de mis compañeros pisó mal

una piedra en plena carrera y cayó al suelo chillando. No paraba de llorar mientras mi dueño y otros cazadores que lo acompañaban se acercaban a él.

—No me jodas, se ha roto la pata —dijo enfadado.

—Mátalo, ya no te sirve para nada —sentenció su compañero.

Un disparo en la cabeza, a bocajarro, acabó de golpe con su sufrimiento y su corta vida.

Volvimos a nuestro zulo con el miedo en el cuerpo. Tristes y asustados. No era el primer compañero que perdíamos, pero hasta entonces simplemente desaparecían. Jamás habíamos sido testigos de lo poco que valía nuestra vida para ellos. Solo estaríamos a salvo mientras fuésemos útiles.

3. LENA

Mis padres empezaron a vivir en modo automático. Meses de ayuda psicológica les estaban permitiendo aferrarse a una vida que avanzaba implacable.

Yo, sin embargo, me había quedado anclada en ese momento. Un segundo que se había hecho eterno. Había vuelto al instituto, pero no atendía en clase, no estudiaba para los exámenes y no hablaba con nadie. Mi cuerpo cumplía con las actividades básicas de mi día a día, pero mi mente no estaba allí, mi presente no existía. Solo el pasado.

Mis amigas intentaron ayudarme, pero poco a poco se fueron apartando al ver que las dejaba de lado. Supongo que respetaron mi decisión o, simplemente, eran conscientes de que no podían hacer nada por mí.

Cada día me levantaba, desayunaba muy poco ya que casi nunca tenía hambre, me vestía con lo primero que encontraba y me iba al instituto. Pasaba las horas en silencio hasta que tenía que volver a casa. Comía junto a mis padres, la mayor parte del tiempo en silencio. Algo que agradecía... Después me iba a mi cuarto para que mis padres pensasen que estaba estudiando mientras escuchaba música. Era lo único que me distraía. Escuchaba en bucle la música que le gustaba a él: grupos en español, de los ochenta y noventa, pues no soportaba el silencio, ya que cuando me abordaba, era mi mente la que no callaba. Trataba de evitarlo a toda costa. Así hasta la hora de cenar.

—¿Qué tal te ha ido el día, cariño? —solía romper el hielo mi madre, con una sonrisa melancólica.

—Bien, como siempre —era mi respuesta automática.

—¿Y en el instituto...? —se preocupaba mi padre.

—Pues más o menos. Intento ponerme al día —mentía. Entre el retraso que llevaba y mi poco empeño, el curso estaba perdido.

—Muy bien, cariño; no te preocupes —concluía mi madre intentando que no me sintiese mal.

Algunos profesores, conscientes de mi situación, fueron benevolentes

conmigo y me aprobaron sus asignaturas por la mínima. Pero la mayoría, como no podía ser de otra forma, me suspendieron.

Así concluyó el curso. Y tras finalizarlo no inicié los trámites para ir a la Universidad. Mi vida había cambiado por completo. Atrás quedaron sueños y motivaciones relacionados con un futuro que ya no existía en mi cabeza. Ni tan siquiera el presente. Vivía en el pasado. En ese momento que cambió mi vida.

4. UN PERRO

Nuestra rutina no cambiaba ni un ápice. La mayor parte del día estábamos encerrados sin apenas luz. Un par de veces a la semana, venía nuestro dueño a rellenar los barreños con un pienso insípido y nos arrojaba algunos trozos de pan duro por el que nos peleábamos, pues era lo único con un sabor agradable. El agua la cambiaba de vez en cuando, aunque el moho verde de los cubos seguía ahí.

En las épocas que no salíamos a cazar, nos ataba a su coche más a menudo. Odiaba esa parte ya que era muy fácil hacerse daño con las piedras del camino o tropezarse con un compañero, lo que conllevaba ser arrastrado si no conseguías mantener el equilibrio.

También teníamos una compañera a la que tenía pariendo continuamente. Al nacer los cachorros, los apartaba con la madre hasta que comían solos. Después los vendía, mientras que a ella la volvía a traer junto a nosotros para que la dejásemos embarazada de nuevo. Y así hasta que su cuerpo dijo basta y en un parto no sobrevivió. Esos cachorros no tuvieron ninguna oportunidad. Directamente los metieron en una bolsa de plástico y se los llevaron.

No sé si odiaba a esa persona, ya que el miedo eclipsaba el resto de mis sentimientos. Tampoco ayudaba que cada vez más a menudo me llamase *hijoputa* en lugar de *campeón*...

5. ABRIL

Yo sé que para Lena siempre he sido invisible. No pertenecía a su grupo de amigos. Ellos no paraban de divertirse, eran populares. Los dos hermanos tenían muchísimos seguidores en sus redes sociales. Pero ahora parecía ella la que se había vuelto invisible para el resto del mundo... menos para mí.

Yo siempre he estado en un segundo plano. No me gustaba destacar y tenía pocos amigos. Amigos de verdad, creo que ninguno. Me centraba en mis estudios y en mis fotografías. Desde que conseguí que mis padres me comprasen una cámara réflex podía dar rienda suelta a mi creatividad y expresarme a través de mis fotos. Veía el mundo desde un punto de vista distinto a todos los que me rodeaban. Algunas fotos se las enseñaba a mi círculo cercano, incluso presumía de ellas. Pero otras las guardaba solo para mí. Esas fotos tenían una única protagonista: Lena.

Gracias a esas fotos, que le hacía a escondidas, había sido espectadora de excepción del cambio que había sufrido tras la muerte de su hermano. Había pasado de desprender felicidad y una energía desbordante a reflejar una mezcla de melancolía y tristeza que se extendía a su forma de mirar, de moverse y de callar.

Fui testigo de cómo su entorno pasó de sentir pena por ella a ignorarla y seguir con su vida como si nada hubiese pasado. Puede que ella tampoco tuviese amigas de verdad. O que la amistad real no exista y siempre sea interesada. En los momentos buenos es difícil de saber, pero es en los malos cuando todo se aclara. Son pocas las personas que permanecen contigo si todo se pone cuesta arriba.

Yo hubiese estado a su lado en los buenos y malos momentos. No tenía dudas. Pero el miedo al rechazo, mi timidez y mi dificultad para entablar relaciones con otras personas siempre ganaron la batalla ante la posibilidad de intentar ser, como mínimo, su amiga.

Mis fotos eran la forma que tenía de conocerla. Y no solo su pelo castaño rizado, sus ojos verdes o sus mejillas sonrosadas que destacan

sobre su piel pálida cuando sonríe. Sino sus expresiones, su mirada, su extrovertida manera de ser. La luz que desprendía. Creo que todo quedaba reflejado en mis fotos. Y sentía pena por cómo todo eso se había quedado encerrado en su interior. Las últimas fotos que le había hecho reflejaban una mirada vacía y una pérdida total de ilusión ante la vida, por la que parecía arrastrarse esperando que el tiempo pasase lo más rápido posible.

Nunca olvidaré el día que, por accidente, chocó contra mí en el pasillo del instituto y se volvió preocupada:

—¡Perdóname! ¿Estás bien?

—Sí, no ha sido nada. —Me ruboricé.

Y ella sonrió, lo que hizo que agachase la cabeza. No fui capaz de aguantarle la mirada. Me daba miedo que descubriese que tras mis ojos se escondía una mezcla de admiración y deseo.

Esa sonrisa la tengo anclada en mi memoria. A veces hemos cruzado miradas, algún «hasta luego», pero jamás ha vuelto a sonreírme así.

Y es que fue con ella con quien comprendí que, en realidad, me gustaban las chicas. Al principio creía que no había superado esa etapa infantil en la que decíamos que los chicos nos daban asco y, mientras que en plena adolescencia el resto de chicas de mi clase empezaban a tontear con ellos, yo seguía sin hacerles ni caso. Podía reconocer que alguno era guapo, pero no sentía ninguna atracción hacia ellos. Sin embargo, Lena conseguía que mi corazón palpitase más fuerte y me pusiese nerviosa solo con verla. Y a partir de ahí me fui fijando en que eso que las demás sentían por los chicos, a mí me pasaba con ellas.

Tenía miedo a que mis padres descubriesen mis gustos. Siempre han sido muy tradicionales, aunque han acabado por respetar, resignados, mi forma de ser y de ver la vida. Aceptaban que era distinta al resto y ya no se quejaban de mi ropa ancha, de mis gafas de pasta o de la coleta que siempre llevaba por ser lo más cómodo.

Y no es que no me importase mi estética. Es que precisamente así es como me sentía cómoda. Mi forma de vestir encajaba conmigo y lo que opinase el resto me daba igual.

Contaba los días para irme de casa. La universidad debía ser mi vía de escape, donde poder mostrar mis sentimientos libremente. Desde que empecé a sentirme atraía por Lena, me notaba atrapada en mi casa y en mi pueblo. No sabía si mis padres lo aceptarían, pero yo no me veía capaz de hacerlo público, por lo que las ganas de huir aumentaban. Pese a que eso significase apartarme de Lena. Tenía que ser pragmática; no veía posible un futuro donde fuésemos pareja y mi timidez hacía imposible, por ahora, que yo le dijese lo que sentía por ella.

6. LENA

El verano llegó cargado de tiempo libre. Tiempo para pensar... y eso no era bueno. El psicólogo creía que estaba mejorando, ya que había aprendido a fingir. Algo que me hacía la vida más sencilla. Fingiendo, mis padres se preocupaban menos por mí. Hacerles creer que estaba superando el duelo les tranquilizaba. Solo por eso, merecía la pena.

Necesitaba ocupar mi tiempo. No dejar a mi cabeza pensar libremente. Y aunque, en otras circunstancias, tras suspender tantas asignaturas mis padres me hubiesen tenido castigada todo el verano, en realidad creo que ni se enfadaron conmigo. Era una mezcla de comprensión y de no querer que me sintiese aún peor.

Yo cada día tenía más decidido que no quería volver a estudiar el próximo curso. No encontraba ninguna motivación para hacerlo. En realidad, no encontraba ninguna motivación para nada.

Mis padres lo llevaban como podían, pero ese verano no hablaron en ningún momento de irse a la playa como otros años. Siguieron con su vida normal. La monotonía les ofrecía la estabilidad que necesitaban. Ellos seguían trabajando en la tienda familiar y habían pospuesto sus días de vacaciones. Aunque sí que habían empezado a ir a la piscina municipal los fines de semana.

—Hija, deberías venirte con nosotros a darte un baño, este calor es insoportable —casi suplicaba mi madre intentando animarme.

—No, de verdad. No me apetece.

—En algún momento tendrás que salir de casa. ¿Por qué no quedas con tus amigas? Necesitas distraerte.

—Tranquila, mamá, estoy bien. No te preocupes por mí.

Por un lado, sentía el anhelo de volver a hacer una vida normal. Poder volver a disfrutar de distintos momentos: quedar con amigas, ir a la piscina, salir de fiesta... El verano solía ser mi época favorita del año, pero en realidad no me apetecía hacer nada. Todo me parecía superficial y no encontraba sentido a las actividades que antes me divertían. Y lo que más me dolía era que la vida parecía seguir con

normalidad a mi alrededor. Era como si la pérdida de mi hermano no afectase en nada a los demás. Como si les fuese indiferente. Mientras el resto avanzaba yo me había quedado anclada.

Si la vida iba a ser así, empezaba a dudar de que mereciese la pena vivirla...

7. UN PERRO

El verano era mi época favorita del año. El calor era la sensación más agradable que había tenido en mi vida. Odiaba el frío y tiritar a todas horas por mucho que nos acurrucásemos unos junto a otros.

No íbamos a cazar, por lo que estábamos encerrados la mayor parte del tiempo y solo salíamos a correr enganchados al coche. Pero veíamos mucho menos a nuestro dueño y eso también era bueno. Me daba demasiado miedo.

La comida se estaba acabando, por lo que no tardaría en venir a recargar los barreños de pienso y los cubos de agua. Pero se retrasó más que de costumbre y cuando llegó, llevábamos casi dos días sin comer. Vio los barreños vacíos y gruñó: «¡Joder, no puedo manteneros a todos, coméis demasiado!».

Nos abalanzamos sobre el pienso como si fuese el mejor manjar que habíamos probado nunca. Lanzó unos cuantos trozos de pan duro y corrimos a por nuestro premio. Yo conseguí uno y me aparté a un rincón a disfrutarlo sin que nadie me molestase.

No recuerdo muy bien lo que me distrajo, pero otro de los perros aprovechó para intentar robar mi pan. Yo gruñí para defenderlo, pero antes de poder reaccionar noté un fuerte bocado en una de mis patas delanteras. A lo que respondí llorando y apartándome rápidamente para poder lamer la herida. Mi agresor recogió su botín y lo devoró al momento.

La herida dejó de sangrar en poco tiempo, pero el dolor iba aumentando. Yo continuaba lamiéndola, pero no mejoraba. Al día siguiente amanecí con la pata hinchada y supurando un líquido amarillento.

Unos días después, cuando llegó nuestro dueño, me levanté cojeando para poder comer. Y al verme solo dijo: «No me jodas» y fue hasta el armario, de donde sacó un bote. Se acercó a mí, cogió mi pata y la apretó. El dolor intenso que sentí me hizo chillar e intentar que dejase de hacerlo. Lo que recibí fue un fuerte golpe en la cabeza que

consiguió que me estuviese quieto mientras manipulaba mi pata. Después roció mi herida con el espray. Ese día se llevó al resto y me dejó a mi allí. Cosa que agradecí.
Pasó el tiempo y cuando volvió vino directo a ver mi pata. Seguía hinchada y dolorida. La notaba algo acartonada. Me puso la correa y me sacó a mí solo. Intenté seguirle el paso, aunque mi cojera era evidente. Me subió a la parte trasera de la furgoneta y condujo durante un tiempo.

Al llegar a una zona que no conocía, me bajó del coche y empezó a masajear mi cuello. Podría haber sido incluso agradable si no me invadiese el miedo que siempre sentía en su presencia. De pronto noté un dolor intenso justo donde me estaba tocando y dijo: «Esto lo hago por ti, a cualquier otro le habría pegado un tiro». Y a continuación se subió al coche, limpiándose en el pantalón las manos ensangrentadas, y se marchó.

Mi primera reacción fue salir corriendo detrás, ya que pensé que estaba atado a la furgoneta y si no corría, me arrastraría. Pero el dolor de mi pata me hizo parar enseguida y me quedé mirando cómo se alejaba y me dejaba allí, en medio de la nada.

8. ABRIL

—Lo siento, papá, ya sabes que he decidido dejar de comer carne. No podéis obligarme.

—Pero, hija, no podemos estar haciendo dos comidas distintas. Y mientras sigas en esta casa, tendrás que comer lo que nosotros —ordenó mi padre.

—Pues está clara la solución. El curso que viene por fin podré hacer con mi vida lo que quiera.

—El curso que viene tendrás que dedicarte a estudiar. Recuerda quién va a pagar tus estudios.

—Mientras me saque la carrera, lo que haga con mi vida no tiene por qué importaros —concluí levantándome de la mesa, dejando sobre mi plato el filete que acababan de cocinar y subiéndome a mi cuarto.

Si no podían aceptar mi decisión de no comer animales, cómo iban a ser capaces de aceptar que era lesbiana. Contaba las horas de cada día para irme de casa y empezar a ser yo misma sin esconderme de nadie. Nunca me había importado ser diferente al resto, incluso me gustaba, pero no soportaba no poder vivir sin tener que justificarme o esconderme.

Es una decisión que tuve clara a partir de seguir por las redes sociales a algunos activistas veganos. Nunca me habían dejado tener animales en casa, pero siempre había sido muy empática con ellos y no toleraba su sufrimiento. Bastaron unos pocos vídeos sobre lo que esconden los mataderos, la industria láctea y la de los huevos para que decidiese que no podía seguir formando parte de todo ese maltrato innecesario.

Mi madre no tardó mucho en subir a mi cuarto con unas verduras a la plancha y unas patatas fritas. No soportaba la idea de que me fuese a la cama sin cenar. Eran demasiado tradicionales en todo, incluso en el reparto de roles. Mi padre era frío y se encargaba de poner límites. Mi madre era cariñosa, permisiva e intentaba ser más comprensiva.

—Tienes que entender que estamos preocupados por ti. Si no tomas

carne, no sabemos qué vas a comer. Además, puede que enfermes si no comes de todo.

—¡Mamá, por favor! —respondí, respirando hondo y poniendo los ojos en blanco—. Nadie se muere por no comer carne. Cada día hay más gente vegana y no tienen ningún problema de salud. Solo pido que respetéis mis decisiones.

—No lo sé, hija, espero que sea así, pero no entiendo qué necesidad tienes de hacer esto. Si no estás gorda. No te hace falta ponerte a dieta.

—¡No tiene nada que ver con hacer dieta! —subí mi tono de voz, desesperada—. Lo hago por los animales, porque no quiero que maten animales para que me los coma. Necesito vivir sin sentirme cómplice de ese sufrimiento. Y repito, no intento que me comprendáis, solo quiero que me respetéis.

Mi madre, sin añadir nada más, me dio un beso en la frente y salió de mi habitación. Sabía que no me iban a comprender, pero también sabía que hablaría con mi padre para convencerlo de que no pasaba nada por hacer otras comidas para mí y de que evitase discutir conmigo. Y mi padre accedería con tal de no discutir con ella. Con eso, por el momento, me conformaba.

9. UN PERRO

Llevaba dos días vagando y mi cojera iba en aumento. Mi cuello había dejado de sangrar, pero seguía doliéndome. Y, aun así, el mayor dolor que sentía era el del estómago. El hambre era insoportable. Había comido algo de hierba y la había vomitado. Había bebido agua de charcos embarrados. Cada vez tenía menos fuerzas.

Por fin, a lo lejos, vi algo distinto. Y, sobre todo, ¡olía a comida! El suelo era más duro y gris. Había grandes edificios y mi olor me llevó hasta unos contenedores con bolsas a su alrededor. Rompí algunas y conseguí algo que llevarme a la boca. Eran unos trozos de pan y algunos restos de comida que supieron a gloria. No sé si fue por el tiempo que llevaba sin comer, pero estaba mucho más rico que la comida que nos traía mi dueño.

Continué explorando y, tras pasar una zona que parecía más deshabitada, cruzándome con algún coche y persona de las que procuraba alejarme lo más posible, llegué a un lugar con edificios más altos y jardines con césped sobre el que no pude evitar tumbarme a descansar un rato.

Por la misma zona, mi olfato me guio hasta un lugar donde tendría que haber algún tipo de comida ya que ese olor despertó mi apetito. Pero conforme me acercaba, vi que salía y entraba mucha gente así que el miedo hizo que no me acercase. Rodeé el edificio y en la parte trasera encontré otros contenedores que también olían a comida. No olía tan bien como por la puerta principal, pero era comida, al fin y al cabo. Así que tras romper una bolsa que estaba fuera del contenedor, encontré mi botín.

Estaba tan concentrado en la comida que no vi al señor que acababa de salir del edificio del que provenían esos olores y se acercó a mí gritando: «¡Quita de ahí, chucho!», levantando una mano amenazadora. Salí corriendo tan rápido como mi cojera me permitió y de pronto un pitido ensordecedor me hizo detenerme mientras pasaba por delante de mí un coche que estuvo a punto de atropellarme.

Seguí corriendo y unas personas a lo lejos se quedaron mirándome, así que tomé la dirección contraria. Asustado, volví a la zona más deshabitada y busqué un sitio bien escondido bajo techo entre los escombros. No podía volver a bajar la guardia, tendría que ser más cuidadoso si quería sobrevivir.

10. LENA

Había pasado días escribiendo y reescribiendo una carta que pudiese explicar lo que me estaba pasando, que acabó hecha una bola en la papelera... No conseguía encontrar las palabras para explicar los motivos que me estaban llevando a una situación en la que la vida carecía de sentido.

Aproveché un día que estaba sola en casa para subir a la azotea, no tengo muy claro con qué intención... Se notaba que las tardes de agosto comenzaban a refrescar en cuanto caía el sol. Ese atardecer era muy distinto al último que observé junto a mi hermano. En esta ocasión, no había ni una nube y los únicos colores que se dibujaban en el cielo eran el amarillo y el azul en distintas tonalidades. Me senté en el mismo murete donde ocurrió todo y miré al horizonte sin pensar en nada. Notaba el palpitar de mi corazón en el pecho, y se extendía por el cuello hasta las sienes.

El sol se tornaba rojizo conforme se iba escondiendo. Desde aquel fatídico día, los atardeceres estaban envueltos en tristeza. ¡Qué distinto sería todo si él siguiese a mi lado! Lo echaba tanto de menos que me sentía sin fuerzas para afrontar mi vida.

De pronto, algo llamó mi atención. En la calle, junto al contenedor, apareció un perro negro que parecía un saco de piel y huesos. Cojeaba y rebuscaba algo que llevarse a la boca. Andaba despacio, con el rabo entre las piernas y no paraba de mirar a todos lados como si no pudiese permitir que nadie lo descubriera.

Sentí la necesidad de ayudarlo, así que, sin pensarlo mucho, bajé de la azotea hasta mi piso, cogí un paquete de salchichas que estaba abierto y salí corriendo a la calle tratando de localizarlo.

Seguía en el mismo sitio, había conseguido algo de comida. Pero en cuanto me acerqué, levantó la cabeza y se quedó mirándome. Me paré en seco para que no se asustase, me agaché y le hablé suavemente.

—Hola, pequeño, tengo comida para ti –le susurraba mientras sacaba una salchicha.

Debió de olerla porque alzó la nariz, pero no se acercó. Así que se la lancé. Muy despacio y dudando, dio un par de pasos y recogió la salchicha. Se la comió rápido y le lancé otro trozo un poco más cerca de mí. Dudó, pero finalmente se acercó a recogerlo. Pero con el tercer trozo, que le lancé mucho más cerca, desconfió y comenzó a marcharse.

Yo intenté no perderlo de vista y aprovechaba, cuando se paraba en algún sitio, para hablarle y lanzarle otro trozo de salchicha, que se comía solo si yo estaba suficientemente lejos. Sin darme cuenta habíamos llegado al polígono industrial que hay cerca de mi casa. Giró una esquina y corrí para no perderlo de vista, pero solo alcancé a verlo de lejos. Seguí dando vueltas, pero no lo vi más. Supuse que estaba durmiendo en alguna de las naves abandonadas que había por allí. Pero había anochecido y tuve que volver a casa.

Cuando entré en mi habitación me di cuenta de que, por primera vez en muchos meses, mi mente se había centrado en ayudar a ese pobre perro y no me había torturado con recuerdos y con argumentos sobre lo absurda que era la vida. Tenía que rescatar a ese perro fuese como fuese.

11. UN PERRO

Ese día había decidido acercarme a la zona más poblada a buscar comida, pues por aquí no encontraba prácticamente nada y tenía demasiada hambre. Me había mantenido alerta y había conseguido pasar prácticamente desapercibido, hasta que una persona se me acercó. Y si no hubiese sido por el olor a comida que desprendía lo que llevaba en las manos, habría salido corriendo al instante.

Me lanzó la comida y cuando la probé, tengo que admitir que nunca había comido algo tan sabroso. Pero enseguida me di cuenta de que lo que quería era que me acercase a ella, así que me marché. Y eso que era una persona muy distinta a la que había sido mi dueño. No parecía tan amenazante, pero no me iba arriesgar.

Me siguió durante un tiempo y me lanzaba comida. La cogía solo si veía que estaba suficientemente lejos como para no ponerme en peligro. Pero no podía permitir que supiese dónde dormía, así que cuando ya estaba cerca, salí corriendo y la despisté. Esa carrera me costó dormir con más dolor en mi maltrecha pata.

Me acurruqué entre los escombros sin hacer ruido, pero alerta por si aparecía esa persona de la que desconocía las intenciones por las que me seguía. La escuché cerca, seguía buscándome. Pero finalmente, al hacerse de noche, se marchó y yo pude descansar tranquilo.

A la mañana siguiente, tras salir a buscar algo que llevarme a la boca, encontré dos cacharros. Uno con restos de comida y otro con agua. Miré alrededor y no vi a nadie. Así que acabé rápidamente con la comida y fue muy agradable beber agua limpia. Creo que nunca había comido tanto en mi vida, por lo que no tuve la necesidad de seguir deambulando y volví a mi refugio a tumbarme con el estómago lleno.

Dormí profundamente, hasta que un ruido me puso en alerta. Levanté la cabeza y no vi nada, pero sabía que algo no iba bien. De pronto una silueta apareció en el hueco de la puerta de mi refugio. Era la única salida y estaba atrapado. Lo único que pude hacer fue temblar

de miedo.

12. ABRIL

Ya quedaba poco para poder escapar de este pueblo que, pese a presumir de ciudad, seguía lleno de cotillas, y el «qué dirán» seguía marcando la forma de vivir de demasiada gente. Necesitaba empezar a ser yo misma sin esconderme, así que comencé a buscar dónde vivir.

Ya había elegido qué estudiar: Periodismo. Y había elegido dónde: en Madrid. No es que tuviese muy claro que eso fuera lo que quería hacer, pero me valía para iniciar mi nueva vida, que era todo lo que deseaba en ese momento.

Incluso había contactado con un grupo que compartía piso, no muy lejos de la facultad. Disponían de una habitación para alquilar a un precio que mis padres podían permitirse. Y tenía muy claro que esta era una oportunidad que tendría gracias a ellos, que, pese a no sobrarles el dinero, habían hecho todo lo posible para que fuese a la Universidad, lo que les suponía un motivo de orgullo... No iba a fallarles.

Esos últimos días en mi casa, quise causar los menos problemas posibles. Casi siempre me hacía mi comida, sobre todo las cenas, para que no les supusiese un trabajo extra. Intentaba no discutir, aunque en algunos temas no estaba nada de acuerdo con ellos. Era como si mi paciencia hubiese aumentado al quedar tan poco para poder iniciar mi nueva etapa.

13. LENA

Lo había conseguido. Lo había encontrado y lo tenía frente a mí, temblando porque se sabía atrapado. Agazapado, sin perderme de vista mientras agachaba su cabeza, sumiso.
La noche anterior les había contado toda la historia a mis padres que, al ver la ilusión en mi mirada, accedieron a ayudarme a rescatarlo. Creo que fue porque al fin volvían a ver a la Lena anterior, a la que creían haber perdido tras el trágico accidente. Estaban dispuestos a hacer lo que fuese por mí.

Le pidieron una correa a un vecino que tenía un perro y me dijeron que por la mañana iríamos a buscarlo por la zona donde lo había perdido de vista, le pondríamos agua y comida y, si era posible, lo rescataríamos.

Cuando me fui a la cama no pude dormirme y escuché hablar a mis padres.

—Y si logramos coger el perro, ¿qué vamos a hacer con él? —decía mi madre, preocupada.

—Ya lo iremos viendo, pero, ¿no has visto cómo hablaba? Hace demasiado tiempo que no la veía ilusionada por nada. Tenemos que ayudarla. Además, yo de pequeño vivía con un perro y creo que podría ser positivo para ella.

—Espero que tengas razón, porque yo no lo veo nada claro.

—Tenemos que intentarlo, cariño. Hace tiempo que Lena nos preocupa, no avanza y parece que no tiene ganas de nada —concluyó con una voz temblorosa que denotaba que estaba llorando.

Mi madre también lloraba, aunque intentaba no hacer ruido para no despertarme.

Me levanté de la cama con los primeros rayos de sol. Y mientras desayunaba, oí a mis padres levantarse de la cama.

—Buenos días, cariño. ¡Qué madrugadora! —me saludó mi padre con una gran sonrisa.

—Buenos días, papá. Buenos días, mamá —saludé mientras me

daban un beso cada uno.

—Sabes que no va a ser fácil rescatar al perrito, ¿verdad? —mi madre pretendía ser realista.

—Sí, lo sé. Pero tenemos que intentarlo. Muchísimas gracias por ayudarme. Os quiero.

Mis padres echaron comida en una bolsa y cogieron una botella de agua. Yo cogí dos táperes y la correa que nos prestó el vecino. Subimos al coche y los dirigí hacia la zona donde seguí ayer al perro. Preparamos un cacharro con agua y otro con comida, y nos metimos en el coche a esperar desde la distancia.

No tardó mucho en aparecer, aunque a mí se me hizo una eternidad. Lo observamos comer y lo seguimos a distancia hasta que vimos dónde se metía. Muy despacio, tras aparcar lejos, fuimos andando, intentando no hacer ruido, y tras mirar algunas zonas abandonadas, por fin me asomé a una habitación dentro de una nave y allí lo vi, tan indefenso que sentí una pena enorme por él.

Mis padres llegaron después de mí y al verlo me hicieron un gesto para que me acercase a él.

—Ve despacio y agáchate para que no se asuste. Nosotros nos quedaremos en la puerta para que no pueda escapar —me susurró mi padre.

—Ve con cuidado y si vemos que intenta morderte, le dejamos comida y pedimos ayuda —dijo mi madre, con dudas.

Al acercarme a él, se arrinconó y agachó aún más la cabeza, pegándola contra la pared. Conforme me aproximaba en cuclillas, su temblor aumentaba. Empecé a hablarle suave y con cariño.

—Hola, pequeño, no voy a hacerte daño.

Ya casi podía tocarlo. Alargué mi mano para que me oliese, pero apartó más la cabeza. Me atreví a tocarle y dio un pequeño respingo, pero en ningún momento intentó morderme. Con mucho cuidado, enganché la correa a un collar que llevaba y que parecía muy apretado.

—Lo tengo —dije volviendo mi mirada hacia mis padres, que seguían quietos en la puerta. Parecía que el corazón se me saldría del pecho por la emoción.

—Voy a por el coche y lo acerco —dijo mi madre mientras salía corriendo de allí.

—Lo has hecho muy bien, cariño. Ahora hay que ser muy cuidadosos, tiene demasiado miedo —me felicitó mi padre con emoción.

Casi rompo a llorar cuando vi que se había orinado encima por culpa del miedo que nos tenía. Acaricié su cabeza y me miró suplicando que no le hiciese daño.

—Tú no lo sabes, pero ya estás a salvo —le susurré deseando que

me entendiese.

Pronto volvió mi madre y entonces intenté que se incorporara y anduviese. Y aunque me costó, al fin dio sus primeros pasos. Iba cojeando, encorvado, con la cabeza baja y el rabo entre las piernas. Cada pocos pasos se paraba, pero al final llegamos al coche. No dudé en cogerlo en brazos para meterlo en los asientos traseros conmigo. No pesaba demasiado para el tamaño que tenía. Se arrinconó lo más alejado de mí que le fue posible, sobre la sábana que mi madre había puesto en el asiento.

—Vamos directos al veterinario. Esa pata y ese cuello no tienen buen aspecto. Hay uno cerca de casa, ¿sabes cuál te digo? —le dijo mi padre a mi madre.

—Sí, ya se cuál me dices.

Cuando llegamos, lo metí en brazos a la clínica. Lo primero que nos pidieron fue un nombre para hacerle la ficha. Así, de pronto, una decisión tan importante y aun así tan fácil.

—Duncan, se llamará Duncan —dije pensando en el grupo favorito de mi hermano, Duncan Dhu.

Y tras una revisión completa, la veterinaria nos dijo que le habían arrancado el chip a propósito, por lo que era un abandono claro. Que tenía una infección muy grande en la pata y que debería tomar antibióticos durante diez días, le tendríamos que hacer curas y hacerle llevar un collar *isabelino* para evitar que se lamiese las heridas. Tras esos diez días lo tendríamos que llevar de nuevo para hacerle una revisión y ver cómo iba todo. También aprovechamos para comprarle pienso, algo de paté, una cama, un par de cacharros para la comida y el agua... Y un arnés especial para galgos que se anclaba por tres zonas y evitaría que se escapase. Por suerte, mi familia nunca había tenido problemas de dinero, ya que la suma fue importante.

Hubo que subirlo en brazos hasta el piso, pues se negó a subir las escaleras. Nunca había agradecido tanto vivir en un primero. Lo dejamos en el suelo y rápidamente se alejó con torpeza hasta una esquina del salón, chocando con la mesa y los muebles por culpa de la *campana* que tendría que llevar en el cuello durante los próximos días. Y se tumbó en el suelo sin mirarnos.

Pusimos su cama justo al lado de donde se había tumbado. Y cerca de él, los cacharros con agua y pienso. Nos sentamos en el sofá sin dejar de mirarlo. Había ocurrido todo tan rápido que no nos había dado tiempo a asimilarlo.

—Muchas gracias —les dije a los dos sin apartar mi vista de Duncan—. Os quiero.

Mi madre apretó mi pierna con su mano y mi padre me miró con ternura. Ninguno de los tres pudimos contener las lágrimas y nos fundimos en un abrazo.

14. DUNCAN

Mi miedo provenía más de la incertidumbre de lo que me iba a pasar que por lo que me había pasado hasta ahora. En realidad, nadie me había hecho daño. Pero al desconocer sus intenciones no me fiaba de nadie. Me acurruqué en un rincón y permanecí alerta en todo momento.

Cuando apagaron las luces y me dejaron solo, bebí un poco de agua y comí algo de pienso. Olisqueé la cama que me habían puesto y con cuidado me tumbé encima. Nunca me había sentido tan cómodo y, aun así, no dormí nada. No quise bajar la guardia. A veces veía que alguien se asomaba intentando no hacer ruido. Me miraba desde lejos y se volvía a marchar.

Los primeros rayos del sol hicieron su presencia y pronto apareció la persona que parecía más joven. Era muy diferente a mi anterior dueño, olía muy distinto e intentaba hacer las cosas con mucho cuidado. «Hola Duncan, soy Lena», me decía mientras se acercaba y me tocaba la cabeza. Yo no podía hacer otra cosa más que temblar, aunque en realidad el tacto de su mano no era desagradable. Me dio unas salchichas que no quise coger. Las dejó en el suelo junto a mí y se alejó. Al final el olor pudo conmigo y me las comí. Noté que tenían algo extraño dentro, pero no me importó.

Al rato aparecieron las otras dos personas, que parecían mayores. El hombre me recordaba más a mi dueño y me daba más miedo que la mujer. Se acercaron a saludarme y me pegué a la pared todo lo que pude.

—Parece que papá le da más miedo que nosotras.

—Sí, puede ser. Siempre he oído que los perros de caza abandonados tienen más miedo a los hombres que a las mujeres. Será porque la mayoría de los cazadores son hombres y no tratan muy bien a sus perros —dijo con resignación el hombre del que desconfiaba.

—No te preocupes, pronto se dará cuenta de que nadie más le hará daño —apuntó la mujer con esperanza.

—Ya le he dado la medicación. Ha dudado un poco, pero se ha comido las salchichas con las pastillas dentro.

—Muy bien, ahora toca lo más difícil: curarle —dijo el hombre.

—Yo me encargo. Es mi responsabilidad —concluyó Lena sin dejar de mirarme con ternura.

Lena volvió a acariciarme suavemente. La verdad es que podría acostumbrarme al contacto de sus manos. Y con mucho cuidado me curó las heridas del cuello y de la pata.

—Cariño, nos vamos a trabajar. Si tienes cualquier problema, nos llamas.

—Sí, mamá, no te preocupes.

Cuando se marcharon, Lena se volvió a acercar a mí, me quitó la *campana* que tenía en la cabeza y me puso un arnés en el cuerpo. Enganchó una correa del arnés a su cintura. «Así irás más seguro, no quiero que te escapes.»

Anduve unos pasos hasta llegar a las escaleras, donde me planté ya que no pensaba bajar por ahí. Me cogió en brazos y me sacó a la calle. No fui capaz de andar mucho ya que nos cruzábamos con personas y coches que me daban pánico. Solo llegamos a un pequeño parquecito, donde nada más pisar la tierra hice un buen pis. «¡Muy bien, Duncan!». Parecía contenta por lo que acababa de pasar.

Al volver a casa, de nuevo me negué a subir las escaleras, pese a que Lena lo intentó con paciencia. Así que de nuevo me subió en brazos. «No te preocupes, lo conseguiremos», me decía mientras me quitaba el arnés. Yo corrí a mi rincón y ella se acercó a ponerme esa maldita *campana* en la cabeza. Pareció entender que no me gustaba y me acarició suavemente la cabeza mientras me susurraba: «Lo sé, a mí tampoco me gusta, pero será por poco tiempo y es por tu bien.»

Definitivamente, sus caricias eran agradables, aunque no sabía muy bien cómo reaccionar. Era la primera vez que alguien me trataba con cariño.

15. ABRIL

Acababa de empezar septiembre, pero seguía haciendo mucho calor. Aproveché la última hora de la tarde para salir a pasear con mi cámara de fotos. Me gustaba andar sin rumbo y sin pensar en nada. Desconectar de todo y simplemente disfrutar de lo que iba viendo. Hacía fotos de lo cotidiano, del día a día de la gente, también de paisajes, atardeceres y amaneceres...

Ese día me dirigí a las afueras y al poco tiempo estaba fotografiando insectos en el campo mientras esperaba que el atardecer hiciese su magia. Me crucé con algunas personas haciendo ejercicio, corriendo o en bicicleta, otras simplemente paseando. Cuando a lo lejos la vi. Pese a la distancia pude distinguirla perfectamente. Era Lena e iba con un galgo negro que parecía asustado.

Puse el teleobjetivo en mi cámara y empecé a fotografiarlos. Vi algo distinto en la actitud de Lena. Parecía más feliz que los últimos meses. El perro olisqueaba el suelo con la espalda encorvada y el rabo entre las piernas. Lena se agachó con cuidado a su lado y le acarició la cabeza. El perro miró a Lena y en ese momento tomé mi mejor foto de la tarde. La examiné en la pantalla de mi cámara y pude comprobar que la mirada de Lena desprendía ternura mientras el perro correspondía con agradecimiento. De fondo, el cielo comenzaba a tornarse rojizo, lo que componía el escenario perfecto para la instantánea.

No fui capaz de resistirme a acercarme a ellos. Normalmente me hubiese puesto tan nerviosa que me hubiese dado media vuelta inmediatamente. Pero ahora podría preguntarle por el perro y podría comprobar si Lena estaba saliendo de ese estado de tristeza en el que había estado sumida los últimos meses. También, de alguna forma, quería despedirme de ella.

—Hola, Lena. —Intenté que no me temblase la voz.

—Hola...

—Abril —completé al ver que no se acordaba de mi nombre.

—Eso, Abril, perdona.

—No te preocupes. ¿De dónde ha salido esta preciosidad? —Cambié de tema para salir de ese momento incómodo mientras me agachaba hacia el perro.

—Se llama Duncan. Lo hemos rescatado hace unos días. Estaba solo y herido, buscando comida entre los contenedores. Convencí a mis padres para que nos lo quedásemos y ahora estoy intentando que, poco a poco, pierda sus miedos.

—¡Me encanta! Me encanta lo que habéis hecho. Me encanta Duncan. Y me encanta que os hayáis encontrado mutuamente.

—Gracias —dijo con una sonrisa que me recordó a la que tenía archivada en mi memoria y no pude evitar sonreír también mientras me ruborizaba.

—Bueno, yo voy a seguir haciendo fotos. Adiós, Duncan... Adiós, Lena —me despedí con un tono de melancolía en la voz.

—Adiós, Abril.

Me alejé con la convicción de que Lena estaba mejorando. Sus ojos habían recuperado algo del brillo que los caracterizaba. No me había atrevido a enseñarle la foto que les había hecho ya que no sabía si le gustaría la idea de que la hubiese estado fotografiando a escondidas.

Volví la vista hacia ellos y los vi caminando despacio. Ella lo animaba a andar. Él avanzaba con desconfianza. No tenía ninguna duda de que se habían rescatado mutuamente.

16. LENA

Llegó el momento de llevar a Duncan a su revisión veterinaria. Había mejorado algo en sus paseos, pero por las calles seguía poniéndose nervioso. Sobre sus heridas, creo que las tenía muy bien, prácticamente curadas, y la infección había remitido. Pero hasta que no lo viese su veterinaria, no estaría tranquila.

Me acompañó mi madre, que en estos días se había encariñado de Duncan. Mi padre no necesitó más que un día para saber que formaría parte de nuestra familia. Y ambos estaban encantados de comprobar que había aceptado con madurez mi responsabilidad y estaba haciéndome cargo de él. Que era yo la que me encargaba de pasearlo, de curarle y de darle la medicación.

Había estado leyendo mucho sobre el cuidado de los perros, sobre cómo tratar con perros con miedo... Y ya de paso, sobre el abandono de perros en nuestro país, especialmente de los perros utilizados para la caza. Me daba mucha rabia ver cómo eran usados como herramientas que mantenían mientras les fuesen útiles. Miraba a Duncan y no entendía que alguien pudiese hacerle daño adrede. Tan frágil y tan noble.

Tuve que entrar en la clínica con Duncan en brazos. Fue imposible hacerlo de otra forma. Y en esos diez días había descubierto que era un perro muy cabezota. La veterinaria nos dijo que todo iba perfectamente. Le retiró la medicación y nos dijo que se lo llevásemos en cualquier momento si veíamos que la pata se hinchaba o volvía a cojear, aunque seguramente no tendría ningún problema.

Tal como habíamos hablado en casa, le pusimos el *chip* a mi nombre. Había alcanzado la mayoría de edad en mayo. Pero en su momento no quise celebrar nada, ya que esa fecha solo me recordaba que mi hermano no había llegado a cumplir los dieciocho.

En su cartilla puso una fecha de nacimiento orientativa donde indicó que tiene unos tres años y medio. Que, traduciendo años humanos a perrunos, deben de ser algo más de veinte.

—Me alegro de que hayas decidido quedártelo. Vais a ser muy felices juntos —me dijo la veterinaria con sinceridad mientras me entregaba su cartilla.

—Gracias. La verdad es que, aunque han pasado pocos días, ya lo quiero muchísimo. Y está progresando con sus miedos, aunque muy despacio.

—Tranquila, es normal. Los perros abandonados suelen haber vivido situaciones traumáticas que les hacen tener muchos miedos, pero con cariño y paciencia consiguen recobrar la confianza en las personas. Yo misma adopté una podenca abandonada, que también venía del mundo de la caza y, aunque me costó, ahora es una perra feliz y confiada. Si te surgen dudas, me llamas por si puedo ayudarte —dijo tendiéndome una tarjeta con su número.

—Pues es un alivio saber que puedo contar con alguien que ha pasado por algo parecido. Por cierto —cambié de tema—, he estado leyendo sobre el tema y creo que quiero castrarlo.

—Es lo mejor que puedes hacer. Le quitas el estrés causado por querer reproducirse y además mejoras su salud. Y, habiendo tantísimos animales abandonados como hay, mejor no criar más cachorros de forma descontrolada.

—Genial. ¿Cuándo podemos operarle?

—Lo ideal es que acabemos el calendario de vacunas que os he dado y ya os daría cita cuando hayan pasado al menos dos semanas de la última.

—Vale, pues nos iremos viendo estas semanas. ¡Muchas gracias por todo!

—Gracias a vosotras. —Se despidió de mi madre y de mí mientras acariciaba a Duncan con dulzura.

17. DUNCAN

Por fin podía estar sin la dichosa *campana* en la cabeza. La sensación de libertad aumentó. Y lo de poder andar sin chocarme con nada también estaba bien. Empezaba a acostumbrarme a mi nueva vida. Cada vez confiaba más en Lena y las otras dos personas mayores no me daban tanto miedo. Aun así, yo me mantenía tumbado en mi cama siempre que estaban ellos. «Este perro parece un mueble» decían de vez en cuando.

La pata ya no me dolía apenas y no cojeaba al caminar, lo que me permitía ser más sigiloso y, por las noches, cuando no había nadie, inspeccionaba con cuidado la casa. Ya me conocía todos los olores y tenía claro dónde dormía cada uno.

¡Pero lo mejor que descubrí fue el sofá! Me atrevía a subirme si estaba solo y entendí por qué los humanos de esa casa siempre estaban sentados o tumbados en él. Eso sí, al menor ruido me bajaba rápidamente y volvía a mi cama.

Los días eran muy parecidos. Lena casi siempre estaba conmigo, mientras que los humanos, a los que ella llamaba papá y mamá, se iban un buen rato por las mañanas y por las tardes.

Salíamos a la calle tres veces al día y cada vez los paseos eran más largos. Seguía dándome miedo andar entre la gente, por lo que habitualmente íbamos por el campo o zonas donde no nos cruzábamos prácticamente con nadie. Lena seguía felicitándome cada vez que hacía mis necesidades en la calle. Eso no lo entendía muy bien, para mí no tenía mucho mérito. Me salía de forma natural... Puede que, para los humanos, hacer las necesidades fuese algo muy complicado. La verdad es que nunca había visto a ninguno hacerlas y eso era muy raro.

Comía dos veces al día, por lo que estaba empezando a ganar peso, y tenía siempre disponible agua limpia. De vez en cuando Lena me daba unos palitos comestibles que estaban un poco duros y decía que era para que tuviese los dientes blancos y limpios. A mí eso me daba

igual, pero como estaban muy ricos, me los comía con gusto.

Desde que vivía con Lena nadie había vuelto a pegarme ni a forzarme a correr. Nadie me trataba mal y eso hacía que fuese bajando la guardia y comenzase a confiar en ella. Empezaba a pensar que, por primera vez en la vida, había tenido suerte.

A Lena a veces la veía triste, con la mirada perdida. Otras veces la escuchaba llorar en su habitación. Pero cuando estaba conmigo la veía sonreír. Así que dejaba que me acariciase sin apartarme, pues además de hacerme sentir bien a mí, notaba que le hacía sentir bien a ella.

18. LENA

Se acercaba el inicio del nuevo curso y tras una charla con mis padres me convencieron para terminar el bachillerato. No me había presentado a las recuperaciones pues en ningún momento había pensado seguir estudiando. Pero mis padres tenían razón: repetir el curso era lo mejor que podría hacer para tener distintas posibilidades en el futuro.

Mi primera opción había sido ponerme a trabajar con mis padres en la tienda familiar. Se trataba de una tienda de electrodomésticos que funcionaba especialmente bien en el pueblo, ya que mis padres habían sabido adaptarse a los nuevos tiempos y abrir el abanico lo más posible para no perder clientela ante el auge de las compras por internet. Mis padres me hicieron ver que esa elección siempre iba a estar ahí, pero que si estudiaba podría hacer una carrera universitaria y, aunque no fuese mi prioridad, no podía estar segura de lo que querría cuando acabase el curso.

—Hija, si terminas bachillerato, el año que viene tendrás varias opciones de futuro. Si decides trabajar en la tienda, estaremos encantados, pero no te cierres puertas —insistía mi padre.

—Claro, hija, y si no te apetece irte de casa, puedes estudiar una carrera a distancia —me ofrecía mi madre.

—Puede que tengáis razón. No pierdo nada por terminar bachillerato. Pero lo voy a hacer sin la presión de tener que sacar una determinada nota, ya que no tengo nada claro lo que quiero hacer después —les advertí.

—Nos parece perfecto. La vida da muchas vueltas y, decidas lo que decidas, tendrás nuestro apoyo. —Mi padre habló por los dos, mostrándose comprensivo.

Así que me encontraba a punto de empezar un nuevo curso con nuevos compañeros, ya que la mayoría de los del año pasado irían a la universidad o buscarían una salida laboral. Aparcaría por el momento la idea de trabajar y a lo largo del curso iría decidiendo qué quería

hacer con mi vida.

Puede que suene raro, pero este cambio de actitud era en parte por Duncan. Está claro que también por mis padres, que deseaban que siguiese estudiando, pero si había recobrado algo de fuerzas para afrontar mi futuro era, sobre todo, por tener que cuidar de mi perro. El hecho de tener la responsabilidad de cuidar de un ser vivo y ayudarle a recuperarse física y anímicamente me había ayudado en mi mejoría. Ya no tenía que fingir ante el psicólogo o ante mis padres. Los progresos eran reales. Lentos, pero reales.

Pocos días antes de iniciar el curso, tras muchísimos intentos anteriores, conseguí que Duncan subiese las escaleras al volver de un paseo matutino. Siempre lo intentaba chantajeándolo con chuches y no había conseguido que subiese más de un par de escalones antes de quedarse paralizado. Pero esa mañana, sin saber muy bien qué lo provocó, subió el primer tramo de escaleras a toda prisa. Como si quisiese quitárselo de encima lo más rápido posible. Cuando llegó al descansillo de la escalera me puse tan contenta que empecé a felicitarlo efusivamente y le di todas las chuches que llevaba encima. Solo tuve que animarlo un poco más para que subiese el resto de escaleras hasta el primer piso.

Puede parecer una tontería, pero esos pequeños logros me llenaban de alegría. Eran la muestra de que Duncan estaba venciendo sus miedos. Y, sobre todo, sentía que cada día confiaba más en mí.

No sé si fue porque percibió mi alegría o porque él estaba orgulloso de lo que había conseguido, pero al llegar a casa comenzó a mover tímidamente el rabo en un claro síntoma de felicidad.

—¡Qué bien lo has hecho! Sabes que te quiero, ¿verdad? —le dije mientras me agachaba y le abrazaba.

Y por primera vez no se apartó ante mi abrazo. Se mantuvo quieto mientras continuaba con su leve movimiento de cola, lo que hizo que me sintiese tan feliz como hacía tiempo que no me sentía.

19. ABRIL

Con la excusa de ir presentando el papeleo y ubicarme en mi nueva ciudad, me vine a Madrid unos días antes de iniciar el curso. Aunque en realidad lo hice porque estaba deseando salir de mi pueblo y conocer a mis nuevos compañeros de piso.

La primera en recibirme fue Julia, que llevaba tres años en ese mismo piso, desde que se vino a estudiar *Teleco*. Tenía pinta de ser muy responsable y buena estudiante. Dependía de la beca igual que yo, por lo que no podía permitirse alargar la carrera más de lo imprescindible. Su pelo corto y moreno, sus gafas metálicas doradas y su extremada delgadez le daban un aspecto serio y frágil. Pero lo que más destacaba eran sus enormes ojos verdes.

Tras una breve presentación se dispuso a enseñarme el piso.

—Bien, empecemos por las habitaciones. Han quedado dos libres —me dijo con una leve sonrisa, mientras me indicaba que la siguiese—. Esta es la más grande, pero tiene menos luz ya que da al patio interior. La chica que la ocupaba el curso pasado siempre se quejaba de que se iba a dejar la vista estudiando aquí.

—La verdad es que es muy espaciosa —observé desde la puerta, esperando que la otra me gustase más.

—Y esta es la otra, bastante más pequeña, pero muy luminosa.

—Pues yo creo que me quedo con esta. No necesito mucho más espacio y me encanta que tenga una ventana a la calle —dije contenta de poder elegir, imaginando cómo sería mi vida en ella.

—Haces bien. Si quieres te sigo enseñando el piso. Sígueme.

La seguí por el pasillo hasta el salón.

—Aquí es donde venimos a desconectar, a ver la tele o a charlar. No es muy grande, pero no es un problema ya que vamos a ser cuatro y muchas veces ni coincidiremos en casa —dijo invitándome a cruzar una puerta que había al otro extremo del salón—. Esta es la cocina. Haremos turnos para limpiarla, como con el resto de zonas comunes, pero cada uno se trae su comida. Mira, el frigo lo tenemos dividido

por baldas. Te puedes quedar con la de arriba.

—Genial. Me encanta —dije sinceramente, pues todo era tal y como me lo había imaginado.

—Terminamos por el baño. Es el único que tenemos, por lo que no podemos acapararlo. Puede ser el inicio de todos los conflictos —me advirtió con un semblante serio, tras el cual soltó una carcajada—. Es broma, pero sí que tenemos que organizarnos bien ya que un solo baño a veces no es suficiente.

—Ya imagino —dije riendo—, pero no te preocupes que yo soy de las que se arreglan rápido.

—Eso está bien. Es una cualidad muy valorada en un piso de estudiantes.

Y me regaló una sonrisa que me hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

—Mañana llegará Marco, que ya lleva dos años viviendo aquí. Y la otra chica nueva, que no recuerdo su nombre, creo que vendrá justo el día antes de iniciar las clases.

—Estoy deseando conocerlos... Voy a ir colocando las cosas en mi habitación.

—Muy bien. Toma, estas son tus llaves. Yo me tengo que ir. Nos vemos esta noche.

Cogí mi maleta y entré en mi nuevo cuarto. Abrí la ventana y los ruidos de la calle me invadieron. Hacía un día estupendo y respiré hondo mientras me sentaba en la cama pensando en todo lo que estaba deseando vivir a partir de ahora. Tras unos minutos abrí el armario, que no era muy grande, y colgué la ropa. Me senté en la silla, acariciando el escritorio y decidí llamar a mis padres.

—Hola, mamá, ya estoy instalada.

—¿Qué tal el piso?

—Muy bien. Me he quedado con una habitación que, aunque no es muy grande, tiene mucha luz y da a la calle.

—Muy bien, hija, me alegro de que estés contenta... Cualquier cosa que necesites nos lo dices, ¿vale?

—Claro que sí, no te preocupes. Voy a estar bien.

—Un beso, cariño. Te paso con tu padre.

—Muy bien. Un beso. Te quiero, mamá.

...

—Hola, hija, ¿ya estás instalada?

—Sí, y todo está muy bien. Ahora saldré a conocer el barrio, que hace muy buen día.

—Ten cuidado por allí, que Madrid no es como el pueblo. No vayas sola por la noche.

—Tranquilo, que sabré cuidarme.

—Muy bien, hija, nos vemos pronto.

—Sí, en unos días estoy en el pueblo. Un beso.

Salí de mi habitación, coloqué los táperes de comida en el frigo y me fui a dar una vuelta por el barrio. Solo quería andar y pensar en la etapa que acababa de comenzar. Encontré un parquecito cerca y paseé entre los árboles. Había llovido ese mismo día y el olor a tierra mojada siempre me había gustado. Una ligera brisa caliente acariciaba mi cara. Me paré, respiré hondo para distinguir todos los olores que me ofrecía el entorno y dejar que mis sentidos tomasen el control de la situación. Aunque estaba nerviosa por la incertidumbre de cómo sería esta nueva etapa y si cumpliría mis expectativas, no pude evitar sonreír mientras me prometía a mí misma que ya no me escondería más y que empezaría a ser yo misma.

20. DUNCAN

Definitivamente había tenido suerte. Mi nueva vida era mucho mejor que la anterior. Incluso podía subirme al sofá libremente... Una noche, cuando me dejaron solo, me acomodé en el sofá como acostumbraba a hacer, pero me quedé tan profundamente dormido que Lena me pilló allí al despertarse.

Yo me bajé rápidamente esperando una regañina, pero, al contrario, Lena vino a por mí mientras me decía: «Tranquilo, puedes subirte al sofá si es lo que quieres». Me ayudó a subir y yo me quedé ahí de pie sin saber muy bien que hacer. Ella se sentó junto a mí y me animó a sentarme dando unos toquecitos con la mano sobre el sofá. Así que me senté lentamente y Lena me acarició mientras me felicitaba. Desde ese momento ya no necesité mi cama. ¡¿Quién quiere una cama en el suelo pudiendo tener un sofá?! Y menos mal que había dos en el salón, si no a saber dónde tendrían que sentarse Lena y sus padres.

Por el día casi nunca me quedaba solo y cuando se iban todos, me dejaban un mordedor de plástico del que había aprendido a sacar chuches con facilidad. Pero un día, se fueron todos y no volvieron hasta mucho tiempo después. «Hoy empiezo el instituto y te vas a quedar solo hasta mediodía; pórtate bien», me dijo Lena al despedirse.

Nunca me habían dejado tanto tiempo solo y ya había acabado con todas las chuches de mi juguete. El aburrimiento se estaba apoderando de mí, por lo que decidí explorar la casa. Encontré unas zapatillas que olían al papá de Lena. Me llevé una al sofá y estuve jugando con ella un buen rato hasta que se rompió. Así que busqué algo más con lo que divertirme y encontré una cosa negra con botones que tenían continuamente en la mano. Olía a los tres. Pero nada más morderlo crujió, así que me asusté y lo dejé en el suelo.

Me entró hambre y fui a la cocina a buscar comida. No encontré nada, así que siguiendo mi olfato abrí un cubo que tenía dentro una bolsa de basura. La intenté sacar, pero el cubo se cayó y se derramó

todo lo que había dentro. Encontré algunos restos de pan y algunas pieles de patata y zanahoria que no dudé en comerme. Saqué todo lo que había en la bolsa, pero no encontré más comida.

Volví al sofá y me dormí hasta que oí abrirse la puerta. Era Lena y me puse tan contento de que estuviese de vuelta que me bajé del sofá y me dirigí a ella moviendo el rabo. «¿Estás contento por verme?», me dijo sonriendo y abrazándome... Pero a continuación, al entrar a la cocina exclamó preocupada: «¿Qué ha pasado aquí? Menos mal que hoy solo eran las presentaciones y he llegado antes que papá y mamá». Y se puso a recoger todo, aunque al llegar al salón se llevó las manos a la cabeza. «Esto sí que no vamos a poder esconderlo». Recogió el mando de la televisión y la zapatilla, y se sentó en el sofá. Yo me subí a su lado y me senté junto a ella. Por primera vez, apoyé la cabeza en sus piernas. Ella suspiró, me acarició y me dijo: «Yo también te quiero».

21. LENA

Hoy Duncan había dado un gran paso. Por primera vez se había quedado más tiempo solo y, aunque había hecho algunas trastadas, cuando volví demostró que se alegraba de verme moviendo el rabo efusivamente. Era la primera vez que lo hacía.

Después, al sentarse conmigo en el sofá, había apoyado la cabeza en mis piernas. No pude evitar derramar algunas lágrimas de felicidad. Y me quedé así, acariciándole la cabeza sin hacer nada más... Tampoco podía encender la tele ya que había roto el mando a distancia y no quería moverme para que no se apartase de mi lado.

Al poco tiempo llegaron mis padres a casa.

—Hola, hija, ¿qué tal el primer día de clase? —me preguntó mi padre mientras entraba por la puerta.

Yo les hice gestos para que entrasen despacio y hablasen suave, señalando a Duncan, que dirigió la vista hacia ellos sin levantar la cabeza.

—Ah, qué a gustito estáis los dos —dijo mi madre con dulzura.

Pero cuando se acercaron, Duncan levantó la cabeza y se enroscó en la que es su postura habitual para dormir.

—Mamá, papá, tengo que contaros alguna travesura que ha hecho Duncan mientras se ha quedado solo —les dije intentando restarle importancia al asunto—. Ha roto el mando de la tele y una de tus zapatillas de estar por casa.

—¿Qué? ¿Mis zapatillas? —dijo mi padre con una mezcla de pena y resignación.

—Ya estaban viejas —contestó mi madre mientras se reía—. Pero lo del mando me preocupa más; se podría haber cortado al morderlo.

La reacción de mi madre me sorprendió. De verdad que tenía que haberse encariñado mucho con Duncan para minimizar de esa forma lo que había hecho. Aun así, preferí callarme lo de la cocina.

—Habrá que tener cuidado y no dejar nada a su alcance cuando se quede solo. También tendremos que comprarle más juguetes para que

se entretenga —dijo mi padre buscando soluciones.

—Y yo madrugaré más para darle un paseo más largo por las mañanas antes de irme al instituto. Así estará más cansado y se pasará buena parte de la mañana durmiendo —me ofrecí—. Ah, y habrá que cerrar la puerta de la cocina cuando lo dejemos solo —añadí sin poder esconder una media sonrisa.

Mi padre me miró alzando una ceja y no dijo nada.

Esa misma tarde llevé a Duncan a ponerle otra vacuna. Tuve que esperar un rato pues la veterinaria estaba ocupada y un chico llegó a la sala de espera con un gato en un transportín. Era algo mayor que yo. Miró a Duncan y se agachó hacia él sonriendo. Extendió la mano y dejó que le oliese, pero Duncan retrocedió como suele hacer con los extraños y más aún con los hombres.

—Es que es muy miedoso —le disculpé.

—Tranquila, es normal. ¿Lo tienes desde hace mucho tiempo?

—No, solo desde hace algunas semanas. Lo rescatamos mis padres y yo. Le habían arrancado el chip.

—Vaya. Entonces no me extraña que le dé miedo. Casi todos los perros desechados y abandonados por cazadores llegan con miedos, sobre todo a los hombres. No es la primera vez que lo veo, es que soy voluntario de la protectora —me explicó ante mi cara de sorpresa al ver que sabía de lo que hablaba.

—¿De la protectora? —pregunté con curiosidad—. Pues tengo que reconocer que desde que tengo a Duncan he pensado seriamente en que debería ayudar a otros que estén pasando situaciones similares a las que él ha pasado. ¿Qué tendría que hacer para ayudar?

—Si quieres, te doy mi teléfono y te vienes un día a conocer el refugio donde tenemos a los perros y gatos que rescatamos. Te explico cómo funciona todo y cómo puedes empezar a ayudarnos. Al principio puedes pasear a los perros, por ejemplo, y ya dependiendo de cuánto te quieras implicar podrías ir ayudándonos en otras tareas de cuidado y limpieza.

—¡Claro, me encantaría!

—Por cierto, me llamo Leo, encantado de conocerte.

—Yo soy Lena. Encantada —dije, emocionada por la situación.

Me dio su teléfono y me explicó que había llevado a ese gatito a la clínica porque estaba decaído y tenía diarrea, que continuamente tenían animales enfermos y que les costaba mucho esfuerzo conseguir dinero para cubrir los gastos veterinarios que ocasionaban tantos animales como tenían rescatados. También me contó que todas las personas que ayudaban en la protectora eran voluntarias y que era gracias a ese altruismo por lo que todo podía salir adelante.

Yo en ese momento sentí una fuerte admiración hacia esas personas y tuve la convicción de que quería ser una de ellas.

—¿Duncan? —llamó la veterinaria.

—Bueno, me toca —le dije mientras me levantaba—. Te escribiré para quedar y ayudaros en todo lo que pueda.

—Genial, muchas gracias. —Sonrió despidiéndose.

22. ABRIL

En los días previos al comienzo de las clases había aprovechado para visitar mi facultad, pasear por el centro y, sobre todo, hacer fotos. Pero no las típicas instantáneas que toma todo el mundo en el Retiro, en el Templo de Debod o en la Gran Vía. Me había centrado en fotografiar a las personas, intentando mostrar su estado de ánimo y su día a día.

También había salido a tomar algo con Julia y Marco, con los que cada día me sentía más identificada. Resulta que Julia era vegana como yo y eso nos había brindado los primeros temas de conversación. Teníamos las mismas convicciones y valores en cuanto a la defensa de los animales y el cuidado del medio ambiente. Y Marco, encantador desde el primer momento, no ocultaba su homosexualidad. Veía en él un ejemplo que seguir para dejar de esconderme y mostrarme natural y sin complejos con mi forma de sentir. Se definía como un *fofisano* orgulloso de no hacer nada de deporte, aunque se mantenía bastante bien. Y su pelo castaño con flequillo al estilo de los Beatles contrastaba con su piel clara y sus ojos azules. No era guapo, pero tenía algo que lo hacía atractivo.

Me contaron anécdotas de los años que habían convivido juntos y de los distintos compañeros que habían tenido. Fiestas, discusiones, parejas fugaces... Se notaba que entre ellos había muy buena química y yo me sentía muy a gusto con ellos.

Tal como había sospechado, Julia era muy buena estudiante y llevaba la carrera al día. Marco, sin embargo, arrastraba varias suspensas de cada curso, pero su familia no tenía problemas con el dinero y no dependía de una beca como nosotras. Estaba estudiando Historia, que, aunque le gustaba, no era su pasión pues no tenía muy claro a lo que quería dedicarse en un futuro.

Un día antes de comenzar las clases llegó Rosa, que, casualmente, era de un pueblo cercano al mío. Quizá fuese porque acabábamos de conocernos, pero parecía distante. Iba a estudiar Biología y en los

primeros días no pudimos saber mucho más de ella pues pasaba los días en clase o en su habitación. Cuando coincidíamos, comiendo o cenando, hablaba poco y yo tampoco era una persona que supiese llevar la iniciativa en las conversaciones. Esa chica introvertida era la típica persona con la que evitas quedarte a solas, ya que se crea un silencio incómodo que hace que el tiempo pase muy despacio.

Por suerte, con Julia y con Marco sucedía todo lo contrario. Con ellos no necesitaba esforzarme pues siempre llevaban el peso de las conversaciones. Me reía mucho con ellos, sobre todo con Marco, que era único contando anécdotas y cotilleos.

Una noche, tras la cena, nos quedamos los tres viendo la tele. Rosa, como era costumbre, se fue a su habitación.

—¡Qué bueno está ese actor! —comentó Marco en cuanto apareció el protagonista de la película que estábamos viendo.

—Sí, la verdad es que no está nada mal. No me importaría pasar un buen rato con él —dijo Julia mordiéndose el labio inferior.

Mientras los dos se reían yo vi la posibilidad de expresar lo que de verdad sentía. Tenía que soltarlo lo antes posible para empezar a tratarlo con normalidad.

—Bueno, puede ser. Pero la que de verdad está buena es ella —dije cuando apareció una actriz guapísima, mientras mi corazón parecía salirse del pecho, pues era la primera vez que decía en voz alta algo así.

—¡Qué callado te lo tenías! —exclamó Marco mientras se volvía hacia mí y me golpeaba con una almohada.

—Bueno... sí... no sé...

—¿Cómo que no sabes? —me dijo Julia mirándome fijamente e intentando estudiar mis gestos —. ¿Es que nunca has estado con una chica? —preguntó ante mi silencio.

—No, ¿y tú?

—No, pero porque a mí me gustan los chicos.

—Pero, entonces, ¿has estado con algún chico? —. Marco parecía divertirse con la conversación y ante mi creciente incomodidad.

—No, tampoco... Pero vamos, que tengo claro que me gustan las chicas.

—¡Pues tenemos que solucionarlo! —exclamó Marco sonriente, que se sentía comodísimo con estos temas—. Este finde nos vamos de fiesta.

—Perfecto. Ya sabes, Abril, este finde salimos por ti —dijo Julia y comenzó a reírse ante mi estupefacción.

23. UNA GATITA

Mi vida había sido relativamente sencilla hasta ahora. Mi mamá nos había encontrado un refugio y nos amamantaba regularmente. Solo se ausentaba cuando venía una mujer a poner comida y agua. Había muchos gatos en el solar en el que vivíamos y teníamos algunas casetas hechas con cajas para refugiarnos.

De mis cinco hermanos, dos murieron al poco tiempo de nacer, pero los demás estábamos creciendo sin problemas. Empezamos a andar, salíamos a jugar y cuando venía nuestra alimentadora, nos acercábamos a ella sin miedo, pues vimos que nuestra mamá confiaba en ella.

A veces venían otras personas que nos tiraban la comida y el agua. En ocasiones, incluso nos rompían las casetas. Esos días nos tocaba dormir a la intemperie refugiándonos como podíamos, acurrucados junto a mi mamá, que se encargaba de darnos calor.

Nuestra alimentadora siempre venía de noche, cuando no había nadie más por la zona, y siempre volvía a traernos más casetas de cartón, en las que metía mantas que eran muy cómodas. Algunos días, mientras nos echaba la comida, se tenía que ir corriendo porque venía gente gritándole y recriminándole que nos echase comida. «Llévatelos a tu casa», le decían desde lejos.

Aparte de esos episodios desagradables, por lo demás todo iba bien. Tenía comida y agua de forma regular, jugaba continuamente con mis hermanos, nuestra mamá cuidaba de nosotros... Pero un día me comenzaron a doler los ojos, los tenía lagrimosos y me molestaba la luz. Mi mamá me los limpiaba, pero yo estaba más cómoda por las noches y, aunque no dejaban de dolerme, aprendí a convivir con ese problema.

Mi mamá no nos dejaba salir del solar. Ella no se marchó de la zona mientras fuimos pequeños. Nos escondía cuando veía que se acercaba gente que no conocía. Nos defendía si otros gatos se metían con nosotros... Era la mejor mamá del mundo.

No era muy grande, pero sí que tenía mucho carácter. Nos corregía y mimaba a partes iguales. Era gris, atigrada con unos ojos verdes enormes. Mis hermanos habían heredado el color de su pelaje, pero eran mucho más grandes. Yo, sin embargo, tenía casi todo el pelo blanco, menos algunas manchas grises atigradas en la cabeza y el lomo. Era pequeña como ella, aunque no tenía su carácter. Era bastante más sumisa, por lo que la necesitaba para defenderme.

24. LENA

No tardé mucho en escribir a Leo y quedar con él para ir al refugio de la protectora de animales. Me recogería el sábado por la tarde, que era el turno que mejor me venía de los que él tenía que cubrir esa semana. Por lo visto, se repartían por turnos para que hubiese gente en el refugio todos los días de la semana, por la mañana y por la tarde.

Había quedado a las cinco, así que antes le di un buen paseo a Duncan. Nos fuimos por el campo, donde se sentía más cómodo. Ya no llevaba el rabo entre las piernas y le encantaba olisquearlo todo. Cuando le daban los rayos del sol, se paraba y subía la cabeza, mirando al horizonte, disfrutando del calorcito. Transmitía paz.

Al llegar a casa, me despedí de mis padres y bajé a la esquina donde había quedado con Leo para que me recogiese. El refugio estaba en medio del campo, a unos tres kilómetros del pueblo. Nada más llegar, los perros empezaron a ladrar. La primera impresión fue sobrecogedora. Todos esos animales habían sido abandonados...

—Sé lo que piensas, pero tranquila que son felices. Algunos tardan más que otros en adaptarse, pero este es un lugar donde no les falta amor. Enseguida te darás cuenta de que no es un sitio triste —intentó tranquilizarme al ver mi expresión.

—Seguro que sí, pero es duro pensar que hay tantos animales esperando una familia.

—Ven, que te enseño las instalaciones.

Nos dirigimos a la zona de los perros. Al entrar al recinto, nos recibieron dos perros enormes. Se pusieron muy contentos al vernos y empezaron a saltar hacia Leo festejando su llegada. La verdad es que parecían felices y me sorprendió ver todo el terreno que tenían para correr y jugar.

—Las primera norma que tienes que aprender es que siempre hay que cerrar cada puerta por la que pasas. Aquí hay muchos perros y si se juntasen algunos que no se llevan bien, podría haber peleas. Y la segunda, que no debes hacer nada sin preguntar a la persona que esté

de responsable en ese turno —me dijo con seriedad.

—Entendido.

—Mira, todos esos son los cheniles donde están los perros hasta que los sacamos o bien al terreno o bien a pasear. Yo voy a preparar la comida. Enseguida vengo.

Me quedé sola en el terreno y uno de los dos perros que nos habían recibido me trajo una pelota y la dejó junto a mis pies. Se la lancé y los dos salieron corriendo a por ella y se persiguieron el uno al otro intentando quitársela. Me acerqué a ver al resto de perros y la mayoría eran muy grandes. Algunos me ladraban, otros movían su rabo y unos pocos estaban tumbados al sol sin hacerme mucho caso.

Al poco rato volvió Leo con dos comederos y los perros le siguieron hasta su chenil, donde se quedaron comiendo. Se dirigió a mí con un arnés y una correa tras sacar al terreno a una perrita de pelo lanoso.

—Esta es Ahimsa y la vas a pasear durante unos veinte minutos. Es un poco vaga, pero necesita andar ya que le sobra algo de peso. Es muy tranquila y cariñosa con las personas, pero no se lleva bien con otros animales.

Tras ponerle el arnés me indicó por qué caminos podía pasearla. Y lo primero que comprobé era la tranquilidad con la que andaba. A veces se paraba para olisquear o simplemente a contemplar el paisaje. Aproveché una de esas paradas para agacharme junto a ella y acariciarla. Lo que hizo en ese momento me sorprendió: pegó su cabeza a mi pecho y, al abrazarla, dejo caer su peso sobre mi cuerpo. Realmente disfrutaba de mi abrazo.

Al volver del paseo, le pregunté a Leo por su historia. Me contó que llevaba en el refugio cuatro años. Que al ser mestiza, de colores oscuros y no llevarse bien con otros animales, se había convertido en lo que ellos llamaban un perro invisible. Ya que nadie preguntaba por ellos para adoptarlos.

—Ahora vas a pasear a Ted, que lleva poco en el refugio. Le costó adaptarse ya que sospechamos que había vivido en una casa, pero ya empieza a sentirse cómodo aquí y cuando lo castremos le buscaremos compañía para que no esté solo.

—¿Viene de una casa? Pobrecillo. No entiendo cómo la gente puede abandonarlos. Si yo tengo a Duncan desde hace poco tiempo y ya lo quiero con locura.

—Pues sí, y ocurre más a menudo de lo que te piensas. Ted tiene unos dos años y tiene mucha energía. Aunque pasea muy bien, por lo que vas a poder dar un paseo más largo que con Ahimsa.

Enseguida noté su energía al salir al camino. El ritmo con el que caminábamos era muy alto. Incluso en algún momento me animé a correr con él, lo que pareció gustarle. Cuando le llamaba para acariciarle, no dudaba en subir sus patas delanteras sobre mis

hombros y darme unos cuantos lametones llenos de cariño.

Al volver, Leo me dijo que me fuese con su compañera a conocer la zona de los gatos. Que la había avisado y me estaba esperando. Era una zona separada. Al llegar, salió a recibirme una chica de unos treinta años y me invitó a entrar.

—Hola, yo soy Ainhoa, encantada de conocerte —dijo mientras me daba dos besos.

—Hola, yo soy Lena. Es mi primer día.

—Lo sé. Entra, que te enseño esta zona y lo que hacemos en cada turno.

La zona de los gatos estaba dividida en cuatro naves. Una grande donde estaban los gatos adultos y sanos, a la que entraban tras haber sido castrados. Y otras tres más pequeñas. En una estaban los gatitos pequeños; otra tenía gatos «especiales», con distintas enfermedades y que necesitaban más tranquilidad; y la última era para los «positivos», donde estaban los gatos con leucemia e inmunodeficiencia felina, dos enfermedades similares al sida humano pero que no les afectan en su vida diaria.

Lo primero que me sorprendió al pasar a cada nave fue la enorme cantidad de gatos que convivían allí y que, lejos de la creencia popular de que los gatos son ariscos e independientes, nada más pasar nos rodearon maullando y pidiendo mimos.

Ainhoa me explicó que lo que hacían en cada turno era rellenar los comederos y bebederos, limpiar los areneros, barrer, fregar, dar medicamentos y, lo más importante, jugar con los gatos y mimarlos. ¡Allí solo había dos personas para cuidar de unos doscientos animales! Era una locura.

—Hay muchísimo trabajo para tan pocas personas. —No pude evitar decirle lo que pensaba mientras observaba todo.

—Sí, pero al final te acostumbras. Y algunos días, con suerte, estamos dos personas en cada zona. Por eso nos alegramos tanto cuando alguien, como tú, se anima a ser voluntaria.

—Pues dime en qué te ayudo.

—No te preocupes, como hoy es tu primer día, dedícate a jugar con ellos y darles mimos, que seguro que lo van a agradecer.

Cometí la insensatez de sentarme en el suelo e inmediatamente estaba rodeada de gatos que se me subían al regazo y a los hombros. Todos maullaban y buscaban el mejor sitio para recibir mis caricias. Algunos se restregaban por mi espalda. Los que se habían subido a mis hombros me ronroneaban al oído. Al principio fue abrumador, pero enseguida empecé a sentirme increíblemente bien, pues estaba rodeada de animales deseando dar y recibir cariño. Efectivamente, ese refugio era un lugar feliz.

Al llegar a casa, Duncan salió a recibirme como venía siendo habitual.

Pero al llegar junto a mí, comenzó a olisquearme las piernas. Estaba claro que sabía que había estado con otros animales.

—Hola, ya estoy en casa.

—Hola, cariño —contestó mi madre—. ¿Qué tal se ha dado?

—Muy bien. Hay muchísimos animales, pero sentir que les ayudas es algo increíble... no sé explicarlo. Pero me he sentido muy bien allí con ellos.

—Yo no sé si sería capaz. Debe de ser muy duro y muy triste ver a tantos animales abandonados —me dijo mi padre, que me escuchaba atentamente.

—No te creas. Eso pensaba yo también, pero estando allí con ellos, te das cuenta de que son felices. Les he dicho que iré dos días a la semana. Así puedo ayudarles y me queda tiempo para estudiar.

—Vale, el caso es que te organices bien —me contestó mi madre mientras mi padre había vuelto a centrar su atención en la televisión.

25. ABRIL

El viernes por la tarde Rosa se marchó a su pueblo como hacía cada fin de semana. Yo, al contrario, solo había vuelto a casa el primer sábado tras llegar a Madrid y el domingo ya estaba de vuelta, con la maleta cargada de ropa limpia y un montón de táperes que mi madre se había empeñado en prepararme. Ya no le importaba hacerme comidas sin carne y, sorprendentemente, había aprendido a veganizar los platos típicos que había cocinado toda la vida.

En el piso nos quedamos Julia, Marco y yo, ya que esa misma noche teníamos planeado salir de fiesta por Chueca, por lo que estaba nerviosa y emocionada a partes iguales. Ya les había avisado de que no sabía si sería capaz de enrollarme con alguna chica, pero ellos insistían en que tenía que dejarme llevar y que pasase lo que tuviese que pasar. En realidad, para eso me había venido a vivir aquí, así que ya era hora de empezar a vivir mi sexualidad libremente.

—Primero nos vamos a ir a cenar a un vegano que conozco, que te va a encantar. Bueno y barato —dijo Julia—. Después iremos a tomar unas copas, a bailar y a lo que surja —añadió guiñándome un ojo.

—Perfecto. Tengo ganas de pasarlo bien —contesté nerviosa.

—Pues vamos a empezar a arreglarnos, que con un solo baño vamos a salir tardísimo —apuntó Marco mientras se metía el primero en el baño.

Yo fui la última en ducharme. Dejé que el agua caliente recorriese todo mi cuerpo. Empecé a pensar en cómo me gustaría que trascurriese la noche y, sin poder evitarlo, Lena apareció en mis pensamientos. Me imaginé bailando con ella, tocando su cuerpo... besándola. De forma instintiva comencé a acariciarme hasta que tuve que morderme los labios para que no escuchasen como llegué al orgasmo pensando en ella.

Julia y Marco estaban guapísimos. Ella con un pantalón y camisa anchos, con un toque *hippy* que me llamó la atención. Él con americana, pero informal, con vaqueros y camiseta. Yo me había

puesto un vestido granate ajustado a la cintura y que quedaba por encima de mis rodillas. Lo había tenido guardado desde que me lo compré para la graduación del instituto, y no terminaba de sentirme cómoda con él, pero «la ocasión lo merece», pensé.

El sitio que Julia había elegido para cenar me encantó. No era el típico restaurante, sino que más bien parecía una taberna, donde los camareros iban vestidos de calle, incluso algunos con estilo *punk*. El agua era del grifo, la servían en jarras y era gratis, y la comida estaba riquísima.

—¡Madre mía, qué pinta! —exclamé al ver el enorme pincho de tortilla de patatas—. No puedo creerme que no tenga huevo. ¡Está riquísimo! —Aluciné al verlo y más aún al probarlo.

—Las tortillas las hacen con harina de garbanzos y es el pincho estrella de este lugar. Sabía que te gustaría —me dijo Julia.

—Llevaba sin comer tortilla desde que decidí hacerme vegana. Y la verdad es que no encuentro la diferencia.

—Tengo que admitir que cada vez que salgo a comer con Julia todo está riquísimo y entiendo las razones por las que lo hacéis, pero no sé si alguna vez seré capaz de ser vegano —apuntó Marco, que parecía justificarse.

Me encantó todo lo que comimos. Tanto, que salí con el estómago lleno. Y al terminar de cenar nos fuimos a buscar una terraza en la que sentarnos. Estuvimos hablando de banalidades, de cotilleos y de actualidad mientras tomábamos unas cervezas. Yo, que no estoy acostumbrada a beber mucho, con tres cervezas ya iba *contentilla*, lo que me soltó la lengua y les conté todo lo que sentía por Lena... y también, lo que me sorprendió hasta mí, todo lo que me atraía físicamente Rosa, aunque no soportaba quedarme con ella a solas.

—Hay que admitir que tiene unas curvas increíbles —dijo Marco riéndose y haciendo el gesto de unos pechos con sus manos.

—Y es guapísima —añadí yo mientras me subían los colores pensando en ella. No sé si por la bebida o por mi excitación.

—Bueno, es hora de ir a bailar un poco. Llévanos donde quieras —dijo Julia dirigiéndose a Marco.

Entramos a un bar con música electrónica que no era de mi gusto, pero esa noche lo de menos era la música. Pedimos unas copas y yo me tomé un *gin tonic* mientras bailaba junto a ellos.

El volumen de la música era tan alto que no nos dejaba escucharnos y yo ya iba por la segunda copa, lo que me estaba desinhibiendo completamente y cada vez bailaba con menos pudor.

—Aquella chica no para de mirarte —me gritó Marco al oído—. Diviértete, pero hagas lo que hagas, no te vayas sin nosotros. Es mejor ir siempre en grupo —me advirtió con semblante serio.

Asentí para tranquilizarlo, y al volverme para ver a esa chica,

cruzamos nuestras miradas y me sonrió. Yo sonreí tímida manteniéndole la mirada y vi cómo se acercaba. Era mayor que yo y me recordaba a Rosa. Mi corazón empezó a acelerarse cuando se acercó a mi oído y me dijo algo que no escuché, o al menos no recuerdo. Le dije cómo me llamaba y nos pusimos a bailar... y sin previo aviso me besó y yo me dejé llevar por sus labios. Me cogió de la mano y me llevó hasta los lavabos. Nos metimos en el primer baño que estaba vacío y echó el pestillo. Ella llevaba toda la iniciativa. Me puso contra la pared, metió su mano bajo mi vestido y yo, instintivamente, abrí un poco mis piernas. Apartó mis bragas y comenzó a masturbarme lentamente. Yo gemía mientras acariciaba sus pechos y, poco a poco, bajé mis manos hacia su pantalón, lo desabroché, introduje mi mano con dificultad y comencé a acariciarla. Estaba húmeda, al igual que yo. Me besó mientras me corría, ahogando mis gritos. Al poco rato se corrió ella... Se despidió susurrándome al oído «Encantada de conocerte», mientras yo me quedaba sola en el baño.

Me eché agua en la cara intentando asimilar lo que acababa de ocurrir.

Salí del baño y logré encontrar a Marco y Julia, que seguían bailando juntos. Al verme llegar, sonrieron con malicia y me sacaron del bar para cotillear sobre lo que había pasado, pero no les conté demasiado, solo algún detalle. Estaba en una nube y al llegar a casa, caí rendida en la cama.

26. DUNCAN

Me extrañó que Lena hubiera madrugado más que de costumbre. La noche anterior me habían quitado la comida y el agua, y ahora nos íbamos de paseo sin que me diese de comer. Estaba claro que algo raro estaba pasando.

No tardé en reconocer la dirección que estábamos tomando, por lo que, cuando estábamos llegando a la clínica veterinaria, opuse resistencia. A ese sitio solo iba para que me pinchasen y no me gustaba nada. Pero Lena tiró de mí y al final terminé cediendo.

Al entrar en la clínica, Lena firmó unos papeles y la veterinaria me hizo entrar justo después de que Lena me diese un abrazo y varios besos... Definitivamente algo raro estaba a punto de ocurrir y a mí la incertidumbre me daba mucho miedo.

Algo que no cambió es que me volvieron a pinchar como siempre ocurría en ese lugar. ¡Odiaba los pinchazos! Pero al poco tiempo empecé a tener mucho sueño. Intenté mantenerme despierto pues no sabía qué me iban a hacer, pero me pesaban tanto los párpados que finalmente cedí y me dormí profundamente.

Cuando me desperté estaba en una jaula y de nuevo tenía una maldita *campana* en la cabeza... Aunque intentaba mantener los ojos abiertos, no podía evitar volver a dormirme. Volvía a despertarme e intentaba ponerme de pie, pero mi cuerpo no reaccionaba... Y mis párpados se cerraron de nuevo.

Finalmente me desperté y mi cuerpo comenzó a reaccionar. Pude ponerme de pie, aunque me tambaleaba. Mis movimientos eran tan torpes que comencé a golpear la *campana* contra la jaula. Así que me tumbé, pero me mantuve despierto hasta que apareció la veterinaria y abrió la jaula. «Vamos, Duncan, que ya han venido a por ti». Me puso el arnés, la correa y me sacó de allí. En ese momento todos mis esfuerzos se centraron en lograr mantener el equilibrio.

Cuando salimos al pasillo, al final de este vi a Lena y me puse muy contento. Intenté andar más rápido para llegar hasta ella, pero casi

pierdo el equilibrio, por lo que la veterinaria me tuvo que sujetar. Cuando llegué hasta ella, se agachó a mi altura, me sujetó la cabeza y me dijo: «Tranquilo, ya estoy aquí; nos vamos a casa». También estaba el papá de Lena, que se acercó a acariciarme. «Vamos, campeón, que ya te han quitado los huevecillos», me dijo mientras se reía.

Nada más salir a la calle no pude aguantar más y me puse a orinar como si llevase días sin hacerlo. Después me subieron al coche, ya que yo solo no pude. Al llegar a casa, me ayudaron a subirme al sofá e instantáneamente me quedé dormido. No tuve ni ganas de comer y eso que llevaba un día entero sin llevarme nada a la boca.

27. LENA

Las horas en las que Duncan estuvo ingresado para su castración se me hicieron eternas. Estuve tan nerviosa esa mañana que fui incapaz de atender en clase. Noté su miedo cuando lo dejé allí solo y no hacía más que pensar en si todo habría salido bien.

Además, se aproximaba la fecha en la que, hace un año, cambió mi vida por completo. Llevaba unos días más triste, dormía menos y lloraba más. Duncan lo notaba y no se separaba de mí. Siempre estaba tumbado conmigo en el sofá con la cabeza sobre mis piernas. O en mi habitación, donde también había aprendido a subirse a la cama, y se tumbaba junto a mí mientras escuchaba música. Solo las tardes en las que iba al refugio a pasear a los perros me olvidaba de todo. Como decían las voluntarias: «Ellos curan el alma».

Mis padres también estaban distintos conforme se acercaba el trágico aniversario. Se les veía más callados, más ausentes. Iban al cementerio más a menudo. Yo, sin embargo, no había ido ni una sola vez a visitar su tumba. No me veía capaz de afrontarlo. Y tampoco le veía mucho sentido a visitar unos restos que ya no eran él.

Para mí, él era sus recuerdos; sus fotos; sus pósteres de friki, como yo le llamaba; las películas de los ochenta... y, sobre todo, su música, que yo no paraba de escuchar. Como su canción favorita, «Esos ojos negros», de Duncan Dhu.

Era imposible que le hiciese caso a lo que decía la canción: «Esos ojos negros no los quiero ver llorar; tan solo quiero escuchar... dime lo que quiero oír... dime que vas a reír...». Imposible cuando lo recordaba con tanta fuerza.

Cuando mi padre y yo fuimos a recoger a Duncan a la clínica, tenía tantas ganas de recogerlo que fui consciente de que lo quería aun más de lo que pensaba. Y al verlo tambalearse viniendo directo a mí, como pidiéndome ayuda, supe que lo amaría para siempre.

—Déjalo descansar, es normal que no tenga ganas de nada —me dijo mi padre cuando Duncan se durmió en el sofá.

—Sí, me quedaré con él por si necesita bajar del sofá o quiere beber agua.

Me senté a su lado, apoyé mi mano en su pecho, recosté la cabeza sobre el sofá y cerré los ojos... A mi mente vinieron distintas escenas junto a mi hermano, como cuando nos íbamos por las tardes al parque con nuestros amigos y nos sentábamos en el césped a contarnos todos nuestros problemas de amores. Tenía mucha confianza con él y siempre le contaba todo lo que me preocupaba. Echaba de menos incluso cómo se metía conmigo. «Te echo mucho de menos», pensé mientras una lágrima recorría mi mejilla.

Mi vida había cambiado completamente. Ya no salía de fiesta con mis amigas, no había vuelto a abrir mis redes sociales. Estaba repitiendo curso, cuando jamás había suspendido ninguna asignatura anteriormente. En clase solo me relacionaba lo estrictamente necesario con mis compañeros y mi vida social se reducía a mis padres y al contacto con las voluntarias del refugio un par de tardes a la semana.

Abrí los ojos, miré a Duncan, lo acaricié y le agradecí en silencio que llegase para salvarme.

28. UNA GATITA

Mis hermanos, aunque seguían viviendo en el mismo solar, podemos decir que se habían independizado. Ya no dormían con nosotras y, de vez en cuando, se iban a investigar por las calles cercanas. Pero yo seguía junto a mi mamá ya que me estaba quedando ciega poco a poco. Podía moverme por el solar sin problemas, pero no me atrevía a salir de mi zona conocida. Los ojos me seguían doliendo, aunque me había acostumbrado. Y mi mamá seguía siendo la que me defendía y guiaba cuando lo necesitaba.

Estaba aprendiendo a utilizar el olfato y el oído para sobrevivir. Escuchaba antes que nadie cuando venían a traernos comida. Olfateaba cualquier cosa a más distancia que el resto. Y seguía con ganas de jugar, solo que era mi mamá la que había sustituido a mis hermanos en nuestros combates simulados.

Se puede decir que teníamos una vida tranquila y feliz, hasta que un día llegaron unos señores con unas máquinas enormes y se pusieron a romper y arrancar todo lo que encontraban. Empezaron a remover la tierra y excavar en nuestro solar, por lo que todos salimos huyendo.

Mi mamá vino corriendo a buscarme e hizo que la siguiese sin separarme de ella. Me llevó bajo un coche cercano y allí nos quedamos esperando hasta que se fueron. La espera se nos hizo eterna y mi mamá y yo permanecimos muy juntas sin saber muy bien qué estaba pasando.

Cuando se fueron, todos volvimos poco a poco a nuestro solar, pero no se parecía en nada a lo que, hasta entonces, había sido nuestro hogar. No quedaba ni rastro de nuestros refugios y casetas. No estaban los comederos y bebederos. Habían arrancado todos los matorrales... Pero, aun así, nos quedamos allí, pues era el único sitio donde habíamos vivido hasta ahora.

Por la noche llegó la mujer que nos daba de comer y, horrorizada al ver lo que había pasado, empezó a decir: «¡Ay, mis pequeños! ¿Estáis

bien? ¡Ay, mis pequeños! ¿Qué va a ser de vosotros ahora?». Nos puso comida y agua, y enseguida fuimos todos a su lado. Pese al susto, estábamos hambrientos y sedientos, por lo que rápidamente acabamos con todo lo que nos había traído.

Cada día volvía a ocurrir lo mismo. Venían esos hombres con esas máquinas horribles y todos nos escondíamos en las proximidades. Hasta que un día, cuando se fueron e intentamos volver, no pudimos acceder a nuestro solar, ya que habían construido un muro enorme. Algunos intentaron saltar y entrar, pero mi mamá decidió que teníamos que buscar otro sitio donde vivir.

29. ABRIL

El curso avanzaba y yo comenzaba a centrarme en las clases y los trabajos que nos mandaban. En mi mente tenía claro el esfuerzo que estaban haciendo mis padres para conseguirme un futuro mejor y no podía fallarles.

Sabía que iba a elegir todas las asignaturas optativas que tuviesen que ver con la fotografía, pues era mi pasión, pero cada día me gustaba más la idea de que mi futuro estuviese ligado al periodismo. El fotoperiodismo me atraía muchísimo, pero también me gustaba escribir y contar la realidad.

Algo que me estaba descolocando era que ya no sabía si lo que me desagradaba de estar con Rosa eran los silencios incómodos que aparecían cuando nos quedábamos a solas o que en realidad me atraía físicamente. Lo que estaba claro es que, desde la noche en la que me sinceré con Julia y Marco, la veía con otros ojos. Además, el día que nos comentó si podría venirse su novio al piso el próximo fin de semana, tengo que reconocer que me sentí un poco decepcionada.

Justo ese fin de semana tenía previsto pasarlo en mi pueblo. Aprovecharía para traerme ropa de abrigo, pues empezaba a hacer frío. Me apetecía pasar un fin de semana tranquilo y echaba de menos a mis padres.

Cuando llegué al pueblo, mis padres me estaban esperando en la estación del tren. Nos besamos y abrazamos, recogieron mis maletas y nos dirigimos hacia el coche.

—Bueno, ¿qué tal las clases? —me preguntó mi padre.

—Muy bien, la verdad es que me está gustando más de lo que pensaba, aunque hay asignaturas que son insufribles.

—¿Estás comiendo bien?, ¿pareces más delgada? —dijo mi madre con preocupación.

—Claro que sí —le contesté con apatía—. No tienes que preocuparte por mí, estoy muy bien —intenté tranquilizarla.

—¿Tienes mucho que estudiar? —dijo mi padre, que seguía

centrado en mis estudios.

—Aún no mucho, así que este fin de semana voy a descansar, que a saber cuándo podré volver a estar tranquila.

Mis padres seguían repartiéndose los roles conservadores en los que habían sido educados. No iban a cambiar. Mi padre centrado en mis estudios y mi futuro, y mi madre preocupada por mi bienestar.

Al día siguiente, tras un desayuno ligero, me fui a comprar algunas cosas que me hacían falta en Madrid, pero de camino me crucé con Lena que iba con Duncan y, con mi creciente confianza, decidí pararme a hablar con ella.

—Hola, Lena, ¿qué tal sigue Duncan? —le pregunté mientras me agachaba para acariciar al perro—. Veo que tiene menos miedos.

—Hola, Abril —sonrió al acordarse de mi nombre—. Pues mucho mejor, sigue teniendo más miedo a los hombres y a los ruidos fuertes, pero ha avanzado muchísimo.

—Qué bien. Yo, la verdad, tengo claro que cuando me independice adoptaré un perro... o un gato... o ambos. —Nos reímos ante mi indecisión.

—Yo también tengo claro que adoptaré más animales. Y más ahora que estoy ayudando en la protectora.

—¿Estás ayudando en la protectora? ¡Qué bien! Pues me encantaría echar una mano, aunque como ahora estoy fuera, no sé cómo podría ayudar.

—Se me está ocurriendo que podrías venir a hacerles fotos para difundirlos. Sé que te gusta la fotografía y las que les hacemos son con el móvil y no muy buenas.

—¡Claro, me encantaría! —dije entusiasmada, tanto por poder ayudar como por tener más contacto con Lena.

—Apúntate mi teléfono y quedamos cuando puedas. Yo voy a ir esta tarde a pasear perros. Se lo pregunto a las voluntarias y seguro que estarán encantadas con la idea.

Me temblaban las manos cuando estaba guardando su número en mi teléfono. No me podía creer que fuese a quedar con ella.

—Pues esta tarde la tengo libre y ya no sé cuándo será la próxima vez que venga al pueblo —le dije, ante mi creciente interés por quedar con ella.

—Vale, pues hablo con las voluntarias, ya que yo soy nueva y quiero pedir permiso, y te cuento lo que me digan. Mándame un WhatsApp y así tengo tu contacto para poder escribirte —me dijo sacando su móvil—. Perfecto —añadió al ver el emoticono sonriente que acababa de mandarle.

Me despedí de ellos, volviendo a acariciar a Duncan. Y durante toda la mañana nada ni nadie pudo borrarme la sonrisa de la cara.

30. LENA

Le comenté a las voluntarias de la protectora la posibilidad de que Abril les hiciese fotos a los animales del refugio y les encantó la idea, ya que unas mejores fotografías se podrían traducir en más interesados en adoptar. Así que le escribí a Abril para contárselo y quedé con ella para que una de las voluntarias que esa tarde iban al refugio nos recogiese en su coche. La avisé de que podríamos estar unas tres horas o incluso más tiempo y no le importó.

Durante el trayecto, le estuvimos explicando las normas básicas en el refugio. Ella parecía muy interesada. Y cuando llegamos pude ver en su expresión que estaba sintiendo lo mismo que sentí yo. Esa mezcla de impotencia por ver tantos animales que han sido abandonados y de tranquilidad al verlos felices, con ganas de jugar y de recibir mimos.

—Si te parece, tú te quedas en el terreno fotografiando a los perros que vayan sacando y yo mientras voy paseando a algunos —le indiqué.

—Claro, no hay problema. Yo necesito poder estar moviéndome por aquí, observándolos e ir fotografiándolos mientras ellos siguen con su rutina —me dijo mientras preparaba la cámara.

La dejé haciendo fotos mientras me iba con Mara, una de las perritas denominadas PPP que, más que potencialmente peligrosa, era potencialmente preciosa. La etiqueta le dificultaba muchísimo la posibilidad de ser adoptada. Era un encanto, le gustaba recibir caricias en la tripa cuando se tumbaba boca arriba. Paseaba fenomenal y si se quedaba en el terreno, se divertía corriendo tras la pelota que te traía una y otra vez para que volvieses a lanzarla.

Según me habían contado, sospechaban que venía del mundo de las peleas de perros, ya que llegó llena de cicatrices y se ponía muy agresiva con otros perros, por lo que tenía que estar sola. Sin embargo, con las personas era todo amor.

Cuando regresaba del paseo, vi a Abril intentando hacer fotos a uno

de nuestros perros más jovencitos. Digo «intentando», ya que no lo estaba consiguiendo. Era un perro tan cariñoso que no podía separarse de él para poder fotografiarlo. En cuanto se agachaba, se lanzaba a lamerle la cara. Pero lejos de desesperarse, la vi reír y divertirse con él.

—Algunos me lo ponen fácil, pero con otros es casi imposible. —Se reía mientras me explicaba lo que le costaba conseguir el espacio suficiente para hacerles las fotos por la atención que demandaban.

—Es que son increíbles. Cada uno con su personalidad, pero son muy especiales —le dije mientras me preparaba para llevarme a otro perro de paseo.

No tardó mucho en caer el sol y la luz ya no era propicia para seguir haciendo fotos. Por lo que nos dedicamos a limpiar los cheniles de los perros y a jugar con los que iban saliendo al terreno. Nos lo pasamos muy bien. Estuvimos hablando de nuestro presente. Me contó lo que estaba estudiando y lo bien que estaba en Madrid. Yo le expliqué cómo intentaba agarrarme a una situación que no era como hubiese imaginado, pero que tenía sus cosas buenas. Incluso yo misma me sorprendí al reconocer que, en estos momentos, había cosas buenas en mi vida.

Le pasé mi correo para que me mandase las fotos una vez las hubiese editado. Y, tras bajar del coche, nos hicimos compañía durante unas calles, pues vivíamos relativamente cerca.

—Muchas gracias por esta tarde tan maravillosa —me dijo cuando íbamos a despedirnos.

—Gracias a ti por hacerles las fotos.

—No, de verdad, hacía mucho tiempo que no estaba tan a gusto. Gracias por descubrirme un mundo que desconocía y que me ha encantado —me dijo con brillo en los ojos.

—Me alegro de que te haya gustado. Pero tenemos que repetir para que fotografíes a los gatos.

—Eso está hecho —se despidió con una sonrisa—. Esta misma noche o como muy tarde mañana por la mañana, te envío las fotos —me dijo mientras se marchaba.

Le alcé la mano mientras la veía marchar y me quedé pensando que yo también había pasado una tarde muy agradable. Hacía tiempo que no hablaba tanto con alguien. Era lo más parecido a una tarde de amigas que había tenido desde hacía casi un año.

Por la noche recibí un mensaje de Abril diciéndome que ya tenía las fotos en el correo. Le di las gracias y me dispuse a verlas. Las fotos eran increíbles, parecían hechas por una profesional. Tenía mucho talento. Eran fotos que desprendían belleza, ternura y alegría a partes iguales. Las reenvié al correo de la protectora y le escribí a Abril.

—Son las fotos más bonitas que he visto nunca. Nuestros perros son

guapos, pero han salido increíbles. ¡Felicidades!

—Muchísimas gracias. Me alegro de que te gusten —contestó junto a un emoticono sonriente con corazones.

—Con estas fotos les van a salir muchísimos pretendientes —dije añadiendo unos emoticonos de risas.

—¡Ojalá! Se lo merecen porque son maravillosos.

—Sí que lo son. Muchísimas gracias por todo. Seguimos en contacto. —Me despedí.

—Por supuesto. Estoy a vuestra disposición. Y para cualquier cosa que necesites, me escribes.

Es curioso cómo en un solo día podía sentirme tan a gusto con alguien a quien nunca antes había hecho caso. Cuando íbamos juntas a clase, ella era la rara e introvertida, mientras que yo tenía muchísimos amigos, o eso creía, y se podría decir que era bastante popular. Pertenecíamos a mundos distintos... Sin embargo, ahora era yo la rara e introvertida.

31. ABRIL

«Son las fotos más bonitas que he visto nunca». No podía quitarme esa frase de la cabeza. Me la imaginaba con la voz de Lena, mirándola de frente mientras me perdía en sus ojos verdes. Definitivamente, seguía enamorada de ella. Podrían gustarme otras chicas físicamente, pero Lena era especial.

Había pasado una tarde maravillosa. Jamás habría imaginado que ese fin de semana, que pensaba pasar tranquila en casa, me trajese este regalo. También había descubierto un mundo que me había fascinado: gente trabajando de forma desinteresada por ayudar a los animales abandonados. Era admirable y estaba dispuesta a seguir colaborando con la protectora en todo lo que me fuese posible.

No quería hacerme ilusiones con Lena pues, pese a que no había tenido relaciones serias, sí que había tenido rollos cortos con distintos chicos. Pero estaba claro que me gustaba la idea de que formase parte de mi vida. Aunque fuese como amiga.

Esa noche me dormí pensando en ella y en cómo había cambiado. Ya no era la chica risueña y extrovertida de antes. Había madurado muchísimo y la melancolía de tiempos pasados seguía instalada en su corazón. Pero seguía siendo una chica especial, que iluminaba su entorno solo con su presencia... O, al menos, a mí me lo parecía.

32. DUNCAN

Cada día me sentía más cómodo con esas personas que Lena llamaba papá y mamá. Incluso empezaba a cogerles cariño. También algún día me habían sacado de paseo cuando Lena no estaba en casa. Y para demostrarles que confiaba en ellos, a veces me tumbaba a su lado en el sofá... O más bien dejaba que ellos se sentasen junto a mí, pues yo casi siempre estaba en el sofá.

Me encantaba mi nueva vida. No sabía que se pudiera recibir tanto cariño. Las personas empezaban a darme menos miedo, pues desde que me rescataron, no me había cruzado con ninguna que me hiciese daño. Aun así, los hombres desconocidos seguían produciéndome rechazo... y más si se parecían a mi anterior dueño.

No podía evitar acordarme de mis antiguos compañeros. Algunos de ellos seguirían encerrados en aquel zulo del que solo salíamos para cazar o para correr enganchados al coche. Sin un sitio cómodo para dormir y con un pienso seco que nos duraba varios días, recibiendo, de vez en cuando, un trozo de pan duro que comíamos con ansiedad para que nadie nos lo robase.

Algunos habrían sido abandonados como yo. Otros quizá habrían recibido un disparo. Las hembras parirían una y otra vez hasta que su cuerpo se agotase... Me apenaba acordarme de ellos. Incluso, a veces, soñaba que volvía a estar en aquel infierno y me despertaba llorando.

Cuando salíamos de paseo por el campo y oíamos disparos a lo lejos, los recuerdos inundaban mi mente y mi cuerpo respondía temblando y paralizándose, por lo que teníamos que darnos media vuelta y pasear por las calles o por el parque, en el que había un sitio vallado donde Lena me soltaba y que se estaba convirtiendo en mi segundo lugar favorito tras mi casa.

En ese sitio a veces coincidía con otros perros que en un principio me dieron miedo, pero poco a poco me fui dando cuenta de que solo querían jugar. Aún recuerdo la primera vez que me animé a correr. Nunca había disfrutado tanto corriendo, pues era la primera vez que

lo hacía porque me apetecía, sin otro fin que divertirme.

Cada vez aceleraba más y todos los perros comenzaron a seguirme, aunque ninguno me alcanzó. La sensación de velocidad y libertad que experimenté fue proporcional a mi cansancio, pues di tantas vueltas seguidas a ese recinto que después tuve que tumbarme en el césped un buen rato para recuperarme.

Algunos perros jugaban con pelotas. Lena me lanzó una. Me quedé mirando la pelota y después la miré a ella para que entendiese que yo no pensaba ir a por ella. Así que la recogió y volvió a intentarlo, esta vez apretándola para que sonase un pitido estridente que, aunque llamó mi atención, no fue suficiente para convencerme de ir a por la dichosa pelota cuando volvió a lanzarla. Enseguida entendió que esos jueguecitos no iban conmigo. Lena era muy lista y aprendía rápido.

33. LENA

Hace un año, el atardecer de aquella tarde de otoño se presentaba pintado de rojos, azules y violetas. Esa es la primera imagen que me vino a la mente cuando me desperté y agradecí que mis padres, la noche anterior, hubiesen decidido que no iban a abrir la tienda y que yo no tendría por qué ir a clase si no me apetecía.

Tardé en levantarme de la cama y creo que me hubiese quedado en mi habitación toda la mañana si no fuese porque Duncan asomó su cabeza por la puerta como pidiendo permiso para entrar. Le llamé sin alzar apenas la voz y él empujó con suavidad la puerta para entrar y subirse rápidamente a la cama junto a mí.

Aunque en un principio se quedó tranquilo, tumbado junto a mí, pronto empezó a moverse inquieto, hasta que se bajó de la cama y empezó a lloriquear dejándome claro que necesitaba salir a la calle.

—Buenos días —dijo mi padre al verme salir de la habitación.

—Buenos días, papá. Voy a sacar a Duncan a la calle, que me lo está pidiendo.

—Vale... Dentro de un rato, tu madre y yo vamos a ir al cementerio. ¿Te vienes? —me preguntó con tristeza.

—No, lo siento. No voy a ir al cementerio.

—Te entiendo, no te preocupes. Pues entonces puede que cuando vuelvas ya nos hayamos ido.

Le puse a Duncan un abrigo impermeable rojo que le habíamos comprado, pues vi, a través de la ventana, que el día estaba gris y amenazaba lluvia.

—Hasta luego, hija. Nos vemos luego —me dijo mi madre, que había escuchado la conversación con mi padre.

—Adiós, mamá. —Le di un beso y un abrazo en el que noté que ponía más intensidad que de costumbre.

Di un paseo largo con Duncan. Recorrimos distintas calles sin un destino fijo. Él iba olisqueando todo, mientras yo caminaba sin prestar atención a nada. No podía dejar de pensar en cómo, hace justo un año,

cambió mi vida por completo.

Había pasado por dos etapas distintas. Al principio creía que nada tenía sentido ni que volvería a tenerlo. Me quedé anclada en el pasado, incapaz de disfrutar el presente y sin ninguna intención de mirar al futuro... Llegué incluso a pensar que todo sería mejor si no hubiese un futuro. Después, con la llegada de Duncan, me centré en cuidar de él y me abrí más a la ayuda que me ofrecían mis padres y mi psicólogo, al cual seguía visitando de vez en cuando. Pero mi vida no se parecía en nada a lo que era hace más de un año. Me había centrado en lo que consideraba importante y había perdido el interés por todo lo que me parecía superficial.

Estábamos lejos de casa cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, por lo que volvimos los dos empapados. No me habría importado seguir andando mientras llovía. No tenía paraguas, pero continué al mismo ritmo. Fue Duncan el que empezó a tirar de mí para regresar a casa lo antes posible.

Cuando entramos en casa, le quité el abrigo y se sacudió demostrando su incomodidad por haberse mojado. Le sequé un poco la cabeza y las patas, y le puse su desayuno. Yo me fui directa al baño para darme una ducha caliente, ya que comenzaba a tiritar por tener el pelo mojado.

Me quedé un buen rato bajo el agua caliente, quieta, dejando que el agua calmase mi frío y camuflase mis lágrimas.

Cuando mis padres volvieron a casa, les vi los ojos vidriosos y los párpados hinchados. Habían estado llorando y yo no había sido capaz de acompañarlos en ese momento. Y no sabía si era por no encontrarle sentido a visitar una tumba, la que era mi versión oficial, o porque no quería verme en esa situación por miedo a cómo reaccionaría. El caso es que había vuelto a evitar esa situación y de lo único que me arrepentí fue de dejar solos a mis padres.

Comimos en silencio. Yo apenas probé bocado y eso que no había desayunado, pero no tenía hambre. La televisión nos distrajo y evitó silencios incómodos. Duncan, como en cada comida, se sentaba, paciente, a mi lado poniendo cara de pena para que le diese algo. Ese día comió más que de costumbre.

Aproveché un rato que escampó para darle un paseo corto a Duncan. Pero la tarde amenazaba con tormentas y comenzaba a oírse algún trueno lejano. Subimos rápido, pues a Duncan le daba miedo, como le ocurría con todos los ruidos fuertes. El resto de la tarde la pasé en mi habitación. A ratos leyendo y a ratos escuchando música.

La tormenta eléctrica no tardó en estallar. Duncan se acurrucó a mi lado en la cama y yo traté de tranquilizarlo. El día era un fiel reflejo de cómo me sentía. Solo que la tormenta descargaba sin miramientos sobre nosotros, mientras que yo me lo guardaba todo bien dentro, en

lo más profundo de mí. Cerrado bajo llave.

Hice acto de presencia en la cena para no preocupar a mis padres, aunque seguía sin apetito. Duncan, por el contrario, devoró su comida y vino rápidamente hacia mí para suplicar con su mirada que le diese algo más.

Estuve esperando que dejase de llover para volver a sacarlo a la calle, pero no paraba. Duncan empezaba a dejar claro que necesitaba salir. Andaba nervioso por la casa, se quedaba mirándome y lloriqueaba. Así que le puse el abrigo impermeable, cogí un paraguas y bajamos a la calle. Fue un paseo corto, ya que a Duncan no le hacía ninguna gracia mojarse, pero suficiente para despejarme un poco. Me vino bien sentir el aire fresco en la cara. Había sido un día muy extraño y totalmente distinto a cómo fue hace un año. El sol apenas había hecho acto de presencia. Era la perfecta metáfora de lo que había sido mi vida a partir de aquel segundo que duró una eternidad.

Duncan empezó a tirar hacia casa y yo dibujé mi primera sonrisa de aquel día. «Menos mal que apareciste en mi vida», pensé mirando al perro larguirucho, cuyo pelo negro contrastaba con el rojo de su abrigo, y que llegó para salvarme.

34. UNA GATITA

Yo, que nunca había salido del solar que había sido mi casa hasta ese momento, de pronto me vi recorriendo distintas calles pegada a mi mamá. Solo veía bultos y luces. Había demasiados ruidos ensordecedores. No habría sobrevivido sin ella.

No volvimos a saber nada de mis hermanos. Hacía tiempo que se buscaban la vida por su cuenta y, nada más empezar las obras, desaparecieron. El resto de gatos también se marcharon poco a poco. En pocos días habíamos perdido nuestro hogar, donde vivíamos tranquilos y sin preocupaciones.

Yo caminaba muy pegada al suelo y siempre que podía buscaba el contacto con alguna pared. Mi mamá me decía dónde debía permanecer escondida mientras ella se iba a explorar la zona y a buscar algún sitio donde poder instalarnos. Yo siempre le hacía caso y no me movía hasta que ella volvía.

Pasamos dos noches escondidas entre los matorrales de un pequeño parque, comiendo muy poco, solo lo que habíamos encontrado al romper alguna bolsa de basura que habían dejado fuera del contenedor. Nosotras, que antes teníamos suficiente comida cada día y agua fresca a nuestro alcance, estábamos descubriendo lo que era pasar hambre y tener que beber agua sucia de los charcos. Un tercer día lo pasamos bajo los coches pues no paró de llover. El cielo empezó a tronar y yo, que estaba agudizando mi sentido del oído debido a mi falta de visión, me sentí en medio del caos. No recuerdo haber pasado tanto miedo en mi vida.

Finalmente, tras varios días buscando un sitio adecuado para vivir, mi mamá vino a buscarme muy contenta. Había encontrado otra colonia felina, con comida, agua y refugio. Cuando llegamos, nos pusimos a comer pienso desesperadas, incluso casi me atraganto. Hacía mucho tiempo que no comía tan bien, o al menos a mí me parecía una eternidad, ya que el tiempo pasa más despacio cuando lo rodea la incertidumbre.

Noté la presencia de algunos gatos a mi alrededor, pero seguimos comiendo y bebiendo sin preocuparnos hasta que mi mamá se puso en alerta. Un gato se nos acercó de forma agresiva y mi mamá le bufó tensa. Los dos comenzaron a maullar amenazándose y mi mamá se pegó a mí, haciéndome retroceder para alejarnos de allí. Nos resguardamos en una caseta de cartón y plástico, parecida a la que teníamos en nuestro anterior hogar y mi mamá se quedó vigilando mientras yo descansaba.

A la mayoría de los gatos no les había importado nuestra presencia. Pero aquel gato había decidido que no quería gatos nuevos en su territorio comiéndose la comida que consideraba suya. Aun así, decidimos quedarnos allí, pues era el mejor sitio que habíamos encontrado tras varios días de penurias, aunque tendríamos que tener cuidado de no cruzarnos con él y comer cuando no nos viese.

Esa misma noche oímos que llegaba una mujer a echar comida y rellenar los cacharros de agua. Esa colonia también tenía una cuidadora, pero no nos acercamos ya que todos los gatos habían salido a recibirla y nosotras teníamos que ser discretas para poder quedarnos allí. Esa noche dormí mejor que todas las anteriores, pero de vez en cuando me despertaba y notaba que mi mamá estaba despierta, vigilando.

En medio de la noche me despertó y me llevó hacia los comederos. No quedaba mucha comida, pero era suficiente para nosotras. También fue agradable beber agua limpia. Tras comer, me volvió a llevar directamente a la caseta y, por fin, se acurrucó junto a mí. Notar su calor me daba seguridad y me calmaba. Me dormí ronroneando mientras ella lamía mi cabeza.

Tras unos días, conseguimos establecer una rutina que nos permitía vivir allí sin problemas. La mayoría de los gatos se habían acostumbrado a nuestra presencia, aunque mi mamá, recelosa, no les dejaba acercarse a nosotras. Apenas nos habíamos cruzado con el gato agresivo y, si lo veíamos de lejos, nos bufaba evidenciando su dominio, pero como nos alejábamos con rapidez, nos dejaba en paz. Parecía haber aceptado la situación de que estuviésemos por allí, siempre que no le molestásemos.

Todo era muy distinto a cómo era la vida en nuestro solar, pero al menos teníamos refugio y comida. Tampoco me gustaba la gran cantidad de ruidos que había alrededor. Ruidos de coches, de personas y otros que no sabía identificar, demasiado cerca. Por lo que mi vida consistía en comer y beber cuando mi mamá me lo indicaba y estar en nuestra caseta. Me daba demasiado miedo explorar la zona ya que la sensación de peligro era grande si me salía de mi rutina.

35. ABRIL

Cuando regresé a Madrid, noté una tensión fuera de lo normal entre Rosa y Julia. No solo es que estuviesen enfadadas, es que directamente no se hablaban. Algo había sucedido ese fin de semana en el que Rosa había traído a su novio al piso.

—En cuanto pueda, te cuento todo lo que ha pasado —me susurraba Marco, con un gesto divertido que evidenciaba que se sentía como pez en el agua cuando se trataba de contar cotilleos.

—Pero, ¿qué ha pasado?

Me interrumpió, señalándome con el dedo que me callase, que podían oírnos.

—¿Nos vamos a tomar algo? —dijo Julia, que había aparecido tras nosotros.

—Sí, por favor —respondí deseosa de enterarme de lo que había ocurrido.

Marco no pudo esperar a llegar a la cafetería y ya en el ascensor empezó a contarlo todo.

—¡Madre mía, qué fin de semana más tenso! Como ya sabes, el novio de Rosa ha pasado el fin de semana aquí. Y nada más llegar ya apuntaba maneras —dijo con malicia—. Todo engominado, con *fachaleco* con su banderita de España y todo —señaló mientras simulaba con las manos llevar puesto uno de esos chalecos acolchados que llevaban muchos políticos de derechas.

—Bueno, esos son estereotipos absurdos. Lo peor eran sus gustos y sus ideas —apuntó Julia con un tono mucho más serio que Marco.

—El caso es que estuvo todo el fin de semana soltando perlitas típicas de *cuñao* y criticando a los *progres* con un desprecio insultante —retomó el relato Marco, dándole su toque personal.

—Menudo personaje. Pues no me esperaba que Rosa estuviese con alguien así —dije sorprendida—. Que tampoco es que supiese mucho sobre ella, pero no me pega.

—No te pega porque a ti te hubiese gustado que no tuviese novio

—se rio Marco mientras me daba un pequeño empujón con su hombro y me guiñaba el ojo.

—Pero eso no es lo peor —nos interrumpió Julia—. La discusión llegó cuando nos preguntó que si no televisaban los toros en ningún canal... ¡Es taurino! —exclamó Julia con un gesto de asco—. Y Rosa también, pues cuando le dije que en nuestro piso no se iban a ver torturas y asesinatos, ella salió en su defensa. —La expresión de enfado de Julia fue creciendo conforme recordaba la situación.

—Total, que al final terminamos los cuatro discutiendo —prosiguió Marco—. Ellos dos defendiendo los toros y la caza... Sí, la caza también —confirmó Julia al ver mi cara de sorpresa—. Y nosotros argumentándole por qué no nos parecía bien que se matasen animales por diversión. Te puedes imaginar cómo acabó aquello.

Habíamos llegado a la cafetería y nos sentamos mientras pedimos tres cafés con leche de soja.

—No me lo puedo creer. Y me lo he perdido todo —les dije con incredulidad ante aquella situación tan incómoda.

—Pues mejor para ti, porque ha sido un fin de semana horrible —dijo Julia mientras se frotaba el pelo—. A partir de ahí nos hemos evitado todo lo posible y, una vez se fue su novio, no hemos vuelto a dirigirnos la palabra. No me extrañaría que se buscase algo y se marchase del piso.

Me distraje con el café y mordisqueando la galletita que nos habían servido, que era apta para veganos, pues ya nos conocían allí y siempre nos preparaban algo que pudiésemos comer.

—Pues mi fin de semana ha sido increíble. —Cambié de tema para quitarle hierro al asunto, pues Julia estaba muy seria. Al contrario que Marco, que parecía divertirse con todo aquello.

Les conté todo lo que me había pasado con Lena y en la protectora. Que me había dado su teléfono y lo bien que me había sentido pasando tiempo con ella. También les dije que iba a regresar al pueblo el próximo fin de semana para seguir fotografiando a los animales del refugio y así, de paso, volver a estar con Lena.

—Tienes que tener cuidado —me dijo Julia preocupándose por mí —. Si no estáis en el mismo punto, puedes pasarlo mal. Tú puedes querer algo más y ella puede que solo quiera ser tu amiga.

—Pues yo me lanzaría —afirmó Marco—. Si no tienes ninguna posibilidad de tener algo con ella, mejor que te enteres cuanto antes.

—No sé si quiero lanzarme —dije con indecisión—. Ella nunca ha tenido una relación seria, pero sí que ha tenido algunos rollos con chicos. Además, por lo poco que la conozco, creo que no está en el mejor momento como para interesarse por empezar una relación sentimental.

No entré en más detalles sobre su vida, pues ya les había contado

todo sobre ella y sabían a lo que me refería.

Terminamos el café, pagamos y nos fuimos de nuevo al piso. Rosa estaba en su habitación y yo me puse a colocar todo lo que había traído del pueblo. Tras una cena ligera, me fui a mi habitación a repasar unos apuntes de clase.

Cuando me metí en la cama para dormir, comencé a pensar cómo había cambiado todo en un fin de semana. Sin proponérmelo, había iniciado una pequeña amistad con Lena, que tenía decidido alimentar para que creciese. Estaba deseando volver al pueblo al siguiente fin de semana, cuando al principio del curso pensaba que no volvería al pueblo más de lo necesario. Y, por último, me había dado cuenta de cómo la atracción física está muy relacionada con la forma de ser. De pronto, ya no podía pensar en Rosa como lo hacía antes; había perdido todo el atractivo para mí. No podía negar que era guapa y estaba buena, pero todo lo que me habían contado esa misma tarde sobre ella me producía tal rechazo que ya no me atraía en absoluto.
Durante la semana recibí algún mensaje de Lena, contándome las novedades de la protectora, y algún vídeo paseando o jugando con los perros que había conocido. Yo aproveché para quedar con ella el próximo sábado y hacer fotos en la zona de los gatos. Ella me contestó con emoticonos sonrientes y, cuando nos despedimos, me envió un emoticono lanzando un beso con un corazón. Y, aunque seguramente no tuviese más importancia y todo el mundo los envía para despedirse, yo no pude evitar sentir un cosquilleo cuando lo vi, mientras le enviaba el mismo emoticono para despedirme.

Recordé las palabras de Julia diciéndome que tuviese cuidado, que todo aquello podría hacerme daño. Supe que tenía razón y me propuse no hacerme ilusiones y pensar en Lena como una amiga.

36. LENA

Al día siguiente retomé mi rutina. Fui a clase y escribí a Leo para quedar esa misma tarde para ir al refugio. Estar con los animales era lo que más me apetecía. Me ayudarían a olvidarme de todo lo demás y calentarían mi alma con su cariño.

Mis padres también habían retomado su vida normal pese a que estas fechas nos habían puesto más tristes a todos. El que había cambiado ligeramente sus comportamientos era Duncan. Parecía notar nuestro estado de ánimo y estaba más cariñoso que nunca. No solo conmigo, lo que ya era habitual, sino también con ellos. Se acurrucaba a su lado, apoyaba la cabeza en sus piernas o se tumbaba bocarriba para que le acariciasen la tripa. Estoy convencida de que su comportamiento no era casual y durante esa semana, mis padres agradecieron, más si cabe, haber dejado que Duncan se quedase en casa.

Tal como había pensado, pasar esa tarde en el refugio fue lo mejor que pude hacer. Además, Leo quiso que empezase a tener más responsabilidades.

—Hoy no vas a pasear perros. Te vas a quedar en el terreno ayudándome con las comidas y la limpieza. Y si te ves preparada, te dejaré en algún momento sola mientras yo paseo a algún perro.

—Vale —dije nerviosa—. Gracias por confiar en mí.

Entre la alegría por la confianza que estaban depositando en mí y el amor incondicional que te ofrecen los animales, esa tarde me sentía rebosante de felicidad.

Aproveché el momento que me quedé sola para hacerles fotos y vídeos a los perros. Tenía ganas de compartir cómo me sentía, por lo que se los envié a mis padres y, sobre todo, a Abril, pues sabía que le iban a gustar. Y ya de paso, quedamos ese mismo sábado para que les hiciese fotos a los gatos.

Vi llegar a Leo y preparé todo para que pudiese entrar con el perro al terreno sin peligro. Metí en sus cheniles a los perros que había

sacado y preparé la comida del que traía Leo.

—Esas fotos y vídeos que estás haciendo, puedes publicarlas, mencionando a la protectora e indicando que buscan adopción. Cuanta más difusión tengan, mejor para ellos —me dijo nada más pasar.

—No... —dudé cómo decírselo—. Yo no tengo redes sociales. No desde... —No me salían las palabras—. No, no tengo redes sociales desde hace mucho tiempo.

—Qué raro, todos los chicos de tu edad parecen estar enganchados a las redes sociales —dijo extrañado—. Por un lado, haces bien, pero a nosotros nos ayudan mucho para buscarles adopción.

No le contesté nada más. No me apetecía explicar la razón por la que no había vuelto a mirar mis redes sociales desde hace un año. En parte, culpaba de la muerte de mi hermano a la imprudencia de hacer la mejor foto o vídeo por arriesgado que fuese. Nos había cegado tanto la necesidad de acumular aprobación en forma de *likes* que no habíamos sido conscientes de que no valía la pena.

Cuando terminamos nuestro turno en el refugio me trajo al pueblo y me felicitó por haberlo hecho tan bien en mi primera tarde como responsable de la zona de los perros. Nos despedimos y quedamos para el sábado, pues volveríamos a coincidir.

—También vendrá Abril, la que nos hizo las fotos de los perros la semana pasada —le aclaré ante su expresión, que indicaba que no sabía quién era.

—Ah, sí —dijo al recordar las fotos—. A ella no la conozco, pero vi sus fotos y son increíbles. Es más que bienvenida.

—¡Nos vemos el sábado! —me despedí.

—Sí, os recojo aquí a la misma hora que hoy —. Cerró la puerta del coche y se despidió alzando la mano.

Volví a casa con una sonrisa y deseando contarles a mis padres lo que había ocurrido esa tarde. La responsabilidad que me habían otorgado y que todo había salido bien.

Me recibió Duncan moviendo alegre el rabo y pidiéndome salir a la calle. Así que, tras contarles todo a mis padres, me fui a dar un paseo con él. Comencé a pensar en lo curioso que era que estuviese tan feliz justo un día después de haber estado tan triste. No pude evitar reprocharme a mí misma estos cambios emocionales tan bruscos, como si me sintiese culpable por mi felicidad.

El sábado, a las cuatro de la tarde, llegué puntual al lugar de encuentro y Abril ya estaba allí. Me sonrió al verme llegar y nos saludamos dándonos dos besos. Enseguida llegó Leo en coche y nos subimos, yo de copiloto y ella en los asientos de atrás.

—Hola. Mira, te presento a Abril —le dije señalándola.

—Hola, encantado —se giró Leo para sonreírle—. Entonces hoy

vais a la zona de gatos, ¿verdad? —añadió dirigiéndose a mí.

—Sí, así ella puede hacer las fotos y yo aprendo mejor todo lo que hay que hacer en esa zona para poder hacerme responsable si en algún momento me necesitáis.

—Me parece bien. Entonces os quedáis con Laura, que estará de responsable de esa zona.

Nos recibió Laura, le presenté a Abril, y nos indicó lo que teníamos que hacer. Yo comencé a limpiar areneros y reponer aguas y comidas, mientras Abril deambulaba por las distintas naves haciendo fotos, rodeada de gatos que reclamaban atención y caricias.

Como siempre, la tarde se nos pasó volando y Leo nos volvió a llevar al pueblo. Durante el trayecto, Leo le agradeció que les hiciese fotos tan buenas a los animales y le explicó lo importantes que eran, ya que había muchos adoptantes que se decidían a dar el paso por las difusiones que se hacían en las redes sociales. Nos despedimos de él y nosotras nos quedamos hablando en la calle.

—En cuanto las edite, te las mando, como hice la semana pasada.

—¡Genial! Muchas gracias de nuevo —le dije con sinceridad.

—Soy yo la que te doy las gracias por enseñarme este mundo, Me siento muy bien pudiendo aportar mi granito de arena.

—Me encantan tus fotos. No sé cómo lo haces, pero transmiten emociones.

—Si te apetece, le hago una sesión de fotos a Duncan.

—¿De verdad? ¡Me encantaría!

—Pues cuando tú quieras, quedamos.

—No sé, eres tú la que vive fuera. Yo estoy disponible casi siempre. Y si es para que le hagas fotos a Duncan, quedamos cuándo me digas y dónde me digas —le dije riendo entusiasmada.

—¿Mañana por la mañana?

—Vale, ¿en el parque?

—El parque es perfecto. ¿Quedamos mañana a las diez aquí mismo?

—Sí, a las diez está bien. Muchas gracias por todo. —La abracé emocionada.

—Hasta mañana —me dijo sonriente, mientras se giraba y se iba hacia su casa.

Un par de horas después recibí las fotos de los gatos y me quedé impresionada. Además de salir guapísimos, sus ojos y sus miradas traspasaban la imagen. Era hipnótico. Abril era una fotógrafa increíble.

37. ABRIL

Me costó mucho dormirme. Ese abrazo que me dio para despedirnos se me quedó grabado de tal forma que, incluso horas después sentía el tacto de su cuerpo sobre el mío.

Ni siquiera cené, pues en cuanto llegué a casa me puse a editar las fotos para enviárselas a Lena. Y la verdad es que estaba muy orgullosa de cómo habían quedado. Nunca había fotografiado gatos y había resultado ser una experiencia fantástica. Eran unos modelos increíbles. Sus poses y sus miradas hacían que fuese relativamente fácil conseguir fotos espectaculares.

A la mañana siguiente me levanté con sueño, pero emocionada. Desayuné bien y preparé la cámara, comprobándola varias veces para asegurarme de que nada saliese mal. Llegué antes de la hora, al igual que ayer, lo que podría ser un claro síntoma de mi impaciencia por estar con ella.

La vi llegar a lo lejos con Duncan. Estaba guapísima, llevaba unos vaqueros ajustados que le resaltaban sus piernas bien torneadas, una chaqueta gris ajustada, un pañuelo al cuello y el pelo suelto. Todo le sentaba bien, se pusiese un vestido, unos vaqueros o un chándal. Duncan venía con un abrigo rojo que parecía hecho a medida, con un cuello muy abrigado.

—¡Buenos días! —me dijo con entusiasmo.

—Buenos días —contesté sonriente—. Buenos días, Duncan —dije mientras le acariciaba, ya que se me acercó contento.

—¿Has visto qué confianza empieza a tener con todo el mundo? —me dijo con orgullo.

—Sí, la verdad es que ha mejorado mucho.

—Bueno, pues vamos para el parque, que estoy deseando que empieces, porque con lo guapo que es y las fotos que haces, seguro que el resultado va a ser impresionante.

Le sonreí ruborizada y nos pusimos en marcha.

—Por cierto, las voluntarias están encantadísimas con tus fotos. Me

dijeron que te diese las gracias y que puedes seguir fotografiándoles siempre que quieras —me dijo mientras posaba su mano en mi hombro.

—Gracias... Yo encantada —dije con sinceridad, mientras notaba el tacto cálido de su mano pese a la ropa que separaba nuestras pieles.

Seguimos andando en silencio, lo que, para mi sorpresa, no era incómodo. Mientras, Duncan iba haciéndonos parar para olfatear cualquier cosa que llamase su atención.

—Por cierto, me he fijado en que hablas de las voluntarias en femenino y es curioso porque también hay chicos...

—Así es —me interrumpió—. Lo digo en femenino porque la gran mayoría somos chicas. Hay chicos, pero muy pocos. Así que, aunque no sea lo correcto, solemos hablar en femenino incluyendo a los chicos.

—Pues me parece genial —dije mientras pensaba en lo importante que era que las mujeres empezásemos a ganar el espacio que nos correspondía.

Habíamos llegado al parque y Lena me condujo hasta el recinto canino al que solía llevar a Duncan para poder soltarlo.

—Este es el único sitio donde puedes hacerle fotos estando suelto —me dijo mientras le desenganchaba la correa—. ¿Le quito el abrigo?

—No, déjaselo. Le hago algunas con abrigo y luego otras sin abrigo. También me gustaría haceros fotos juntos —le propuse.

—Bueno... —dijo con timidez—. No había pensado en salir yo en las fotos. Además, no me he arreglado...

—Estás muy guapa —la corté sin pensar demasiado, aunque mi corazón aceleró su ritmo.

—Vale —se rio—. No puedo negarme a tus fotos. Pero empezamos por Duncan.

Preparé la cámara y tras unas fotos rápidas para comprobar la luz, comencé mi ritual. Me olvidé de Lena y me concentré en Duncan, que estaba correteando de un sitio a otro. Empecé a andar observando todo y buscando los mejores ángulos para fotografiarlo. Me agaché, lo enfoqué y empecé a disparar. Cambié de posición, busqué nuevos sitios y me tumbé en el césped. En poco tiempo ya tenía suficientes fotografías.

Vi como Lena me observaba con curiosidad y le indiqué que le quitase el abrigo. Su pelo negro brilló al contacto con el sol y seguí fotografiándole.

Cuando Duncan comenzó a correr, tardé en hacerle fotos ya que me quedé impresionada por la estética de ese perro en movimiento. Reaccioné y le tomé unas cuantas instantáneas durante la carrera, en la que apenas tocaba el suelo. Era hipnótico, parecía flotar.

Me levanté y me dirigí hacia Lena.

—Es precioso, ¿verdad? —me dijo con orgullo.

—Es impresionante. Están saliendo unas fotos preciosas. Y ahora te toca a ti. —Le sonreí.

—Vale, pero aquí no.

Llamó a Duncan, le puso el abrigo y la correa y me condujo hasta un rincón rodeado de matorrales y árboles vestidos con hojas de distintos colores. Esos verdes oscuros, marrones, amarillos y rojos eran la más clara expresión del otoño.

—¿Te gusta?

—Me encanta —contesté mientras ella se sentaba con Duncan en el césped cubierto de hojas caídas—. Sé que es difícil, pero tienes que intentar olvidarte de que estoy aquí y comportarte de forma natural. Piensa en todo lo que quieres a Duncan y demuéstraselo.

Sin decir nada, comenzó a acariciarlo y mirarlo con ternura. Duncan pasó de estar sentado a tumbarse junto a ella. Luego ella se tumbó junto a él. Yo no paré de hacerles fotos. De vez en cuando, apartaba la cámara, para verla directamente mientras pensaba en lo guapa que era, hasta que levantó la mirada y la cruzó con la mía. Le mantuve la mirada durante lo que me pareció una eternidad, hasta que soltó una carcajada y se levantó.

—Estoy deseando ver los resultados —me dijo acercándose.

—Te van a gustar —dije, mientras aún notaba el calor en mis mejillas provocado por lo que acababa de ocurrir.

Nos despedimos dándonos dos besos. Ella se quedó dando un paseo con Duncan, yo me fui a mi casa para editar las fotos. Además, tenía que hacer la maleta ya que esa misma tarde me volvía a Madrid.

De camino a casa iba como en una nube. No sabía muy bien hasta dónde me llevaría esta relación con Lena, pero quería averiguarlo.

38. LENA

Abril se marchó y yo me quedé paseando a Duncan por el parque, que estaba precioso en otoño. Había sido una mañana distinta y me lo había pasado muy bien. En realidad, siempre me lo pasaba muy bien con Abril y me alegraba de haber encontrado una amiga en un momento de mi vida donde me sentía tan sola. Es verdad que mis padres siempre estaban a mi lado y que había conocido a varias voluntarias de la protectora, pero ya no tenía amigas y me sentía muy a gusto con Abril.

Duncan había empezado a concentrar su atención en la copa de los árboles, lo que significaba que había localizado alguna ardilla. Le encantaban las ardillas y cuando veía alguna, tiraba con fuerza para acercarse a ella y le ladraba. Eran muy pocas las ocasiones en las que ladraba y aún recuerdo lo mucho que me sorprendió la primera vez que le escuché, pues tenía un ladrido muy grave, que parecía no ser suyo, pues no encajaba ese sonido en un cuerpo tan enclenque.

Volví a casa y poco después de comer recibí un mensaje de Abril que me decía que ya tenía las fotos en el correo, y me pidió que las viese en el ordenador, ya que no merecía la pena verlas en el móvil.

Aluciné al ver las fotos, sobre todo las mías con Duncan. No solo porque fuesen unas fotos preciosas, sino porque se podía sentir el amor que existía entre nosotros. En las fotos en las que aparecía Duncan solo, había logrado captar su nobleza y la pureza de su mirada. Me encantó descubrir felicidad en sus ojos, pues nos había costado mucho que la alcanzase, superando miedos y desconfianzas provocadas por su pasado.

—Gracias —le escribí tras ver todas las fotos—. No tengo palabras. Estoy impresionada, me han encantado.

—¿De verdad? —contestó junto a un emoticono de sonrisa tímida y mejillas sonrosadas.

—Tienes un don.

—La clave está en tener buenos modelos.

Le envié varios emoticonos riéndose y varios corazones.

—Muchísimas gracias. Voy a imprimir varias para colgarlas en mi habitación y seguro que mis padres quieren poner alguna en el salón. Por cierto, ¿vas a venir el próximo fin de semana?

—Claro. Además, tengo ganas de ir al refugio para estar con los animales y centrarme en ellos sin tener que estar haciéndoles fotos.

—Genial, pues nos vemos el sábado que viene.

Se despidió enviándome un emoticono con un beso y le contesté con el mismo.

Tras volver a ver las fotos, cogí el ordenador y fui a enseñárselas a mis padres, que quedaron impresionados y me confirmaron que imprimirían varias para enmarcarlas y ponerlas por la casa.

39. UNA GATITA

Nos habíamos acomodado a nuestra nueva rutina. No tenía la misma libertad de movimientos que en el anterior solar, pues había pasado a vivir, prácticamente, dentro de esa caseta de cartón y solo salía con mi mamá para comer y beber. Se puede decir que sobrevivíamos con relativa calma.

No me atrevía a moverme por la zona ya que tenía miedo; por un lado, a encontrarme con ese gato al que no le caíamos bien y, por otro lado, por la inseguridad que me transmitían tantos ruidos de coches tan cercanos. Mi falta de visión solo me permitía distinguir bultos y luces, lo que no había supuesto un gran problema en nuestro antiguo solar, ya que no existían peligros externos ni escuchaba nada cercano que no fuese al resto de gatos.

Mi mamá sí que salía de vez en cuando a explorar la zona mientras me dejaba en nuestra caseta. Y es que, pese a que teníamos agua y comida a nuestro alcance, vivir en una caja era demasiado aburrido para ella.

Yo siempre esperaba impaciente a que volviese; me ronroneaba, me lamía el pelo y se acomodaba a mi lado, hasta que una noche no volvió... Al día siguiente tampoco apareció. Las horas se me hicieron eternas. No me atreví a moverme, ni para comer. No sabía hacer nada sin ella.

Se volvió a hacer de noche y escuché a la mujer que venía cada día a traernos comida y agua. Escuché como los gatos le maullaban y se quedaban comiendo. Después se hizo el silencio y era en ese momento cuando nosotras íbamos a comer... Pero yo no me atrevía a salir sola, aunque comenzaba a tener mucha hambre y sed. Mantuve la esperanza de que en cualquier momento mi mamá volvería para llevarme con ella hasta los comederos, pero no apareció...

La tristeza de estar sola y mi estómago dolorido se encargaron de que el tiempo pasase demasiado despacio, así que en cuanto las primeras luces del alba se hicieron presentes, decidí salir a buscarla.

Asomé la cabeza e intenté olfatearla. Salí agazapada y caminé arrastrando la tripa por el suelo hasta que llegué a una pared y ahí me sentí algo más segura. Las luces y los bultos que veía me ayudaban poco, por lo que decidí centrarme en mi olfato. Al poco de caminar junto a la pared, reconocí su olor. Era algo distinto, pero era su olor. Aceleré el paso y topé contra unos setos. Me arrastré bajo ellos y el olor se fue intensificando.

Cuando la localicé, comencé a ronronear y a restregarme sobre su cuerpo, pero pronto me di cuenta de que algo no iba bien. Estaba más fría de lo normal y no respondía a mi presencia. No se movía. Además, ese olor extraño mezclado con el suyo era demasiado intenso.

Intenté que reaccionase moviéndola con mis patitas, le lamí el pelo, la empujé con mi cabeza, pero ella no se movía. Finalmente, sin saber qué iba a ser de mí, me acurruqué junto a ella y me dormí por el agotamiento de los días anteriores.

40. ABRIL

Esa semana había pasado lenta, quizá porque, contra pronóstico, estaba deseando volver al pueblo. Bueno, quizá el pueblo fuese lo de menos y lo que en realidad deseaba era volver a ver a Lena.

Sabía que conforme se acercasen los exámenes tendría que quedarme estudiando los fines de semana, pero hasta entonces quería aprovechar al máximo los días que pudiese estar con ella y visitar el refugio de la protectora.

No enseñé las fotos ni a Julia ni a Marco, pues estaba segura de lo que me iban a decir. Empezaba a conocerlos muy bien. Julia me diría que tuviese cuidado, que podría hacerme mucho daño si me hacía demasiadas ilusiones, mientras que Marco me animaría a dar un paso más, a lanzarme y decirle todo lo que sentía, además de acribillarme a preguntas para conocer todos los detalles. Y, la verdad, no me apetecía ni una cosa ni otra. Solo quería que la situación fluyese si forzar nada. No estaba dispuesta a renunciar a mi amistad con Lena y tampoco me atrevía a dar un paso más. Sentía pánico solo de pensar que me rechazase y que ya no quisiese saber nada de mí.

Con Rosa, la situación parecía haberse normalizado. La relación entre los cuatro volvía a ser como al principio. Nos saludábamos, manteníamos alguna conversación trivial si coincidíamos en el mismo lugar, pero poco más. Supongo que era lo más cómodo para todos, sobre todo para Rosa, ante la dificultad de encontrar otro sitio para vivir con el curso iniciado.

El viernes por la tarde cogí el tren para volver al pueblo. Durante el trayecto aproveché para quedar con Lena para ir al refugio el sábado. «Mismo sitio y misma hora», para lo que ya comenzaba a ser algo habitual.

Mis padres me habían avisado de que no podrían recogerme, por lo que me tocaría ir andando a casa y era una buena caminata. «Menos mal que solo llevo una mochila», pensé, ya que como estaba volviendo cada viernes, no tenía la necesidad de ir más cargada de equipaje.

Decidí tomar la salida trasera de la estación porque, aunque daba al polígono industrial, me ahorraba una buena distancia que recorrer. No llevaba mucho tiempo andando cuando me pisé los cordones de la zapatilla, que se habían desatado sin que me diese cuenta, y casi acabo en el suelo. Me agaché para atármelos y algo bajo un seto llamó mi atención.

Me acerqué para confirmar si lo que estaba viendo era un animal y, cuando llegué, lo que vi me dejó horrorizada. Eran dos gatos juntos, que en un principio parecían muertos, pero al mover unas ramas, uno de ellos se movió ligeramente, emitiendo un maullido casi inaudible. Tras observarlos bien, me quedó claro que el otro sí que estaba muerto. Tenía sangre en la zona de la boca y olía mal, por lo que debería de llevar allí unos días. No me atreví a tocarlos y lo único que se me ocurrió fue coger el móvil y llamar a Lena.

—Hola, Abril —contestó sorprendida de que la llamase.

—Hola, Lena, tengo un problema. —Noté que mi voz temblaba.

—¿Qué te pasa?

—Estoy en el polígono, cerca de tu casa, y me acabo de encontrar dos gatos. Uno de ellos está muerto y el otro está muy mal, parece que no tiene fuerzas. Están juntos, bajo un seto. Los he visto por casualidad.

—Mándame tu ubicación y me acerco.

—Sí. Voy... Muchas gracias —dije intentando tranquilizarme.

—Enseguida estoy allí.

Me quedé observando a los gatos y el que estaba vivo no hacía ningún intento por marcharse de allí. Sentí una lástima enorme y no pude evitar que unas lágrimas resbalasen por mis mejillas. Lena no tardó en llegar y al verme se agachó a mi lado, rodeándome los hombros con su brazo para intentar tranquilizarme.

—Madre mía, qué pena. Pobres animales —dijo al verlos—. He llamado a Leo mientras venía y le he explicado todo. Viene de camino.

—Gracias Lena, sin ti no habría sabido qué hacer —le dije con sinceridad.

Comenzaba a anochecer cuando Leo llegó con un transportín y unos guantes de obra. Recogió a los dos gatos y corroboró que uno de ellos estaba muerto y que el otro estaba en muy malas condiciones. Nos fuimos con él al veterinario y llamé a mis padres para explicarles la situación y que tardaría en llegar a casa.

La gatita, que era hembra tal y como nos dijo el veterinario, se quedó ingresada pues necesitaba que le pusiesen una vía con suero mientras le hacían más pruebas para ver qué le pasaba, ya que también tenía un problema en los ojos.

La otra gata, también hembra, había muerto por un fuerte golpe. «Seguramente un atropello», supuso el veterinario, tras lo que habría

conseguido llegar bajo el seto donde murió. Y, siendo las dos hembras y estando juntas, nos dijo que era posible que fuesen madre e hija.

Leo nos llevó a casa a las dos.

—A ver si se recupera la pobre. Lo importante ahora es buscarle una casa de acogida para cuando le den el alta —nos informó Leo.

—Preguntaré en casa, pero no sé si Duncan se llevará bien con los gatos —dijo preocupada Lena.

—Yo también voy a preguntar, aunque, conociendo a mis padres, a los que no les gustan nada los animales, y conmigo fuera de casa, ya sé que me van a decir que no —argumenté resignada.

—Bueno, ya me vais contando —nos dijo Leo —Y sobre Duncan, si tus padres acceden, me comprometo a hacer la presentación para ver si pueden convivir juntos.

Nos despedimos y cuando llegué a casa les conté a mis padres todo lo que había ocurrido. Tal y como había imaginado, se negaron a tener un gato en casa. Así que escribí a Lena.

—Nada, mis padres no quieren.

—Mis padres aún no han dicho que sí, pero tampoco que no. Veo a mi padre más receptivo, así que mantengo la esperanza —me escribió y me mandó un emoticono de unos dedos cruzados a continuación.

—¡Ojalá!

—Ya te voy contando. Nos vemos mañana —se despidió.

Me metí en la cama sin poder quitarme de la cabeza todo lo sucedido. Pensando en la casualidad que había hecho que me tropezase con los cordones justo en esa zona y que me agachase a atármelos, ya que de otra forma no las habría visto. También pensé en lo mal que lo tenían que haber pasado, pues a saber cuánto tiempo llevaban ahí, ya que estando tan escondidas era imposible verlas si pasabas andando por allí. Sentí una profunda lástima por la mamá, muerta por un atropello, y sobre todo por la hija, que se había mantenido acurrucada sin moverse junto al cuerpo de su madre.

Mi último pensamiento fue para ella, deseando, con toda mi alma, que se recuperase. Y pensé que, si me dejaban ponerle un nombre, la llamaría Luna, por la luna llena que reinaba en el cielo esa noche, y por Lena, pues solo cambiaba una letra de su nombre, por haberme ayudado tanto, ya que sin ella no habría sabido qué hacer.

41. LENA

Tras un primer tanteo por la noche, decidí retomar el tema por la mañana para convencer a mis padres de que acogiésemos a la gatita en casa para que se pudiese recuperar. Había pasado buena parte de la noche pensando en ella y en aquella escena tan triste de la gatita tumbada junto a su mamá.

—Solo será por unas semanas, hasta que se recupere, le pongamos las vacunas y pueda entrar en el refugio —les supliqué a mis padres.

—Pero, ¿por qué no puede ir al refugio directamente? —me preguntó mi madre.

—Porque allí va a convivir con muchos gatos, y sería peligroso que entrase sin vacunas. Además, si tiene alguna enfermedad contagiosa, pondría en peligro al resto de gatos.

—Pues que le hagan todas las pruebas necesarias en el veterinario para saber si está sana —replicó mi madre intentando razonar lo que desconocía.

—No sería fiable. Hay pruebas como la leucemia o inmunodeficiencia felina que pueden dar falsos positivos hasta que el animal no está estable. ¡Hay que esperar al menos dos semanas! —mi tono comenzaba a parecer un ruego desesperado.

—Y tú, ¿no dices nada? —Mi madre se dirigió a mi padre que nos escuchaba en silencio.

—Es que a mí no me importaría tener una gata en casa, siempre que se lleve bien con Duncan —contestó mi padre con tranquilidad.

—Claro, eso es lo que tendríamos que probar. Leo vendría con la gatita para ver si puede convivir con Duncan.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —Mi madre comenzaba a resignarse.

—Un mes o un poco más. En ese tiempo se le puede vacunar y castrar para que entre al refugio con todo el protocolo veterinario necesario.

—Vale, qué remedio —dijo mientras suspiraba, dándose por

vencida—. Cuando os unís tu padre y tú, no tengo nada que hacer.

Le di un abrazo agradecida, mientras miraba a mi padre de reojo, que me sonreía y me guiñaba un ojo en señal de apoyo.

No tardé en escribir a Leo para decirle que, si todo iba bien con Duncan, la gatita podría quedarse en mi casa.

—¿Podríamos ir a verla? —le pregunté.

—Yo estoy ocupado, pero si no te importa, puedes ir tú y ya nos informas de cómo está.

Estaba deseando verla. También estaba nerviosa por saber cómo había pasado la noche y si se estaba recuperando bien. Así que escribí a Abril preguntándole si quería acompañarme.

42. ABRIL

Me hizo muchísima ilusión que Lena me pidiese que fuese con ella al veterinario. Había dormido poco esa noche, ya que no había dejado de pensar en la gatita.

Al llegar a la clínica, nos hicieron esperar en la sala de espera, hasta que el veterinario nos llamó y nos hizo pasar a la consulta.

—Buenos días. La gatita está bien. Se va a recuperar sin problemas. Solo necesitaba hidratarse y comer —nos tranquilizó el veterinario—. El único problema que tiene es en los ojos, pero se debe a una infección antigua que seguramente le haya provocado una pérdida de visión.

—¿Está ciega? —pregunté preocupada.

—No, ciega no. Pero no ve bien. Lo que no sé decirte es qué grado de visión tiene.

—¿Y podrá recuperar la visión? —dijo Lena.

—Lo veo difícil. Si hubiésemos detectado la infección a tiempo, la podríamos haber tratado, pero debe de ser tan antigua que los daños que haya causado serán crónicos. Aun así, le pondremos un tratamiento de colirios para intentar que mejore todo lo posible.

—¿Podemos verla? —preguntó Lena.

—Sí, claro. Acompañadme. —Se adelantó el veterinario y le seguimos ilusionadas.

Cuando entramos a la zona de hospitalización, nos la encontramos acurrucada en una esquina de la jaula, echa un ovillo, con una vía con suero enganchada a una de sus pequeñas patitas. Levantó ligeramente la mirada cuando nos acercamos a ella y volvió a cerrar los ojos y acomodar la cabeza entre sus patas.

Transmitía tristeza y vi que Lena la miraba con un sentimiento similar, como si empatizase completamente con su situación. Al instante, en sus ojos aparecieron unas lágrimas que tardaron varios segundos en derramarse, casi imperceptibles, por sus mejillas. Seguí atenta el recorrido de esa lágrima hasta su barbilla y fue ahí cuando

me di cuenta de que yo también estaba llorando.

—Ha comido poco, pero suficiente. Si sigue así, esta misma tarde podríamos darle el alta —dijo el veterinario rompiendo la magia de ese momento.

—Vale, se lo diré a Leo y vendremos a por ella esta tarde —dijo Lena, que había tomado la iniciativa en la conversación, mientras yo me mantenía en un segundo plano.

—Antes de marcharos, pasaos por recepción, que necesitamos algunos datos para hacer la ficha de la gatita. —Se despidió sin decir nada más y llamó al siguiente paciente mientras nos acompañaba hacia la salida.

Entre algunos datos que nos preguntaron y que Lena supo contestar, llegó la pregunta que esperaba:

—¿Cómo se llama la gatita? —nos preguntó la auxiliar.

—Pues no tiene nombre...

—¿Luna? —Interrumpí a Lena.

—Luna es bonito —me sonrió—. Se llama Luna —le dijo a la auxiliar para completar su ficha.

—¿Esta tarde a las seis podéis venir a por ella?

—Sí, no creo que haya problema. De todas formas, si no pudiésemos, te avisa Leo.

—Vale... Es tímida y tiene miedo, pero parece muy buena. Es dócil, no intenta arañar o morder. Solo que como ve poco, hay que acercarle la mano despacio y dejar que te huela antes para que no se asuste —nos informó la auxiliar con una voz dulce que desprendía cariño hacia sus pacientes y, concretamente, hacia Luna.

Al salir de la clínica, Lena llamó a Leo para informarle de todo y quedar con él por tarde.

—¡Qué ganas tengo de tenerla en casa! —me dijo ilusionada cuando colgó el teléfono—. Ojalá se lleve bien con Duncan y vaya todo bien —añadió con incertidumbre.

—Seguro que no hay ningún problema. Duncan es buenísimo.

—¿Te quieres venir esta tarde? Ya he hablado con Leo y hoy hay suficiente gente en el refugio.

—Claro, me encantaría.

—A las seis he quedado en la clínica con Leo. Nos vemos allí. —Se despidió de mi dándome un abrazo que me pilló desprevenida.

Un abrazo largo, sincero, tierno pero firme al mismo tiempo. Fue su forma de demostrar lo que sentía ante tantas emociones. Un abrazo de amistad.

43. DUNCAN

Lena salía de casa sin mí por segunda vez en ese día, lo que era extraño ya que casi siempre me llevaba con ella. «Tengo una sorpresa para ti», dijo antes despedirse dándome un beso en la cabeza.

Al rato la escuché regresar por las escaleras y me puse en pie, impaciente por saludarla. También se oían las voces de otras personas y, aunque eso me incomodaba, cuando introdujo las llaves en la puerta me puse en pie moviendo el rabo en señal de alegría, pero no pude salir a recibirla ya que me habían dejado encerrado en el salón.

—¡Mamá, papá, ya hemos llegado! —dijo mientras cerraba la puerta.

—Hola, hija. Papá ha salido a hacer la compra, no tardará en llegar —le contestó la mamá de Lena... o la abuela, como Lena la llamaba cuando me hablaba de ella.

—Mira, estos son Leo y Abril. Compañeros de la protectora.

—Encantada.

—Y esta es la gatita —le decía Lena. Mientras yo ya la estaba olfateando, incluso a esa distancia.

Me acerqué a la puerta mientras se abría y apareció Lena saludándome con efusividad, a lo que respondí moviendo el rabo con alegría, pero un poco a la defensiva ya que era evidente que algo extraño ocurría.

Tras ella aparecieron más personas. Los reconocí enseguida. A ella la veía a menudo últimamente y a él recordaba haberlo visto en el veterinario. Además, llevaba en las manos un transportín con un gato, lo que me llevó a desconfiar y retroceder unos pasos, pero más por el chico que por el gato.

—Toma, enséñale a Luna a través del transportín —le dijo el chico a Lena mientras le daba el transportín —. Contigo estará más tranquilo.

Lena se acercó a mí, mientras el resto se apartaba. Me puso a la gatita delante. Yo la olfateé mientras acercaba mi hocico y ella se me

acercó despacio. Solo nos separaba la rejilla de la puerta. «¿Te gusta, Duncan? Es una amiguita que necesita nuestra ayuda», me decía con voz dulce.

—La primera reacción es muy buena. No muestra ninguna agresividad, solo curiosidad —dijo el chico mientras se acercaba a nosotros.

Yo me separé de ellos, pero él avanzó hacia mí y me acarició. Bajé la cabeza, pero me dejé hacer. Tras un rato acariciándome, me relajé y entonces puso una correa alrededor de mi cuello.

—Vale, ahora yo sujetaré a Duncan para que no pueda hacer daño a Luna, aunque no creo que se lo haga. Abrirás el transportín y os apartaréis para que ella pueda salir y explorar el salón si lo desea.

Tras abrir el transportín, Lena se apartó y yo intenté acercarme para oler a la gatita, pero la correa se tensó y no pude acercarme más. La gatita, tras un rato sin moverse, asomó la cabeza y olfateó. Sacó una patita, pero rápidamente volvió a meterse y se acurrucó en el fondo del transportín.

Se aflojó la tensión de la correa y pude acercarme un poco más a la gatita. Asomé mi hocico por la puerta de lo que se había convertido en su guarida y noté que ella se acercaba un poco hasta rozar su nariz con la mía. Me aparté un poco ya que noté que tenía miedo. Un miedo parecido al que yo había sentido cuando llegué a esta casa, por lo que sentí una conexión especial por aquel ser que parecía estar viviendo algo parecido a lo que yo viví.

Nada más separarme, la gatita volvió a asomar la cabeza y de nuevo acercó su hocico al mío. Esta vez no llegamos a tocarnos, pero yo, para intentar ayudar, me tumbé en el suelo frente a ella. A lo que contestó sacando dos patitas del transportín y, situando su cabeza junto a la mía. Rozó mi hocico con su mejilla. Yo permanecí inmóvil mientras ella volvió a repetir el gesto varias veces. Acariciaba su cabeza por mi hocico y comenzó a hacer un ruido extraño, un ronroneo que lejos de asustarme, me gustó, pues supe que significaba que le había caído bien.

—Jamás hubiese imaginado que iría tan bien —susurró el chico dirigiéndose a Lena—. Casi diría que es amor a primera vista —añadió con una sonrisa de satisfacción.

Lena se acercó a mí y la gatita se volvió a meter al transportín. «Muy bien, Duncan; eres increíble», me dijo acariciándome con suavidad.

El chico me quitó la correa del cuello. «No necesitas esto». Y se sentó en el sofá. Las demás le imitaron y yo me quedé tumbado frente a la gatita. Me hubiese encantado hacerle entender que su suerte había cambiado y que iba a ser muy feliz, tal y como me había pasado a mí. Pero eso tendría que ir descubriéndolo ella sola.

—Veo que la terraza está acristalada y que tenéis mosquiteras en las ventanas. Así que el piso es bastante seguro para una gatita —dijo el chico observando el salón—. Y aunque parece que todo va bien, los primeros días no debería quedarse sola con Duncan. Juntadlos solo cuando estéis delante. Y el arenero, la comida y el agua debería tenerlos en una zona segura, donde pueda encontrarlos con facilidad, y lejos del alcance de Duncan, sobre todo la comida, ya que los perros no saben autorregularse como los gatos. Si hay comida, comen sin control —concluyó riéndose.

—Habíamos pensado que se quedase en la cocina —dijo la mamá de Lena—. Y ponerle el arenero en el lavadero. Te lo enseño.

Ambos salieron del salón.

—Estoy emocionada —le dijo Abril a Lena—. Ha sido precioso cómo han reaccionado.

—Sí, no me lo esperaba, parecía que Duncan sabía lo que tenía que hacer. Y Luna ha confiado en él desde el primer momento.

Las dos se quedaron calladas, sin querer molestar, cuando la gatita volvió a salir. Se volvió a acercar a mí y yo alargué mi cuello para olerla. Volvió a restregar su cara por mi hocico, pero esta vez salió por completo del transportín. Avanzó hacia mi cuello, que estaba prácticamente pegado al suelo y, ronroneando, se tumbó junto a mí. Noté el calor de su cuerpecito en mi cuello... Pero se levantó y volvió a esconderse cuando se oyó abrirse la puerta de la casa.

—Ya estoy en casa —dijo el papá de Lena y se fue a la cocina.

Al poco rato, los tres entraron con cuidado al salón, pero se mantuvieron alejados.

—Bueno, todo está en orden. Yo me tengo que ir. Si tenéis cualquier duda, me llamáis —dijo el chico despidiéndose.

—Yo también me tengo que ir. Muchísimas gracias por todo lo que estáis haciendo. —Abril se levantó y se acercó a Luna, metió la mano en el transportín y la acarició con cuidado.

—Si quieres, luego te escribo y quedamos para mañana, para que puedas ver qué tal avanza Luna —le propuso Lena.

—Claro, me encantaría. Hasta mañana —se despidió Abril, no sin antes rascarme un poco la cabeza.

Se marcharon, y los papás de Lena se sentaron en silencio junto a ella en el sofá. Ni siquiera encendieron la tele como era habitual. Solo se quedaron observando cómo la gatita volvía a salir y a tumbarse junto a mí. Yo la rodeé con mi cabeza y cerré los ojos.

44. LUNA

Decidí rendirme... Cuando comprendí que mi mamá no despertaría más, no tuve el valor para seguir viviendo.

Conforme su cuerpo se quedaba frío y rígido, iba sintiendo que ella ya no estaba allí. Era su cuerpo, pero ya no estaba allí. Por lo que no me moví de su lado, esperando que todo acabase lo más pronto posible.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que aquella chica nos encontró y solo pude emitir un leve maullido con las pocas fuerzas que me quedaban, pues llevaba mucho tiempo sin comer ni beber. A partir de ahí, todo se precipitó. De pronto estaba sola en una jaula con una aguja clavada en mi patita y con el paso de las horas noté que recuperaba fuerzas. No pude resistirme a probar el paté que me habían traído, aunque la tristeza que sentía no se fue.

Luego me llevaron a otro sitio donde pasó algo inesperado.

Conocí a un animal, por el olor pronto supe que era un perro, de los que mi mamá siempre me había dicho que me mantuviese alejada. Pero no sé muy bien por qué, al acercarme a olerlo pude sentir una tranquilidad parecida a la que solo sentía en compañía de mi mamá. No era lo mismo, pero a mí me bastó para sentirme mejor de lo que me había sentido en esos últimos días. Era como si ese perro comprendiese mi dolor y yo noté que él también había sufrido, por lo que decidí acurrucarme a su lado y su calor me reconfortó.

También había humanos alrededor, de los que desconfiaba, pues con ellos nunca se sabe lo que va a pasar. Había conocido humanos buenos, que nos alimentaban, y humanos que nos intentaban hacer daño, nos quitaban la comida y los cobijos.

Algunos se acercaron a tocarme y pese al miedo, me dejé. Yo soy incapaz de hacer daño a nadie. Ni siquiera sé defenderme; de eso se encargaba mi mamá, de la que tanto dependía.

Me dejaron sola, con el transportín abierto. Estaba a oscuras y no había casi ruidos alrededor. Comencé a olfatear mientras examinaba

con cuidado la zona, pues no parecía haber ningún peligro. Pronto encontré la comida y el agua. Probé un poco, pero no mucho. Seguí moviéndome con cautela, casi arrastrando mi tripa por el suelo y llegué a un sitio donde había arena. Me pareció un buen sitio para orinar, pues tenía bastantes ganas de hacerlo.

Estaba tapando la orina con la arena cuando noté una presencia cercana. No en esa habitación, pero sí lo suficientemente cerca como para escuchar su respiración. El olor era inconfundible; era el perro. Avancé hacia ese olor, acerqué mi nariz a la rendija y noté su respiración cálida.

Decidí tumbarme junto a la puerta y así pasamos la noche, uno junto al otro, separados por una fina madera.

45. ABRIL

Me desperté contenta. Había soñado con Lena, Luna y Duncan. No me acordaba del sueño completo, pero era un sueño donde la felicidad y la armonía lo invadían todo. Aunque lo más extraño de todo es que no sabría decir si en ese sueño Lena era mi pareja o solo mi amiga.

Desayuné con mis padres y les puse al día de cómo iban las clases, los trabajos y los futuros exámenes. También se les notaba contentos, sobre todo a mi madre, al ver que no había desaparecido de sus vidas como quizá habían sospechado.

Salí rápido de casa pues estaba deseando ver a Luna y saber cómo había pasado la noche. Y, para qué engañarme, también estaba deseando ver a Lena, que había pasado de ser mi amor platónico a una persona con la que me sentía genial, una amiga real y quién sabe si algo más en un futuro. Tenía claro que, casi con total seguridad, no pasaría nada más entre nosotras, pero me era imposible borrar ese anhelo de mi mente.

Me la encontré en la calle. La vi de lejos paseando a Duncan y alcé el brazo cuando me miró, contestándome con una sonrisa. Duncan se alegró de verme y se me acercó moviendo el rabo efusivamente.

—¡Cómo se nota que ya te conoce! —me dijo mientras me daba un abrazo como saludo.

Yo correspondí a su abrazo mientras olía su pelo, lo que hizo que me acalorase, por lo que intenté desviar la atención.

—¿Qué tal ha pasado la noche Luna?

—¡Muy bien! No ha hecho ningún ruido, ha comido un poco y hasta ha utilizado el arenero. —Se le notaba ilusionada.

—Estoy deseando verla.

Pasamos al salón y Luna estaba en el transportín, pese a tenerlo abierto. Duncan fue directo a olerla y se tumbó al lado.

—Ya han estado juntos esta mañana. Si no está Duncan, está dentro del transportín. Supongo que se siente más segura —me explicó.

—La conexión con Duncan es increíble —dije mientras Luna

comenzaba a salir y a acercarse a Duncan ronroneando a un volumen considerable.

—Hacen una pareja preciosa. No digas nada, pero tengo que convencer a mis padres de que se quede en casa —sonrió con malicia mientras me confesaba sus planes.

Luna se acurrucó junto al pecho de Duncan, que la miraba con ternura. Sí que formaban una pareja preciosa, tal y como había soñado esa misma noche. Después miré a Lena y pensé si también sucedería como en mi sueño y seríamos felices juntas.

—Buenos días, Abril —dijo el padre de Lena al asomarse al salón—. Lena, tu madre y yo nos vamos a dar un paseo. Venimos en un rato — Se despidió de nosotras al igual que su madre.

Lena se acercó a Duncan con cuidado y puso su mano delante de Luna para que le oliese. Aun así, dio un respingo cuando le acarició la cabeza. Cuando se tranquilizó siguió acariciándole el lomo.

—Es muy buena. Se asusta un poco cuando la toco, pero no hace ningún gesto agresivo —susurró mientras seguía acariciándola.

Me arrodillé junto a ella y la imité, dejando que Luna me oliese primero. Después la acaricié mientras Lena se apartaba para no atosigarla. Me quedé como hipnotizada mirando a esos dos animales que, sin conocerse de nada y siendo de distintas especies, habían encajado de una forma tan bonita como inusual. A mi mente vino la idea de las almas gemelas y de que quizá eran capaces de entender que habían pasado por situaciones similares antes de encontrarse. Era como si su trágico pasado les hubiese unido.

Cuando ya me dolían las rodillas, salí del trance en el que me había sumido y me levanté con dificultad, ya que no quería molestarles.

—Parezco una señora mayor —me reí mientras me sentaba junto a Lena en el sofá—. Se me ha dormido el pie.

Lena se reía mientras yo hacía gestos extraños ya que el hormigueo del pie se volvió doloroso, sobre todo si lo movía. Y tras un momento de vergüenza, me dio la risa al ver como Lena se lo estaba pasando tan bien a mi costa.

Me encantaba verla reír. Mis ojos se clavaron en su sonrisa y ella suspiró. Cruzamos las miradas, volví a mirar su boca, sus labios, y sin pensar nada ni saber por qué lo hice, la besé.

Fue un beso corto, suave... Fue un beso no correspondido, por lo que se apartó de inmediato.

—¿Qué haces? —me dijo sorprendida.

—Lo siento... —no supe decir nada más y comencé a ser consciente de que acababa de meter la pata.

—Yo no...

—Lo siento, de verdad —la interrumpí levantándome del sofá y dirigiéndome hacia la puerta.

—Es que... no sé qué decirte —dijo nerviosa.

—No digas nada, de verdad. No sé por qué lo he hecho. Me voy. Lo siento.

Me marché sin darle ninguna explicación. Tampoco habría sabido dársela. Tenía la sensación de haber fastidiado todo. «¿Por qué lo has hecho?» me decía una y otra vez de camino a casa.

46. LENA

Me quedé sentada en el sofá sin saber cómo reaccionar, debido a que no me esperaba lo que acababa de ocurrir. Repasé los instantes anteriores al beso para ver si había hecho algo que le hubiese dado pie para besarme.

Estaba tan confundida que no recordaba cómo había ocurrido todo. Solo que de pronto noté sus labios sobre los míos... Y lo que más me preocupaba era cómo se sentiría ella tras mi rechazo.

Cuando pude reaccionar, le escribí para decirle que no se preocupase y preguntarle si estaba bien, pero los mensajes no llegaban. La llamé y descubrí que había apagado el teléfono. Decidí dejarle tiempo y aclararlo todo más adelante. No creía que fuese un motivo para perder su amistad.

Conocer a Abril era una de las mejores cosas que me había pasado últimamente. Con ella me sentía muy a gusto, pero «A mí me gustan los chicos», pensé. Tendría que entenderlo, aunque en realidad no me había disgustado el tacto de sus labios. Incluso cerrando los ojos, podía sentirlo aún.

Me toqué los labios con la yema de los dedos y dudé por un momento si me había gustado ese tímido beso. «Si tú estuvieses aquí, podría hablarlo contigo». Pensé en mi hermano, que siempre había sido mi confidente.

Cogí a Luna en brazos y Duncan nos siguió hasta mi habitación. Cerré la puerta y puse uno de sus discos.

47. ABRIL

No me atreví a encender el móvil hasta que llegué a Madrid y las notificaciones comenzaron a sonar una tras otra. De todos los mensajes que me había enviado Lena hubo uno que me alivió y me decepcionó a partes iguales: «No te preocupes por nada, podemos seguir siendo amigas».

¿Amigas?

Aunque era todo a lo que suponía que podía aspirar, en mi interior albergaba una leve esperanza de que pudiésemos llegar a ser algo más. Pero era una buena forma de salir del lío en el que me había metido. «Me encantaría seguir siendo tu amiga. Gracias por entenderme», le contesté. Al menos no había fastidiado todo, que era lo que me temía. Me contestó con un emoticono sonriente, nada más.

Estaba tan avergonzada que no les conté nada a Julia y a Marco. Quizá me hubiese venido bien hablarlo y desahogarme con ellos, pero no fui capaz. Así que continué con mi vida, como si nada hubiese pasado.

—Julia, ¿vas a hablarnos de tu nuevo ligue o no? —soltó de pronto Marco, apoyándose sobre la mesa del salón.

Habíamos terminado de cenar y yo salía de la cocina tras terminar de lavar los platos.

—Pero, ¿cómo te has enterado? —Julia se sorprendió de verdad y le sonrió con malicia, dando a entender que Marco sabía de lo que hablaba.

—Qué callado te lo tenías. —Me uní a la conversación riéndome y sentándome entre los dos en el pequeño sofá.

—Llevamos poco tiempo. Solo estamos conociéndonos... Pero es verdad que me gusta mucho —dijo Julia llevándose la almohada a la cara como si fuese una adolescente hablando de amoríos.

—¡Cuéntanoslo todo! —exclamó Marco girándose hacia ella.

—Tiene treinta y dos años, está divorciado. Es vegano como yo. Es más, lo conocí en un grupo de activismo por la liberación animal. Y se

dedica al arte... —Se dirigió hacia mí para continuar—. Le he hablado de tus fotos y está deseando verlas.

—Pero mis fotos no son tan buenas —la interrumpí.

—¡Claro que sí! Y por enseñárselas no pierdes nada. Tranquila que, si no le valen, te lo dirá.

—¿Si no le valen? —pregunté sorprendida.

—Sí, trabaja en una pequeña galería de arte. Si le gustan, podría intentar que expusieses algunas.

—Confía en ti —me dijo Marco al ver la expresión de miedo que se apoderó de mi cara—. No pierdes nada. Siempre te digo lo mismo: confía en ti y lánzate. Y esto lo digo para todos los aspectos de tu vida.

«Si yo te contase sobre lo de lanzarme...», pensé al acordarme de lo que había hecho.

Marco siguió sonsacando a Julia sobre esa nueva relación que había iniciado. Entre risas y cotilleos pasamos una noche tan entretenida como necesitaba. Me alegré de tenerlos en mi vida.

Antes de irnos a la cama, Julia me dijo que si me animaba a participar el próximo sábado en un «cubo de la verdad» del grupo de activismo vegano al que pertenecía. No sabía muy bien de qué se trataba, pero me pareció la excusa perfecta para no volver al pueblo el próximo finde. A mis padres y a Lena les dije que me quedaría a terminar un trabajo.

Lena me envió unos vídeos de Luna, donde se la veía explorando la casa, agachadita y pegada a las paredes. Poco a poco se iba adaptando a la casa.

Llegó el sábado. Julia y yo nos vestimos de negro para dirigirnos a Callao. Allí se desarrollaría el «cubo de la verdad», que consistía en ponernos unas caretas blancas y hacer un cuadrado entre varios donde, mirando hacia fuera, portaríamos tabletas y ordenadores con vídeos en bucle sobre los horrores de la industria ganadera, la pesca y todos los motivos por los que creemos que hacerse vegano es la mejor opción.

Allí plantada, con el ordenador a la altura del pecho, vi cómo la gente miraba los vídeos: algunos ponían cara de asco, otros se horrorizaban, algunos se reían de nosotros y la mayoría nos ignoraba. Fue curiosa la mezcla de sensaciones que tuve al ser testigo, tras una careta, de las reacciones de la gente ante una realidad que muchos desconocen o prefieren no conocer. Sentí pena, rabia, enfado, orgullo... Iba pasando de un sentimiento a otro durante el tiempo que duró la protesta silenciosa.

Al terminar, Julia me presentó a Raúl, el chico con el que había comenzado a salir. Era muy alto, delgado, con el pelo corto, moreno pero canoso y una barba generosa. La verdad es que la primera sensación que tuve es que eran una pareja que encajaba a la

perfección.

—Mira, te quiero presentar a Sheila —me dijo Julia guiñándome un ojo.

—Ella es Abril, la chica de la que te hablé —le dijo Julia a una chica más bajita que yo, con el pelo teñido de un rojo intenso rapado por un lado y un *piercing* en la nariz.

—Encantada —le dije a esa chica que acababa de darme dos besos, mientras intentaba interpretar todo lo que acababa de hacer y decir mi amiga.

Nos fuimos todos a tomar algo. Hablando de banalidades o tratando de arreglar el mundo y tomando cervezas, pasó el tiempo casi sin darnos cuenta, y poco a poco la gente se había ido a sus casas. Hasta que nos quedamos solo Sheila, Raúl, Julia y yo, por lo que Julia propuso ir a tomar «la penúltima» a nuestro piso.

Yo no iba borracha, pero llevaba un puntito que hacía que me apeteciese alargar la noche. Sheila había mostrado bastante interés en mí y estuvimos contándonos cosas sobre nosotras, sobre nuestros estudios, nuestras aspiraciones de futuro, nuestros gustos... y aunque no era una chica especialmente guapa, era muy simpática, algo misteriosa, con una personalidad muy atractiva.

Tras tomarnos otra cerveza en el piso, Julia y Raúl nos dieron las buenas noches y se fueron a su habitación. Sheila y yo nos miramos y nos reímos. Tras reírnos, se me acercó lentamente y no dudé en besarla. Me sentía genial siendo correspondida. Y tras un largo beso, la invite a mi cuarto.

Nos quitamos la ropa la una a la otra de forma acelerada y algo torpe. Ella, desnuda, se tumbó en la cama y yo, tras mirarla con detenimiento, me acosté a su lado. Continuamos besándonos y acariciándonos. Ella tomó la iniciativa y bajó hacia mis piernas, que abrí con timidez, y la dejé hacer hasta que llegué al orgasmo. Se tumbó a mi lado de nuevo y me besó con suavidad mientras me acariciaba la cara.

Comencé a besarle el cuello, bajé hasta sus pechos, continué rozando su tripa con mis labios, lamiendo su ombligo y, por último, me colé entre sus piernas. Era mi primera vez, por lo que intenté hacerlo lo mejor posible. Sus gemidos me confirmaron que no lo estaba haciendo mal.

48. LENA

Respiré tranquila cuando al fin Abril me contestó a los mensajes que le había escrito y, aunque no fue la conversación que deberíamos tener, al menos era una forma de normalizar la situación.

Tras unos momentos de confusión inicial, me puse en su piel y me imaginé lo mal que lo tenía que haber pasado, por lo que le quise dejar claro que no tenía ningún problema con ella y que no me gustaría perderla, ya que era la mejor amiga que había tenido desde que perdí a mi hermano.

Le envié algunos vídeos de Luna, ya que sabía que le haría ilusión ver lo bien que se estaba adaptando a su nueva vida. Era una forma de seguir en contacto con ella quitándole importancia a lo que había ocurrido, aunque cuando me dijo que ese fin de semana no vendría al pueblo, reconozco que me hizo pensar que no sería tan fácil seguir con nuestra relación como si nada.

El vínculo que existía entre Luna y Duncan cada día era más fuerte. Tras dos noches separados, decidimos dejarlos juntos, ya que era evidente que Duncan no suponía ningún peligro para ella. Al contrario, con él se sentía más segura.

Luna comenzaba a agradecer nuestras caricias y ronroneaba si la subíamos a nuestro regazo. Sus ojos nublados habían mejorado un poco. La hinchazón de los párpados casi había desaparecido, pero era evidente que no veía bien. Se movía buscando el contacto con las paredes o los muebles, bajaba del sofá con mucho cuidado, alargando la patita hacia abajo para estar segura de que tenía cerca el suelo y, si la tocabas sin que ella se lo esperase, se sobresaltaba. Pero poco a poco iba ubicando todas las zonas de la casa y sabía llegar con facilidad al arenero, a la comida y al agua.

Yo había necesitado pocos días para darme cuenta de que no quería que Luna se fuese de casa. Quería que se quedase conmigo para siempre y, sobre todo, no quería separarla de Duncan. Tenía pocas semanas para convencer a mis padres, por lo que no podía perder el

tiempo.

49. DUNCAN

La primera noche que nos dejaron juntos fue cuando decidí enseñar a Luna a subirse al sofá. No me importaba tumbarme en el suelo junto a ella, pero si teníamos que pasar toda la noche juntos, no estaba dispuesto a renunciar a la comodidad del sofá.

Cuando apagaron las luces para irse a dormir y no se llevaron a Luna a la cocina, entendí que ya no nos iban a separar. Me levanté y ella me siguió. Cuando subí al sofá ella se quedó abajo, en el suelo, sin saber qué hacer. Agaché mi hocico hacia su cabeza y cuando me notó, subió una pata y la apoyó en el sofá. Alcé la cabeza y le dejé espacio para que saltase, pero no se atrevió.

Me bajé a su lado y la empujé ligeramente con la cabeza para hacerle entender que tenía que saltar. Volví a subirme al sofá y observé como ahora subía las dos patas delanteras y las apoyaba junto a mí. Así que volví a agachar la cabeza y la empujé con mi hocico, a lo que respondió saltando. ¡Por fin se había subido! Me acomodé, haciéndome un ovillo y ella se acercó y se tumbó junto a mi espalda.

No quise moverme cuando noté que, en mitad de la noche, se dirigía hacia mi pecho y se tumbaba sobre mí. Me volví a dormir arropado por su rítmico ronroneo. Su fragilidad despertaba en mí un instinto de protección que me empujaba a cuidar de ella como Lena lo había hecho conmigo.

Solo me separaba de Luna para salir a pasear. La verdad es que no cambiaría por nada en el mundo los paseos con Lena, sobre todo cuando me llevaba al campo y andábamos sin ninguna prisa. Mi momento favorito era cuando nos sentábamos en algún sitio solitario y nos quedábamos sin hacer nada, tan solo observando el horizonte.

Una tarde nos sentamos a ver el atardecer, el cielo se volvió rojo y amarillo. Algunos pájaros revoloteaban a los lejos... Lena me rodeó con el brazo y suspiró. «Echo de menos a Abril» me dijo sin dejar de mirar la puesta de sol. Yo la miré y apoyé mi cabeza en su hombro al notar su melancolía. Ella me besó la cabeza y volvió a suspirar.

50. ABRIL

Me levanté con cuidado, pues no quería despertar a Sheila, que permanecía desnuda junto a mí. Al salir, me encontré a Julia y a Raúl, que estaban desayunando.

—Buenos días —les dije con un hilo de voz, pues no soy persona hasta que me tomo el primer café.

—Buenos días, hemos preparado el desayuno —respondió Julia radiante—. Sírvete, en la cocina hay tostadas, tomate rallado, café y zumo de naranja recién exprimido.

—Muchas gracias, chicos —sonreí como pude y Raúl me respondió alzando el vaso de zumo y sonriendo abiertamente.

Me preparé una buena taza de café solo y una tostada con tomate y aceite. Me senté junto a ellos en el salón.

—¿Qué tal has pasado la noche? —me preguntó Julia con una risa maliciosa que dejaba entrever que sabía que la había pasado acompañada.

—Muy bien... —Recordé algunas escenas de la noche anterior que me hicieron ruborizar—. Sí, muy bien —reconocí.

—Julia me ha hablado de tus fotos —cambió de tema Raúl—. Me gustaría verlas.

—Vale, ahora te las enseño, aunque no creo que sean gran cosa.

—Tú me las enseñas y yo te digo lo que me parecen. Tranquila, que en estos temas soy muy sincero.

Asentí un poco nerviosa, pues yo hacía fotos para mí, para expresar lo que siento, para inmortalizar momentos, para atrapar recuerdos... Pero nunca me había visto frente a la situación de mostrarlas para que fuesen valoradas y menos por alguien entendido en arte.

En ese momento se abrió la puerta de mi habitación y Sheila nos saludó con timidez. Cruzamos nuestras miradas y nos sonreímos. Había pasado una noche maravillosa con ella y tenía ganas de seguir conociéndola mejor. Por lo que habíamos hablado, teníamos mucho en común.

Se sirvió el desayuno y se sentó junto a nosotros.

—Me voy a tener que ir enseguida. Tengo cosas que hacer.

—¿Te apuntas mi número y quedamos otro día? —le dije con miedo a incomodarla, pues no sabía si ella quería seguir conociéndome.

—Claro, me encantaría quedar contigo otro día. —Sacó su teléfono, apuntó mi número y yo respiré aliviada.

Se levantó, se despidió de nosotros y, sin que me lo esperase, me besó. Fue un beso corto, un piquito, al que yo correspondí con gusto.

—Te escribo pronto —me dijo mientras salía del piso y yo me sonrojaba como una adolescente.

Definitivamente estaba consiguiendo vencer mi timidez y dejarme llevar, que era uno de mis objetivos al salir del pueblo. Aun así, una mezcla de sensaciones contradictorias, entre la inseguridad y la euforia, me seguía invadiendo cada vez que tomaba la iniciativa.

Para desviar la atención, me levanté a por mi ordenador y se lo entregué a Raúl para que viese mis fotos. Le indiqué las carpetas donde las tenía clasificadas por temas y me fui a mi habitación para que las observase tranquilo.

Cuando me quedé sola no pude evitar pensar en Lena y en Sheila. Admito que las comparé. Con Sheila todo era más sencillo. Me gustaba mucho y lo habíamos pasado muy bien. Con Lena lo más seguro era que jamás ocurriese nada entre nosotras. Me había dejado claro que quería ser mi amiga, solo amigas, pero yo seguía enamorada de ella.

Terminé de ordenar la habitación y volví a salir. Raúl seguía observando las fotos y, cuando me vio, me llamó para que me sentase a su lado.

—Mira, he hecho una carpeta nueva, «Miradas», donde he incluido las fotos que creo que tienen más fuerza y que son más interesantes —me dijo mientras abría la carpeta—. Todas transmiten sentimientos a través de las miradas, por eso la he llamado así.

—La verdad es que estoy especialmente orgullosa de las fotos que has seleccionado —admití.

—No digo que el resto no sean buenas. Lo son y creo que tienes talento. Pero estas son las que más podrían encajar en una exposición en la galería en la que trabajo, aunque tendría que hablarlo con mi jefa.

—¿Cómo? ¿Me estás proponiendo exponer mis fotos? —dije sorprendida mientras se me aceleraba el corazón.

—No te prometo nada. Yo, con tu permiso, me guardo tus fotos en un *pen y* se las enseño a mi jefa. Y si acepta, te podríamos hacer un hueco en una pared... No creo que puedas exponer más de cinco o seis fotos, pero menos es nada.

—Claro, no hay problema. Gracias. —Una tímida sonrisa se asomó

en mis labios, sin saber qué más decir.

Cuando Raúl se marchó, Julia me obligó a contarle todo lo que había pasado con Sheila. No quise entrar en detalles, pero le dije que me había gustado mucho conocerla y que no me importaría que surgiese algo más. Más bien deseaba que surgiese algo que apartase de mi mente lo que sentía por Lena. Necesitaba algo real.

—Lo que se ha perdido Marco —dijo Julia echándose a reír—. ¡Cuando se entere te va a querer sacar hasta el último detalle!

—Tampoco hay mucho más que contar... Pero sí, nos odiará por habérselo perdido. —También reí.

El resto del domingo lo pasé adelantando trabajos que tenía que presentar en las próximas semanas. Y entre medias, mirando el móvil, volví a ver un vídeo de Luna donde se la veía amasando el sofá junto a Duncan, que dormía plácidamente. No sé muy bien por qué lo hice, pero le envié a Lena un vídeo del «cubo de la verdad» vegano donde le indicaba quién era yo, pues con la careta blanca era imposible que me reconociese.

—¡Qué chulo! ¿Ha sido esta semana? —me contestó al poco rato.

—Ayer mismo. Con un grupo de activismo en el que participa Julia, mi compañera de piso.

—La verdad es que cada día pienso más en que debería dar el paso hacia el veganismo. Es difícil, pero tengo conflictos morales con este tema... Y más desde que te conozco.

«Y más desde que te conozco» repetí en mi mente. La verdad es que las dos habíamos cambiado desde que empezamos a ser amigas. Le envié un par de vínculos para que viese unos documentales que me habían ayudado a dar el paso y es que, aunque ya le había contado que era vegana y mis motivaciones, ella simplemente se había mostrado respetuosa, pero nunca antes me había dicho que se lo estuviese planteando.

—Los veré —escribió junto a un emoticono guiñando un ojo—. Y a ver si vienes pronto, que los peludillos del refugio te echan de menos.

—Yo también...

Nos despedimos con emoticonos lanzando un beso.

51. LUNA

Seguía echando de menos a mi mamá. No había día que no me acordase de ella. A veces, cuando dormía, me reunía con ella en mis sueños. Ella seguía cuidando de mí, me lamía y dejaba que me recostase junto a ella. Cuando despertaba, la realidad de su ausencia me volvía a golpear y solo me reconfortaba la compañía de Duncan.

Mi vida era mucho más sencilla que cuando vivía en la calle. Y, pese a que lo pasaba mal cuando me medicaban, reconozco que ya no me dolían los ojos, aunque seguía sin ver bien, solo bultos y luces.

Me conocía lo suficiente la casa como para moverme por ella sin problemas. Se había convertido en una zona segura, incluso más que nuestro solar, en el que todo era sencillo hasta que nos echaron.

Con los humanos todo iba bien. Ya no les tenía miedo y reconozco que sus caricias eran agradables. En definitiva, no era la vida que me había imaginado, pero era una vida cómoda y donde me sentía cuidada y querida... Y tenía a Duncan. Eso, sin duda, era lo mejor de todo.

Me asusté mucho cuando me encerraron en el transportín. No sabía dónde me llevaban y no quería irme a otro sitio.

—Ha mejorado mucho de los ojos. Terminái el tratamiento y si no observáis nada extraño, dejamos zanjado ese tema —dijo un señor que no dejaba de tocarme, aunque yo solo veía un bulto azul—. Pero, como ya os dije, no creo que recupere una visión normal —añadió.

Me sujetaron y me pincharon. Aunque me dolió, no hice nada ya que el miedo siempre me paraliza y no sé defenderme. Por eso era mi mamá la que siempre me defendía.

Me metieron de nuevo en el transportín y me quedé con Lena, a la que ya reconocía por la voz y el olor, y otro chico cuya voz recordaba del día que me recogieron de la calle y de cuando me llevaron con Duncan.

—Vale, ya tenemos resultados —volvió el señor que me había manipulado—. Ha salido positivo a inmunodeficiencia.

—¿No me digas...? —la voz de Lena sonaba preocupada.

—Ya sabéis lo que significa —le cortó el señor azul—. Vosotros tenéis experiencia en estos casos.

—Sí, no te preocupes, Lena —comentó el chico—. Es normal asustarse, pero ya sabes que los gatos positivos del refugio tienen buena salud y hacen una vida completamente normal.

Cuando volvimos a casa, me quedé más tranquila. En cuanto me sacaron del transportín Duncan se acercó a olerme y yo le correspondí restregando mi cuerpo por sus largas patas. Se subió al sofá y yo le seguí para tumbarme a su lado. Comencé a amasar el sofá y a ronronear... Estaba en casa.

52. LENA

Llegué a casa convencida de que tenía que hablar con mis padres y pedirles que Luna se quedase con nosotros. Si ya lo pensaba cuando vi la relación que se había establecido entre ella y Duncan, ahora que era positivo a inmunodeficiencia y sabía que no recuperaría totalmente la visión, sentía una necesitad aún mayor de cuidar de ella para siempre, debido a su fragilidad.

—¿Qué tal en el veterinario? —me preguntó mi padre cuando salió de la cocina, donde estaba con mi madre preparando la cena.

—Bueno... —no sabía por dónde empezar.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal? —preguntó preocupado.

—Es que... Además de que me han asegurado que no recuperará toda la visión, es inmunodeficiente.

—Pero eso suena a sida, ¿no?

—Parecido, pero tranquilo que solo se transmite entre gatos —añadí al ver su cara de preocupación—, ni las personas ni los perros se pueden contagiar.

—¿Y qué tenemos que hacer ahora?

—Nada. No es tan grave como en los humanos. No hay medicación, pero puede hacer una vida completamente normal. Con una vida tranquila, será una gata normal.

—Pero si está enferma, necesitará algún cuidado especial, ¿o no?

—¿Enferma? —preguntó mi madre, uniéndose a la conversación desde la puerta del salón.

Volví a explicarle a mi madre lo que significaba esa enfermedad en los gatos y les conté a ambos cómo vivían los gatos positivos en el refugio. Que estaban aislados de los sanos, pero que no padecían ningún síntoma. Solo que su vida era algo más corta que la de un gato sano, nada más.

—Mamá... Papá... por todo esto, estaba pensando...

—No hace falta que sigas —me interrumpió mi padre—. Tu madre y yo lo hemos estado hablando. Sabíamos que querrías que Luna se

quedase en casa para siempre y más al ver el vínculo que ha creado con Duncan.

No me podía creer lo que estaba oyendo. No me iba a hacer falta rogarles que adoptásemos a Luna; ya lo habían hablado y lo habían decidido antes de que se lo pidiese.

—Luna se puede quedar, pero ya no puede entrar ningún animal más en casa. Ni de acogida —apuntó mi madre con seriedad, pero con ternura, pues las noticias sobre Luna le habían sobrecogido.

Sin decirles nada, me levanté para abrazarles.

—¡Sois maravillosos! Muchísimas gracias, de verdad. Os aseguro que me haré cargo de ella al igual que lo he hecho con Duncan.

—Lo sabemos, cariño —dijo mi padre intentando disimular las lágrimas que se acumulaban en sus ojos sin llegar a derramarse.

Le escribí un mensaje a Leo para contarle que queríamos adoptarla. Enseguida me contestó con emoticonos que expresaban su alegría. Me explicó el proceso y me pidió los datos que necesitaba para preparar el contrato de adopción, que estaría a mi nombre.

Mi emoción era tan grande que, cuando iba a escribir a Abril para contárselo, me lo pensé mejor y directamente la llamé.

—Hola, ¿pasa algo? —dijo Abril sorprendida por la llamada, pues siempre hablábamos por WhatsApp.

—Sí, pero algo bueno —contesté emocionada—. Bueno... también algo malo —añadí al recordar el positivo de Luna.

—¡Cuéntame! —El tono de Abril mostraba impaciencia.

—Empiezo por lo malo: Luna es positiva a inmunodeficiencia.

No necesité explicarle mucho más, pues ya sabía lo que conllevaba esta enfermedad por la protectora.

—Jo, qué pena... ¿Y cuál es la buena?

—Que la voy a adoptar.

—¡¿Qué?! —su tono se volvió más agudo y alegre—. ¿De verdad?

—Lo acabo de hablar con mis padres y están de acuerdo.

—¡Es una noticia increíble! Me alegro muchísimo de que vaya a ser parte de tu familia.

El temblor en la voz me confirmó que Abril estaba emocionada. Me hubiese encantado poder decírselo en persona y compartir este momento a su lado.

—¿Vas a venir este finde? —me sorprendí a mí misma haciendo una pregunta que sonaba como un ruego.

—Claro que sí —dijo tras un momento de silencio en el que parecía estar pensándoselo.

—Pues nos vemos el viernes —me despedí de ella con una sonrisa radiante.

Estaba feliz... Feliz por adoptar a Luna y por saber que volvería a ver a Abril. Por un momento recordé que hace un tiempo no creía que

jamás volviese a sentirme así de bien, lo que me trajo sentimientos contradictorios y algo de culpabilidad. Pero al ver a Luna durmiendo en el sofá junto a Duncan y saber que nunca se separarían, la felicidad volvió a llenarlo todo.

53. ABRIL

Las buenas noticias se acumulaban. El mismo día que Julia me dijo que sí podrían hacerme un hueco en la galería de Raúl para exponer seis fotos, aunque aún sin fecha fija, me llamó Lena para contarme que iba a adoptar a Luna.

Me estaba costando dormir por todas las emociones de aquel día. Estaba tumbada en la cama, mirando hacia el techo con la luz de la mesita encendida y, pese a ser muy tarde, no pude resistirme a escribir a Sheila, pues sabía que estaría despierta. Estaba preparando unas oposiciones para ser profesora de Filosofía y prefería estudiar por las noches.

—Hola, perdona por las horas. No puedo dormir y me apetecía hablar contigo.

Tardó pocos segundos en contestar, pero los suficientes como para que empezase a dudar de si había sido buena idea escribirle a esas horas.

—Hola. Pues estaba estudiando, pero ya necesito un descanso.

—Es que tenía ganas de contarte que voy a poder exponer algunas de mis fotos en la galería de Raúl —escribí aliviada por no haberla molestado.

—¡¿De verdad?! Me alegro muchísimo. La verdad es que Raúl es muy enrollado y le encanta ayudar a la buena gente siempre que puede.

—Gracias por lo de buena gente. —Añadí un emoticono sonriente.

—Claro, sobre todo a los del grupo de activismo. Y, además, Julia le ha hablado muy bien de ti.

No supe muy bien qué contestar pues, aunque sabía que Julia era una buena amiga, nos conocíamos desde hacía poco tiempo y estaba mostrando una gran confianza en mí, lo que me llenó de orgullo.

—Julia es muy especial —dije con sinceridad—. Yo de mayor quiero ser como ella —bromeé añadiendo unos emoticonos de risas, a los que Sheila correspondió con emoticonos similares.

Tras unos cuantos mensajes más sin importancia, terminamos quedando para tomar un café la tarde siguiente.

Llegué antes de la hora y me senté a esperar a Sheila en una mesa junto a la ventana. Me adelanté y pedí un café con leche de soja, y cuando estaba calentando mis manos con la taza, la vi llegar. Venía con un abrigo largo, verde oscuro, una palestina al cuello y un gorro colorido, por el que se escapaban los mechones rojos de su flequillo. No me vio observarla por la ventana y cuando entró a la cafetería, levanté la mano para que me viese. Me sonrió y se acercó quitándose el gorro y removiéndose el pelo. Daba la impresión de que no le daba mucha importancia a su imagen, pero a mí me parecía que tenía un *look* increíble.

De nuevo se adelantó y me saludó con un beso en los labios.

—Te molesta que te salude así —me preguntó al ver mi duda al corresponderla.

—No, para nada, es que no estoy acostumbrada. Pero no me molesta —sonreí abiertamente—, al contrario, me gusta.

Se sentó y pidió un café solo. Y tras unos primeros instantes donde nos costó romper el hielo, la conversación comenzó a fluir. No recordaba haberme reído tanto con alguien desde hacía mucho tiempo. Quizá no reía así desde que era una niña y nada parecía ser tan importante.

Al despedirnos, me volvió a dar un beso al que no solo correspondí, sino que lo alargué deliberadamente. Me dio igual estar en medio de la calle. Me dejé llevar por lo que sentía en ese momento. Cuando nos separamos, nos miramos fijamente durante unos segundos y volvió a darme un pequeño beso antes de irse.

—¡Nos escribimos y quedamos pronto! —me dijo alzando la voz mientras se alejaba y me guiñaba un ojo.

Yo me quedé unos segundos allí parada, viendo cómo se marchaba, con una sonrisa tonta en la cara y pensando que esa chica me gustaba mucho.

Cuando volví al piso, me recibió Marco, que estaba deseando que llegase alguien para contarle lo que le acababa de pasar.

—Que se ha largado... —dijo con incredulidad.

—¿Qué?... ¿Quién? —le dije sin saber de qué me estaba hablando.

—Rosa, que la he pillado con la maleta y me ha dicho que se ha buscado otro piso y que no piensa volver por aquí.

—No me extraña —solté tras pensarlo un momento—. No estaba a gusto con nosotros.

—Ya, pero podría haber avisado. Si no la llego a pillar, se habría marchado sin decir nada.

—Eso sí. —Tampoco supe decir mucho más y reconozco que me aliviaba su marcha.

Me fui a estudiar a mi habitación. Al poco tiempo escuché llegar a Julia y como Marco le contaba lo de Rosa. Estuvieron un buen rato hablando y yo me puse unos tapones en los oídos para concentrarme en los apuntes que tenía delante.

De vez en cuando me venía a la cabeza la imagen de Sheila y ese último beso. Esa chica me gustaba mucho. Aunque, sin poder evitarlo, también me acordaba de Lena, de la que seguía enamorada. Pero también comenzaba a tener la esperanza de que Sheila me ayudase a que mis sentimientos cambiasen y de que lograse que Lena fuese solo una amiga, como ella misma quería.

El viernes por la tarde, justo después de llegar a casa de mis padres y ponerles al día de cómo me iba en la universidad, me armé de valor y pensé que era el momento de sincerarme.

—Tengo que contaros algo —les dije nerviosa cuando estábamos los tres sentados a punto de cenar.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi madre, preocupada al notar mi voz temblorosa.

—No es nada malo —continué tras ver cómo mis padres me miraban con preocupación—. Pero quiero que sepáis algo que quizá debí deciros hace mucho tiempo.

—Puedes confiar en nosotros —aseguró mi madre mientras me cogía las manos. Mientras, mi padre nos observaba sin decir nada.

—Pues... que me gustan las chicas. —Agaché tímida la cabeza, ya que, aunque desde que me fui a Madrid había ganado mucha confianza en mí misma, cuando estaba con mis padres volvía a ser la niña introvertida de pueblo que no se atrevía a ser libre.

—No pasa nada —dijo mi madre, tras un silencio que se me hizo eterno, sin soltarme las manos.

Mi padre seguía callado. Alcé la vista y al cruzar nuestras miradas noté su confusión.

—Nada, qué va a pasar —dijo al fin, sin sonar convincente.

Mi madre tiró de mí y me abrazó al notar que lo estaba pasando mal. Fue reconfortante sentir su calidez.

—Para nosotros lo único importante es que seas feliz —me susurró mientras me besaba en la frente.

Y, como si no hubiese ocurrido nada, comenzamos a cenar mientras me contaban cotilleos del pueblo, que en otro momento no me hubiesen importado, pero en ese momento me ayudaron a escapar de la sensación de agobio que se había apoderado de mí.

Tras la cena recibí un mensaje de Lena.

—¿Te vienes mañana a la protectora?

—Claro, ¿en el mismo sitio a la misma hora?

—Sí. Y luego puedes venir a ver a Luna.

—Me encantaría. —Añadí un emoticono sonriente. Y es que de

verdad tenía muchas ganas de ver a Luna... y a Lena.

54. LENA

Cuando llegué, Abril ya estaba esperándome, como siempre. Nos saludamos con dos besos y enseguida llegó Leo a recogernos. Yo me hice cargo de los perros junto a Abril, y Leo se quedó en la zona de gatos.

Vi muy cómoda a Abril con los perros, jugando con ellos y paseándolos. Era como si estar con ellos evitase que nos sintiésemos incómodas al no haber tratado en persona lo que pasó la última vez que nos vimos.

Me contó con más detalles lo de su exposición y se le veía muy emocionada, aunque también se mostraba insegura.

—Tú tranquila, tienes mucho talento y seguro que tus fotos van a gustar mucho.

—Me conformo con no desentonar —me dijo con una leve sonrisa ladeada.

—Pues yo no me la pienso perder.

No me dijo nada, pero su expresión demostró que le gustaba la idea de que fuese a acompañarla en ese momento que para ella sería importante.

Cuando estábamos terminando de limpiar, no quise seguir disimulando y le dije en persona lo que ya le había dicho por mensajes.

—Abril, quiero que sepas que en este tiempo te has convertido en mi amiga, quizá la única que tengo ahora mismo, y no quiero que nos distanciemos —le dije seria mientras ella miraba al suelo—. Y de verdad que no estoy enfadada por aquel beso, simplemente no me lo esperaba y no supe cómo reaccionar.

—Me equivoqué —dijo al fin levantando la mirada—. No debí besarte. Aún no sé por qué lo hice... Bueno, sí. Me gustas y me lancé sin pensar en las consecuencias. —Se le notaba arrepentida y algo avergonzada.

—No va a tener ninguna consecuencia. Al menos por mi parte.

—Yo tampoco quiero perderte como amiga.

Me acerqué a ella y la abracé. Ella me apretó con fuerza y al separarnos vi sus ojos algo enrojecidos, reteniendo unas lágrimas que no llegaron a caer.

—Bueno, para terminar, quiero presentarte al último miembro de la prote —le dije divertida.

Me dirigí hacia el chenil de Baster, un mastín blanco de sesenta kilos que habíamos rescatado en medio del campo, deshidratado y hambriento. Sin chip, como casi todos. Una víctima más de la maldad humana que, pese a todo lo que había vivido, no guardaba ningún rencor hacia las personas.

Tras saludarme con efusividad, Baster salió corriendo hacia Abril, que lo recibió con cara de sorpresa al ver el gran tamaño del perro. Pero lo que no se esperaba es que este se alzase sobre sus patas traseras para darle un abrazo que casi la tiró al suelo, pues ese perro de pie era más alto que ella.

—Pero, ¡qué guapo y qué simpático eres! —decía entre carcajadas mientras Baster le daba lametazos en la cara.

Al regresar, fuimos directas a mi casa para que Abril viese a Luna. Lo primero que le sorprendió era lo cariñosa que estaba. Había avanzado mucho en poco tiempo.

—Gran parte del mérito es de Duncan —le dije con sinceridad.

—Cada día me sorprenden más los animales —apuntó sin dejar de mirar a Luna, que estaba en su regazo ronroneando mientras la acariciaba.

—Por cierto, estoy dejando de comer carne y hemos comprado leche vegetal —le comenté orgullosa de mis avances tras ver los vídeos que me había enviado.

—¡Eso está genial! Los primeros pasos son los más difíciles, pero ya verás que pronto te acostumbras. Y si tienes cualquier duda, yo te ayudo. —Se le notaba realmente entusiasmada.

Cuando ya se iba a marchar, le pregunté si nos veríamos al día siguiente. Me reconoció que le encantaría, pero había decidido volver por la mañana a Madrid y quedar por la tarde con unos amigos.

Me despedí repitiéndole que me alegraba mucho de que siguiésemos siendo amigas y que no quería que desapareciese de mi vida. «Te necesito», pensé cuando se marchaba, pues era verdad que necesitaba en mi vida a alguien como ella.

55. DUNCAN

Poco a poco había dejado de ser la única referencia emocional para Luna y ahora también se mostraba muy cariñosa con Lena y sus padres, o como ella los llamaba, «los abuelos», por mucho que a ellos no les hacía mucha gracia.

Se movía por la casa como si no tuviese ningún problema de visión. Si no fuese por sus ojos enturbiados, nadie sabría que no veía bien. La podías ver correr a toda velocidad tras alguna de las pelotas con cascabeles que le habían comprado, saltar al sofá y subirse por las sillas y los muebles sin dificultad.

Atrás había quedado la gatita tímida y miedosa que llegó a casa hace unas semanas. Era feliz y le encantaban las caricias. Cuando estaba a gusto, sus ronroneos se oían a una buena distancia.

Yo seguía siendo el perro tranquilo de siempre y debo reconocer que Luna, a veces, me ponía nervioso. No paraba de jugar y le había dado por saltar y atrapar mi rabo cuando menos lo esperaba. Y pese a todo esto, la quería tanto que ya no me imaginaba mi vida sin esa gatita loca a mi lado.

Una noche Lena nos quitó la comida y el agua y yo empecé a mosquearme ya que esa situación me resultaba familiar. A la mañana siguiente Lena metió a Luna en el transportín y se la llevó de casa. No volvió hasta la tarde y yo estuve preocupado todo el día.

Cuando volvió, salí a recibirla moviendo el rabo de felicidad, pero Lena me paró y me dijo: «Tienes que tener cuidado con ella, que está malita» con un tono muy suave. Abrió el transportín y Luna salió con torpeza. Tenía puesta una especie de camiseta ajustada y se movía de forma descoordinada.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó la abuela.

—Bien, ya está castrada. Y respecto a los cuidados, son los mismos que tuvimos con Duncan —le contestó Lena.

—Pobrecita, aún está muy dormida —dijo la abuela, recogiendo con cuidado a Luna y dejándola en el sofá.

Yo también me subí al sofá y me tumbé junto a ella, que, al notar mi cuerpo, se acomodó junto a mí y se quedó dormida.

Pasó un par de días regular, comiendo poco y sin ganas de jugar. Aunque tengo que admitir que para mí fue un descanso. Era como si volviese a ser la gatita del principio. Pero al tercer día ya parecía encontrarse totalmente bien y Lena tuvo que guardar todos sus juguetes para que no se hiciese daño jugando.

Mi tranquilidad se acabó, aunque preferí verla así pues eso significaba que se había recuperado y que todo volvía a la normalidad.

56. LENA

Estuve dos semanas sin ver a Abril. Me había dicho que no vendría al pueblo porque tenía que preparar la exposición y se le acumulaban los trabajos de la carrera. Cuando me comunicó la fecha le confirmé que seguía queriendo ir a Madrid, que no quería perdérmela.

Me sorprendió diciendo que, si me apetecía, podría quedarme a dormir en su piso y de esa forma después podríamos irnos de fiesta con sus amigos para celebrarlo. Me recalcó que tenían una habitación libre y que no habría ningún problema, así que acepté.

El mismo sábado que se celebraba la exposición, me recogió en la estación de trenes a mediodía.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí —me dijo tras darme dos besos.

—Yo también, no me lo habría perdido por nada.

—Vamos al piso, te instalas y nos vamos a tomar un café, que hasta las ocho que tenemos que estar en la galería necesito estar ocupada.

—Todo va a salir bien —intenté tranquilizarla, pues se le notaba muy nerviosa.

—Y si no, por la noche nos emborrachamos y le quitamos importancia —dijo riéndose y cogiéndome por el hombro.

Cuando llegamos al piso me presentó a Julia y a Marco. Eran tal y como me los había descrito. Se mostraron muy simpáticos conmigo y me percaté de algunas miradas de complicidad entre ellos que me hicieron sospechar que estaban al tanto de lo que había pasado entre Abril y yo. No le di más importancia ya que, por suerte, todo se había normalizado entre nosotras.

Dejé mis cosas en la habitación y nos fuimos los cuatro a una cafetería cercana.

—Abril nos ha hablado mucho de ti —rompió el hielo Marco.

—Espero que bien —bromeé.

—Muy bien —contestó Julia.

Abril parecía algo nerviosa por lo que pudiesen decir sus amigos,

pero todo fue muy agradable.

—Yo solo puedo decir cosas buenas de ella —sonreí mirándola—. La verdad es que llegó a mi vida en un momento en el que necesitaba mucho apoyo.

Continuamos hablando de varios temas: de la exposición, de la facultad, de los planes de futuro... Hasta que Abril nos pidió que fuésemos al piso para prepararnos.

—Vamos, que, con un solo baño para ducharnos, al final vamos a llegar tarde —dijo levantándose y poniéndose el abrigo.

Me puse un vestido largo pero informal. Hacía mucho tiempo que no me arreglaba para salir con amigos y menos aún para ir de fiesta. Me maquillé de forma discreta y me senté en el salón a esperar a los demás. Abril salió de su habitación con unos pantalones negros y anchos, una camisa roja y una chaqueta también negra. Nunca la había visto maquillada, pero esos labios rojos le quedaban muy bien.

—Casi nunca me maquillo, pero la ocasión lo merece —me justificó al sorprenderme mirándola.

—Vas muy guapa —le dije mientras ella se ruborizaba.

Llegamos pronto a la galería y nada más llegar, se puso a hablar en la recepción con varias personas.

—Mirad —nos dijo a los tres—, mis fotos están en aquel pasillo del fondo. Yo ya las he visto esta mañana. Ahora me reúno con vosotros.

Avanzamos por el pasillo donde había fotos de distintos artistas. Algunas en blanco y negro, otras en color. Las miré por encima, sin pararme, ya tenía muchas ganas de ver las de Abril.

Cuando llegamos al pasillo que nos había indicado reconocí su estilo al instante. La primera foto era de un anciano tocando el acordeón, sentado en un banco de un parque, con la mirada perdida. Transmitía melancolía, y ese era precisamente su título, tal y como indicaba un cartelito pequeño bajo la foto, junto al nombre de la autora. Me quedé un buen rato mirándola. En verdad Abril tenía mucho talento.

Al mirar la siguiente, de reojo reconocí la última foto y no pude evitar saltarme el resto y avanzar hacia ella. Éramos Duncan y yo. No recordaba que me hubiese hecho esa foto. El atardecer llenaba toda la imagen de un rojo intenso. Estaba agachada delante de Duncan, acariciándole la cabeza, y nos mirábamos con ternura. En el cartelito bajo la foto ponía «Tiritas en el alma».

Unas lágrimas recorrieron mis mejillas y pensé que solo Abril sería capaz de captar mis sentimientos de esa forma. Era como si me conociese mejor que yo misma. Me giré al notar que alguien estaba junto a mí. Era Abril, que no dijo nada al verme llorar. La abracé y me abrazó.

—Gracias —le susurré al oído. Ella solo me abrazó más fuerte.

Al separamos, vi que ella también estaba llorando, le limpié el rímel corrido con un pañuelo y ella hizo lo mismo conmigo.

—Mira, aquellos aperitivos son veganos, por si tienes hambre. Yo tengo que seguir atendiendo a gente.

Me aparté de ella y me fui a comer algo. A lo lejos la observé hablando con otros artistas y personas que se interesaban por sus fotos.

Se acercó a ella por detrás una chica con el pelo teñido de rojo y un estilo muy personal. Le tapó los ojos; Abril se giró divertida y se besaron. Aunque fue un beso corto, estaba claro que no era un beso de amigas y que entre ellas había algo más.

Me sorprendió una sensación que podría calificar como celos, pero que no entendía, ya que yo a Abril solo la quería como amiga y debería alegrarme de que tuviese pareja. Pero, ¿por qué no me lo había contado? Y... ¿por qué me importaba tanto?

Cuando me la presentó, no me dio ninguna pista sobre el tipo de relación que tenían.

—Mira, Lena, te quiero presentar a Sheila —me dijo sin informarme de si era su amiga o su pareja y eso me reconcomía—. La conocí en el grupo de activismo vegano del que te hablé y con los que después nos iremos de fiesta.

—Hola, Sheila, encantada —respondí con una fría amabilidad mientras le daba dos besos.

Parecía encantadora y estaba claro que entre ella y Abril había algo, pues se les notaba en la forma de hablar y de mirarse.

Definitivamente estaba celosa y eso me descolocó. «¿Qué te pasa?», me dije a mí misma. Y cuando me volvieron a dejar sola, me centré en comer y beber hasta que Marco acudió a mi rescate.

—¿Tú también te sientes fuera de lugar? —me preguntó divertido.

—No, solo que como Abril está ocupada y no conozco a nadie más, no sé muy bien qué hacer. Además, llevo mucho tiempo sin salir y he perdido la práctica de relacionarme con la gente.

—Algo parecido me pasa a mí. Todos son amigos de Julia y Abril, pero hoy toca estar a su lado y cuando nos tomemos un par de copas ya verás que es más fácil relacionarse —me dijo guiñándome el ojo.

57. ABRIL

Los nervios se me pasaron a los pocos minutos de llegar a la exposición. Entre atender a unos y otros, el tiempo voló sin que fuese muy consciente de todo lo que estaba ocurriendo. Recibí muchos elogios que engordaron mi ego y me mantuvieron en una nube.

Cuando cerró la galería, fui consciente de que había dejado abandonada a Lena, así que me acerqué a disculparme.

—Perdona que te haya hecho tan poco caso, pero parecía que todos demandaban mi atención.

—No te preocupes, es normal. Es tu día —me dijo sonriendo mientras apoyaba sus manos en mis hombros.

—Y ahora, de fiesta... —La cogí de la cintura y la llevé hacia la salida mientras ella me cogía del hombro.

Marco nos siguió con una sonrisa pícara, a la que respondí con un gesto de burla sin que Lena me viese. En la puerta nos esperaban Sheila, Julia, Raúl y algunos de los amigos del grupo de activismo que habían venido a la exposición.

Tras unas cervezas, comencé a soltarme. Solo tenía ojos para Sheila y para Lena. Que estuviesen las dos juntas dejaba en evidencia mi conflicto de intereses. Una tan conveniente y otra tan perfecta como inalcanzable. Comencé a bailar con Sheila y nuestros cuerpos se juntaron, aprovechamos para meternos mano de forma disimulada y darnos algún beso que intentaba no alargar demasiado, ya que no me había desinhibido lo suficiente como para dejarme llevar con Lena delante.

Me acerqué a pedir a la barra y Lena me siguió.

—No me habías dicho que tenías novia —me comentó al oído debido al alto volumen de la música.

—No somos novias —le aclaré—. Simplemente nos estamos conociendo y nos gustamos. —Me tuve que acercar tanto a ella para que me oyese que un cosquilleo recorrió mi vientre.

—Haces bien. Sheila parece muy maja —dijo pegándose aún más a

mí, y noté cómo rodeaba mi cintura con su brazo, clavando sus dedos en mi cadera.

No sé si lo estaba haciendo a propósito, pero yo empezaba a ponerme nerviosa. Era evidente que el alcohol estaba haciendo mella en ella... y en mí, así que, en cuanto nos sirvieron las cervezas, me separé de ella y volvimos con el grupo.

La noche se alargó, pero yo dejé de beber pues no quería perder los papeles. Lena sí que siguió bebiendo hasta que decidí que era el momento de llevarla a casa. Así que se lo dije a Julia, que accedió a acompañarnos junto a Raúl. Marco iba a continuar la fiesta con unos amigos suyos con los que había coincidido en ese local.

Me acerqué a despedirme de Sheila.

—Nos vemos otro día, ¿vale? —le dije poniéndole ojitos para que no se enfadase—. Es que Lena necesita que la lleve a casa.

—Vale —me contestó de forma seca—. Aunque pensaba que podríamos pasar la noche juntas.

—Me encantaría, pero no es el momento —me disculpé.

—Bueno, no te preocupes. —Me dio un beso corto, casi por compromiso, y se marchó con el resto del grupo.

Cogí a Lena del brazo y nos pusimos en marcha mientras le daba vueltas a la cabeza por la reacción de Sheila. Ojalá no se hubiese enfadado, pero no podía hacer otra cosa. Lena me necesitaba y era mi invitada.

—Eres mi mejor amiga —me confesó Lena intentando que no se le trabase la lengua y esforzándose en andar en línea recta.

La miré y me reí al ver la expresión de su cara, fruto de la embriaguez.

—Tú también eres mi mejor amiga —le susurré mientras pensaba que ojalá pudiésemos ser algo más.

Julia y Raúl iban unos metros por delante de nosotras, aunque de vez en cuando se volvían para comprobar que estábamos bien. Y Julia aprovechaba para lanzarme una mirada cómplice, que me dejaba claro que intuía lo que sentía en esos momentos.

Al llegar al piso, la acompañé a su habitación y se sentó en la cama. La ayudé a quitarse los zapatos y se quedó mirándome. Yo quedé atrapada en su mirada mientras ella se acercaba a mí. Cuando me di cuenta de que iba a besarme, reaccioné y giré la cabeza para que me besase en la mejilla.

—Buenas noches, Lena —le dije mientras me levantaba.

—Buenas noches —respondió mientras se dejaba caer en la cama.

La arropé sin quitarle la ropa y me fui de su habitación con la cabeza hecha un lío, autoconvenciéndome de que había hecho lo correcto, pues no se habría comportado así si no estuviese bajo los efectos del alcohol.

Y así acabé la noche. En mi cama, sola, tras rechazar a Sheila y esquivando un beso de Lena. Tardé en dormirme y lo que tenía claro es que había sido un día tan extraño como inolvidable.

58. LENA

Me desperté con una resaca como hacía tiempo que no sufría. La cabeza parecía que me iba a estallar y, por más que intenté hacer memoria, no recordaba con claridad cómo había terminado la noche. Lo que sí tenía claro es que había sentido celos por la relación que tenían Abril y Sheila, y eso me descolocaba por completo.

A mí me gustaban los chicos... o al menos eso creía. Y Abril era mi amiga. Quizá los celos eran debidos a que era mi única amiga desde que pasó lo de mi hermano y había creado una dependencia hacia ella que me había jugado una mala pasada. Debía de ser eso... Pero en ese momento me vino a la mente el intento de besarla anoche en la cama. ¿La besé en los labios? No. Al final la besé en la mejilla, pero mi intención era besarla en la boca y ella se apartó.

Me tapé la cabeza con la almohada en parte por la vergüenza que sentía y en parte por el dolor de cabeza que se estaba intensificando.

Decidí levantarme y me fui al baño directamente. Tenía puesta la misma ropa que ayer. Me eché agua fría en la cara y me quedé mirando mi cara en el espejo. «¿Qué te pasa?» me dije justo antes de volver a mojarme la cara y frotarla para intentar que no se notase tanto lo mal que me sentía.

Al salir del baño, me encontré con Abril en el salón, sentada con una sonrisa y una taza de café.

—En la cocina hay café e ibuprofenos.

—Gracias —le dije con la voz ronca e intentando dibujar una sonrisa.

Me serví un café solo y tomé un ibuprofeno que había dejado junto a la cafetera. Fui al salón y me senté en el sofá junto a ella.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Sí, dormir, sí. Levantarme ya ha sido peor. —Me reí y me llevé la mano a la cabeza, pues la risa hizo que el dolor se acentuara.

—Julia y Raúl se marcharon hace tiempo. Marco no ha pasado la noche en casa. Si te apetece pasta, voy preparándola para comer.

—¿Qué hora es? —pregunté extrañada.

—Son casi las dos —contestó riéndose.

—¡Las dos! —dije sorprendida—. Hacía siglos que no dormía hasta tan tarde.

Se iba a levantar para preparar la comida, cuando la detuve cogiéndola del brazo.

—Abril... —le dije con seriedad—. Ayer no sé qué me pasó. Perdona por intentar besarte. Hacía mucho tiempo que no bebía tanto.

—No te preocupes —me miró con cariño—. Ya estamos empatadas. —Se marchó a la cocina mientras volvía a reír para quitarle importancia al asunto.

Tras comer ya me sentía mejor. Recogimos la mesa, fregamos los cacharros y volvimos a prepararnos un café.

—La exposición de ayer estuvo genial. De todas las obras, las mejores eran las tuyas —intenté usar un tono serio que le demostrase que no lo decía solo porque era mi amiga—. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias. La verdad es que para mí es un orgullo que hayan accedido a hacerme un hueco en la galería —me dijo ruborizándose.

—Y quería preguntarte... ¿Por qué no han venido tus padres?

—Ni siquiera se lo he contado —confesó tras unos segundos de silencio—. No quiero mezclarlos con mi vida en Madrid. Ellos son parte de mi vida en el pueblo, con todo lo que conlleva. Y Madrid representa mi nueva vida, donde soy libre y me expreso y siento como quiero —volvió a hacer una pausa—. No estoy preparada para mezclar esos dos mundos.

—Te comprendo.

—No es lo mismo decirles que me gustan las chicas a que lo vean con sus propios ojos. Y si hubiesen venido, no podría haber vivido todo esto siendo yo misma.

—Tiene sentido —le dije cogiéndole la mano.

—¿De verdad? Porque a veces pienso que solo tiene sentido para mí.

Asentí mientras le acariciaba la mano con mi pulgar.

—Voy a ir recogiendo mis cosas, que al final voy a llegar tarde al tren. —Bebí el último sorbo de mi segundo café del día y me levanté de la mesa.

Salíamos del portal y nos cruzamos con Marco, que volvía a casa con la misma ropa de anoche.

—¿Ya te vas? —me preguntó con pena.

—Sí, y no podemos entretenernos porque voy a perder el tren.

—Ha sido un placer conocerte —afirmó mientras me daba un abrazo—. Y vuelve cuando quieras, que aquí siempre tendrás un hueco.

—Lena, tenemos que irnos que vamos muy justas —señaló Abril

impaciente—. Ahora te veo, Marco.

Cogimos el metro y llegamos a la estación pocos minutos antes de que saliese el tren, por lo que tuvimos que despedirnos rápido.

—Nos vemos pronto, ¿no? —le dije justo antes de separarnos.

—Pues no voy a tener mucho tiempo. Los exámenes están encima y tengo mucho que estudiar.

—Pero si vienen las vacaciones de Navidad —protesté.

—Ya. Iré al pueblo algún día suelto. Para Nochebuena y Nochevieja seguro, pero poco más.

—Vaya. Bueno, avísame —casi rogué resignada—. Y seguimos escribiéndonos.

—Sí, y tienes que mandarme vídeos de Luna y de Duncan —me dijo alzando la voz mientras me alejaba.

59. LUNA

No había día que no me acordase de mi mamá. Nunca la olvidaría, pues lo dio todo por mí y me cuidó tanto como pudo, pero tengo que reconocer que ahora tenía una buena vida. Muy buena. Tenía tanta comida como me apetecía. Incluso había aprendido a pedirla, y a exigirla si era necesario. Me sentía amada y les había cogido mucho cariño a todos los miembros de la familia. A Duncan lo quería más que a ninguno, después a Lena y a los abuelos. Incluso estaba cogiendo cariño a Abril, que venía de vez en cuando a visitarnos.

Cada día estaba más acomodada a mi casa. Sí, ya la consideraba mía. Incluso había aprendido a abrir los cajones y, si me aburría, me pasaba el tiempo sacando todo lo que hubiese dentro mientras Duncan me observaba desde lejos. Él no se atrevía a jugar con las cosas de la casa para que no le regañasen. Yo había aprendido a poner cara de pena si me pillaban haciendo alguna trastada y así eran incapaces de enfadarse conmigo.

Me habían comprado muchos juguetes sonoros, que no paraba de perseguir cuando me los lanzaban y una cosa que servía para que me rascase las uñas y que dejase de hacerlo en el sofá. Pero no funcionó, evidentemente.

Fueron pasando los meses y comenzó a hacer mucho calor. Tanto que dejaban abiertas las ventanas y podía subirme a ellas y cotillear todo lo que ocurría en la calle. Había una red que no me dejaba salir y, aunque no veía bien, podía oler y escuchar sin peligro a caerme. También distinguía algunas formas moviéndose que poco a poco fui identificando. Podía diferenciar a las personas de los coches e incluso algunos pajarillos que revoloteaban cerca de mí. Mis momentos favoritos eran por la mañana, muy temprano, y el atardecer, pues me encantaba sentir el airecillo que corría a esas horas.

Lo que peor llevaba eran los momentos en los que me volvían a meter en el transportín y me llevaban a ese sitio horrible, que Duncan también odiaba, donde nos ponían inyecciones. A veces íbamos juntos

y mientras él se limitaba a temblar en silencio, yo maullaba todo lo alto que podía para que les quedase claro que no me gustaba estar allí.

Vamos, que mi nueva vida me gustaba mucho, más incluso que cuando vivía en el solar. De aquellos días solo echaba de menos a mi mamá. Y a veces pensaba en mis hermanos. ¿Qué habría sido de ellos? Ojalá les fuese bien.

60. LENA

El curso fue cogiendo un ritmo frenético y cada día parecía que me faltaban horas para estudiar. Fui aprobando todas las asignaturas sin problema, pero yo tenía claro que mi futuro pasaba por ponerme a trabajar y conseguir poco a poco mi independencia.

Cuando, tras las vacaciones de Navidad, mis padres me dijeron que iban a comprar una casa en las afueras y que iban a alquilar el piso, una idea comenzó a cobrar fuerza en mi cabeza: yo podría quedarme en el piso y pagar el alquiler trabajando en la tienda.

No les comenté nada hasta que se acercaba el fin de curso. Ellos tenían pensado mudarse en el verano y yo no tenía ninguna intención de moverme de aquí.

—Papá, mamá, tengo que proponeros algo —les dije tras hacer que se sentasen en el sofá.

Yo permanecía de pie, frente a ellos. Intentando parecer convincente mientras ellos me observaban con curiosidad.

—Tras terminar el curso, quiero empezar a trabajar en la tienda.

—Pero, ¿no quieres seguir estudiando?... ¿Ir a la universidad? —preguntó mi madre apenada.

—Siempre tendrás tiempo para trabajar con nosotros —añadió mi padre.

—Lo he pensado mucho. No quiero seguir estudiando. Quiero tener mi dinero y empezar a hacer mi vida. —Les hice un gesto con las manos para que no dijesen nada y continué—. Además, quiero alquilar el piso. Quiero seguir viviendo aquí.

—¿No te vas a venir a vivir con nosotros a la casa nueva? —la pena de mi madre crecía por momentos.

—Allí vamos a estar genial, tendremos un patio donde Duncan podrá jugar y mucho más espacio del que tenemos ahora —apuntó mi padre.

—Lo he pensado mucho. Quiero seguir viviendo aquí... sola.

Mis padres se miraban, me miraban, pero permanecían callados.

—Bueno, ¿qué opináis? —Puse una expresión de súplica para intentar ablandarles—. ¿Me alquiláis el piso?

—Tenemos que hablarlo tu madre y yo —dijo mi padre al fin.

Decidí dejarles tiempo para hablarlo, pero lo que tenía clarísimo es que quería empezar a trabajar ese mismo verano.

Mi relación con Abril siguió siendo intermitente. La veía muchos fines de semana. Íbamos al refugio y venía a casa a visitar a Luna y a Duncan. Cuando estaba en Madrid le mandaba fotos y vídeos. Pero, aunque parecía que nada había cambiado, desde mi viaje a Madrid todo había sido diferente, al menos para mí.

La veía de otra forma. Empezaba a plantearme si podríamos ser algo más que amigas. A veces me sorprendía imaginándome que la besaba. No me atreví a decirle nada, ya que mi cabeza estaba hecha un lío y no quería hacerle daño, pues ni siquiera yo tenía claro qué me estaba pasando. Pero, sobre todo, no le decía nada por una razón: Sheila.

Con Duncan había alcanzado un nivel de complicidad que jamás hubiese imaginado. Siempre estaba pendiente de mí. Si me veía triste, se tumbaba junto a mí apoyando la cabeza en mis piernas. Me podía comunicar con él solo con la mirada y nadie se ponía más contento cuando volvía a casa que aquel larguirucho saco de huesos y pelo negro que había pasado de ser mi perro a considerarlo como hijo.

A Luna la veía cada día mejor. Ya no solo buscaba el cariño de Duncan, sino que, si le apetecía, nos perseguía a mis padres y a mí para recibir una buena sesión de caricias y masajes a los que correspondía con unos fuertes ronroneos. Nos exigía la comida o el agua con fuertes maullidos si nos despistábamos y sus cacharros se vaciaban. Y corría como loca, jugando por toda la casa, como si no tuviese ningún problema de visión.

Yo era feliz solo por verlos felices. Eran parte de mi familia.

61. ABRIL

Mi primera semana de exámenes de la carrera fue agotadora. Tanta tensión acumulada en poco tiempo y la presión que me autoimpuse para no fallar a mis padres hicieron que las semanas anteriores me centrase únicamente en estudiar.

Fue un alivio que los resultados fuesen buenos. Eso me dio tranquilidad para afrontar el resto del curso. Aprobar todo y mantener la beca era mi principal objetivo y lograrlo fue una satisfacción enorme. Mis padres estaban orgullosos, aunque cada uno lo mostraba a su manera. Mi madre lo expresaba abiertamente y presumía de hija con todas las vecinas. Mi padre, mucho más reservado, solo me dio la enhorabuena al acabar el curso, pero cualquiera que lo conociese y supiese leer su expresión corporal sabría que estaba emocionado por mis buenos resultados.

De las fotografías que expuse, se vendieron cuatro. Lena me quiso comprar su cuadro, pero le mentí diciéndole que ya estaba vendido y que luego le imprimiría otra copia. En realidad, me lo guardé para regalárselo. No quería que lo tuviese nadie más.

Primero pensé en su cumpleaños, pero no era buena idea, pues también lo era de su hermano y no le gustaba recordarlo. Así que decidí regalárselo el día de su graduación.

Mi relación con Sheila no fue como me esperaba. Ella no creía en las relaciones serias y cerradas. Y aunque al principio fue chocante para mí, respeté y entendí su forma de ver la vida, basada en una total libertad, respeto y sinceridad, no solo en las relaciones personales.

Me seguí viendo con ella durante todo el curso. Me gustaba estar con ella y no estuve con nadie más. Pero ella sí que tuvo relaciones esporádicas con más personas y nunca me lo ocultó. No es lo que me esperaba cuando la conocí, pero quizá no me importó porque nunca llegué a enamorarme de ella.

Y así terminé mi primer curso universitario. Aprobé todo con unas notas bastante buenas. Me invadía la satisfacción del trabajo

cumplido. También había logrado mis objetivos personales de conocerme, liberarme y mostrarme sin esconderme. Sin duda, había sido un gran curso y ahora estaba preparada para pasar un verano en el pueblo, que no sería como el resto de los veranos pues había crecido y madurado como persona y me sentía muy bien conmigo misma.

62. LENA

Llegó el día de la graduación y no es que me hiciese especial ilusión, pero era una forma de cerrar esa etapa de mi vida e iniciar otra repleta de expectativas.

Muchas veces había pensado en cómo sería este momento y siempre me lo imaginaba junto a mi hermano y las personas que creía que eran mis amigas. Juntos celebraríamos la antesala a la universidad y nos dispondríamos a dar un paso hacia el que soñábamos que sería nuestro futuro.

Sin embargo, me encontraba en un final de curso sin mi hermano y sin esas personas que fueron desapareciendo poco a poco. Es cierto que fui yo quien me aparté de ellas, pero ninguna luchó lo suficiente para seguir a mi lado. Se sintieron más cómodas continuando sus vidas olvidándose de mí y reduciendo nuestra relación a un «Hola, ¿qué tal?» por compromiso, ya que a ninguna nos interesaba de verdad cómo nos iba en nuestras vidas. Y a despedirnos con un «Bien» que casi nunca se correspondía con la realidad, al menos en mi caso.

Si no hubiese sido porque Abril apareció en mi vida, habría pensado que la amistad es mentira y solo dura mientras obtenemos algo a cambio. Y por eso me alegraba que hubiese aceptado venir a mi graduación. Solo ella y mis padres. No necesitaba a nadie más.

Me puse un vestido corto de tirantes, de color azul celeste, y unas sandalias planas, pues hacía mucho calor y quería ir cómoda. Tampoco tenía intención de salir de fiesta después, aunque algunos de mi clase habían insistido. Ellos lo iban a celebrar con su ropa más elegante y una fiesta que se alargaría toda la noche.

Mis padres se vistieron acordes a lo que requería la situación.

—Parece que vais a una boda —les comenté con sorna.

—Déjanos disfrutar el momento —contestó mi madre con orgullo.

Al llegar al instituto ya estaba esperándonos Abril, tan puntual como siempre. La vi a lo lejos, también con un vestido corto de tirantes, con un estampado floral, y unas zapatillas que le daban un

toque informal. Me adelanté para saludarla.

—Qué guapa te has puesto —le dije abrazándola.

—Gracias. Tú sí que estás guapa... como siempre —añadió apartándose de mí para mirarme bien, lo que me hizo sonrojar.

—Esto es una sorpresa —indicó al ver que miraba la bolsa que llevaba—, pero te la daré después. —Sonrió y escondió la bolsa tras ella cuando intenté ver lo que contenía.

Empezaba a caer el sol y el ambiente se refrescó al comenzar la ceremonia.

Cuando pronunciaron mi nombre, subí al escenario a por mi diploma sin dejar de pensar que antes de mí tenía que haber subido mi hermano. Siempre iba delante de mí en la lista de clase. Fue un momento muy duro y la tristeza se apoderó de mí. Aguanté las lágrimas e intenté disimular lo mejor que pude.

A mi alrededor solo veía alumnos felices, padres orgullosos, y tuve la sensación de estar observando todo desde fuera, como si no formase parte de ese momento.

—Enhorabuena —me dijo mi padre mientras me abrazaba muy fuerte.

—Estamos muy orgullosos de ti —añadió mi madre y se unió al abrazo.

Abril esperaba a un lado, presenciando ese momento donde tengo claro que los tres teníamos en mente la ausencia de mi hermano.

Les dije a mis padres que se fuesen a casa, que yo volvería más tarde. No iba a ir a la fiesta, pero tenía ganas de dar un paseo con Abril. Necesitaba desahogarme y contar todo lo que sentía.

Nos dirigimos al parque en silencio. Necesitaba recomponerme y ella me dejó mi tiempo.

—Bueno, ¿cuál es esa sorpresa que me tienes preparada? —pregunté finalmente.

—Te tengo intrigada, ¿eh? —dijo mientras se reía.

Mientras la miraba pensé en que tenía la risa más bonita que había escuchado nunca y la seguí hasta un banco donde nos sentamos.

—Espero que te guste. —Me entregó la bolsa y su sonrisa delató algo de nerviosismo.

Cogí la bolsa y saqué un paquete de ella. Estaba envuelto en papel de regalo, pero nada más tocarlo supe que era un marco. Lo abrí con cuidado y al verlo mis labios comenzaron a temblar.

—Tenías que tenerla tú —afirmó al ver mi emoción.

No pude decir nada. Me quedé observando la foto donde Duncan y yo nos mirábamos con tanta ternura, con ese atardecer de fondo que tanto me había impactado al verla en la exposición.

Tardé un tiempo en apartar la vista de la foto. Abril tampoco dijo nada. Cuando alcé la cabeza, nos miramos fijamente durante un

momento que me pareció eterno. La abracé... La abracé muy fuerte, con ganas de decirle todo lo que sentía por ella. Intentando que mi abrazo le dijese que había sido una tonta por no darme cuenta antes de que me gustaba mucho. Que la quería, y no solo como amiga... Pero no le comenté nada de eso, solo la abracé.

—Gracias, me encanta —susurré mientras me separaba de ella.

—Me alegro de que te guste —me dijo mientras limpiaba las lágrimas de mi mejilla con sus dedos.

La hubiese besado en ese mismo momento. Jamás había tenido tantas ganas de besar a alguien. Pero no la besé, por timidez y por cobardía.

Cambié de tema para salir de esa situación que me estaba superando.

—La semana que viene empiezo a trabajar en la tienda.

Ya le había contado mis planes de trabajar y vivir sola, pero no había entrado en detalles.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí, me tomo unos días de descanso y ya empiezo, que mis padres se cogerán quince días de vacaciones en agosto y quiero tener todo controlado para quedarme al cargo.

—Y tus padres, ¿cuándo se mudan?

—¡En dos semanas! —respondí entusiasmada, pues tenía muchas ganas de comenzar a vivir sola.

Nos levantamos y continuamos paseando por el parque. Andábamos despacio, sin ir a ningún sitio concreto, disfrutando de la compañía y del buen tiempo.

—¿Qué tal te va con Sheila? —Me atreví a preguntarle tras un buen rato de conflicto interno y decidiendo si sacaba ese tema o no.

—Bueno, va. Simplemente va —dijo sin convicción.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que en realidad no tenemos nada serio. Queremos cosas distintas y solo nos vemos de vez en cuando.

No continué con el tema, pues noté que no se sentía cómoda hablándolo, pero reconozco que me alegró saber que no eran pareja.

Nos fuimos a casa y nos despedimos con un abrazo. Le volví a dar las gracias y quedamos en escribirnos y vernos en los días siguientes para ir a la protectora y para pasear a Duncan.

Tras una cena ligera, me fui a mi habitación. No tenía sueño por todas las emociones que había tenido, así que me tumbé en la cama junto a Luna y Duncan y me puse los cascos para escuchar música.

«Al pasar el tiempo despertarás y descubrirás cientos de rosas a tu alrededor. Hoy la luna y mañana el sol. Y tú sin saber aún quién eres, desde el país donde mueren las flores...» Sonaba la canción de Duncan Dhu mientras se me amontonaban los recuerdos y se me desbordaban

los sentimientos.

63. DUNCAN

Eran días de mucho movimiento. Luna y yo estábamos más inquietos de lo habitual ya que estaban empaquetando cosas y llevándoselas de la casa. También se llevaron algunos muebles. Algo estaba pasando y la incertidumbre me ponía nervioso.

También veíamos más a menudo a Abril. A veces nos visitaba en casa y otras veces se venía a pasear con Lena y conmigo. Nos estábamos acostumbrando a su presencia, sobre todo Luna, a la que le encantaba cómo le rascaba el lomo y corría a subirse a sus piernas en cuanto se sentaba.

Una tarde, paseando por el campo con Lena y Abril, olfateé a lo lejos a otro perro. Me dirigí hacia los restos de una casa abandonada y un perro pequeño salió corriendo asustado y se paró a mirarnos desde lejos.

—¡Ay, pobre! ¿Estará abandonado? —comentó Abril apenada.

—Es posible, está fatal —contestó Lena manteniendo la calma, mientras me sujetaba para que no siguiésemos avanzando hacia él.

—¿Qué hacemos? Parece muy asustado.

—Voy a llamar a Leo, que él sabrá mejor qué hacer —dijo Lena mientras sacaba el móvil del bolsillo de su pantalón.

Tras hablar por teléfono, Lena dijo que ahora mismo había sitio en el refugio, por lo que iban a intentar cogerlo y mirarle el chip para comprobar si estaba abandonado o perdido.

Abril se quedó conmigo mientras Lena se acercaba muy despacio hacia el perro, que nos miraba con recelo. Sacó algunas de las chuches que siempre llevaba en el bolsillo cuando salíamos de paseo, se acercó a una distancia prudencial y le lanzó algunas lo suficientemente cerca como para que el perro las cogiese.

Le lanzó algunas chuches un poco más cerca de ella, pero el perro no las cogió. Lena avanzó un poco más y el perro se alejó. No salía corriendo, pero no permitía que se acercase.

Al poco rato, un coche aparcó cerca y se bajó Leo, el chico que

había llevado a Luna a casa. Lena volvió donde estábamos para hablar con él.

—Es muy asustadizo, aunque no ha salido corriendo y ha comido algunas chuches... —Se calló y señaló hacia el perro que se había acercado a comer las chuches que había lanzado más cerca—. Y está claro que tiene mucha hambre —añadió.

—Vale. He traído paté, que le va a atraer más que las chuches, y un lazo. Acércate con cuidado y si tienes la oportunidad, intentas cogerlo, pero si ves que va a salir corriendo, le dejas la comida, nos vamos y ya nos organizamos para hacerle una rutina e intentar rescatarlo con jaula-trampa.

Lena cogió la correa y la comida. Doy fe de que olía muy bien e intenté que me dieran un poco. Se acercó de nuevo al perro y se agachó cuando hizo el amago de salir corriendo.

Le lanzó un poco de paté, que no dudó en comerse. Volvió a lanzarle paté un poco más cerca y, tras un momento de duda, se acercó y se lo comió. Yo hice un par de amagos para que me dejasen ir con Lena y lloriqueaba porque no me dejaban ayudarla.

Lena intentó aproximarse un poco más, pero ante la posibilidad de que saliese corriendo, paró y se sentó en el suelo, lo que tranquilizó al perro, que se quedó quieto mirándola.

Transcurrieron unos minutos sin que nadie se moviese, hasta que Lena le lanzó otro trozo de comida y se acercó un poco arrastrándose, sin levantarse. Pareció funcionar y el perro aceptó su proximidad. Ya lo tenía a pocos metros y volvió a repetir la operación. Se arrastró un poco más al mismo tiempo que le echaba comida. Volvió a funcionar.

Cuando lo tuvo suficientemente cerca, cogió otro pedazo de comida y alargó el brazo. El perro olisqueó y se movió con cuidado. Dudó, pero al fin comió de su mano. Lena volvió a coger comida y se la volvió a dar, pero esta vez no retiró la mano y la dejó cerca de su hocico para que pudiese olerla. El perro no se retiró, siguió oliéndola, y Abril me abrazó con emoción al ver que el perro se dejaba acariciar.

Sé de primera mano que Lena transmite confianza. Que pese a que cuando estamos en esa situación tenemos miedo de todo, la manera en la que nos mira y nos habla nos hace pensar que podríamos fiarnos de ella y que nos puede ayudar. ¡Y así es!

Muy despacio para no asustarlo, Lena deslizó el lazo por su cuello hasta que lo ajustó, y sujetó la correa para que no pudiese escapar. Siguió acariciándolo para que se sintiese seguro.

—Lo tiene —dijo Leo sorprendido.

—Es la mejor —añadió Abril con orgullo.

Lena se puso de pie muy despacio, tiró del perro con cuidado y, tras un leve forcejeo, la siguió hasta donde estábamos.

Cuando estaban cerca, Abril me dejó acercarme. Le di miedo al

principio, pero tras olisquearnos un poco, comenzó a mover ligeramente el rabo. Me fijé en sus ojos legañosos, su pelo largo marrón enredado y su pequeño cuerpo tembloroso.

—Huele muy mal y tiene muchos nudos en el pelo —dijo Lena con pena.

—Me lo llevo al veterinario a ver si tiene chip. Aunque tiene pinta de estar abandonado —indicó Leo mientras cogía con cuidado la correa.

—Si no tiene dueño, creo que podría tener a los adoptantes ideales para él —añadió Abril—. Pero no es seguro.

Lena quiso despedirse del perro, le mostró la mano con cuidado y después lo acarició, primero por la cabeza y después por el lomo. Sin previo aviso, lo cogió en brazos y este, al verse abrazado, apoyó su cabeza en el pecho de Lena y cerró los ojos. Yo, lejos de estar celoso, sentí orgullo por lo que mi mamá estaba haciendo por ese pobre perrito.

Abril se acercó y lo acarició con mimo. El perro abrió los ojos y lamió su mano, agradecido por las muestras de cariño.

—Parece mayor —dijo Abril con tristeza.

El chico le miró los dientes y asintió.

—Sí, es mayor. No sé cuántos años tendrá, pero parece que muchos. —Subió al perro en su coche y se marchó.

Yo me quedé con Lena y Abril, les olisqueé las manos y la ropa, y continuamos paseando por el campo mientras ellas comentaban con emoción lo que acababa de pasar.

64. ABRIL

Continuamos el paseo con la emoción en el cuerpo por lo que habíamos vivido. Lena estaba eufórica, pues acababa de salvar una vida, y yo estaba impresionada por su capacidad para hacer que los animales confiasen en ella.

El verano comenzaba a teñir el campo de amarillo. El sol se escondía por el horizonte, y enrojecía las nubes más cercanas. De nuevo, el atardecer nos ofrecía un espectáculo digno de admirar, así que nos sentamos en el suelo a contemplarlo.

Estuvimos calladas hasta que el sol se puso. Duncan, que se había sentado junto a Lena, se terminó tumbando en el suelo cuando alargamos ese momento.

—He estado pensando mucho en nosotras... —Lena rompió el silencio mientras el horizonte rojizo se oscurecía.

—¿En nosotras? —Su comentario me desconcertó.

—No sé por dónde empezar —continuó—. Así que empezaré por el final... Me gustas. Me gustas mucho.

Observé cómo sus labios temblaban ligeramente, casi de forma imperceptible, al pronunciar esas palabras. Mi corazón comenzó a acelerarse mientras mi cabeza intentaba asimilar lo que me estaba diciendo.

—Pero... —dije con torpeza sin saber muy bien qué decir.

—Pues eso, que desde hace un tiempo me he dado cuenta de que siento algo por ti. No solo amistad. Al principio estaba hecha un lío, pero mis sentimientos se han aclarado y necesitaba decírtelo.

No podía creerme lo que estaba oyendo. No sabía qué decir. Nunca había estado tan nerviosa. Me quedé mirándola mientras mi corazón parecía querer salirse del pecho.

Lena dejó de hablar y clavó su mirada en el suelo. Noté que lo estaba pasando mal, por lo que posé mi mano sobre la suya. Ella alzó la mirada hasta encontrarse con la mía. Se acercó lentamente a mí y, cuando su boca estaba a pocos centímetros de mis labios, fui yo la que

me acerqué a ella y la besé.

El tiempo se paró. Solo estábamos Lena, yo y nuestros labios rozándose suavemente.

Sentí que flotaba en el aire.

65. LENA

Me pareció el momento perfecto para sincerarme. El rescate del perrito abandonado me había puesto la autoestima por las nubes y el atardecer tan idílico que estábamos presenciando me pareció el marco ideal para decirle lo que sentía por ella.

Mientras observábamos sentadas el atardecer, estuve pensando distintas formas de decírselo, pero deseché todas y decidí decirle directamente que me gustaba.

Noté que me temblaba la voz y los nervios se estaban apoderando de mí. Nada más decirle «Me gustas» me asaltaron las dudas y el miedo a ser rechazada.

Cuando ella puso su mano sobre mi mano y nuestras miradas se cruzaron, sentí el impulso de besarla. Me acerqué a ella y unos centímetros antes de alcanzar sus labios me paré para buscar alguna señal de consentimiento.

Fue ella la que recorrió esos últimos centímetros hasta que nuestros labios se encontraron. Un escalofrío recorrió mi espalda.

La primera sensación fue extraña, pero a los pocos segundos me relajé y disfruté el momento. Sus labios eran suaves y noté cómo su mano acariciaba mi cara con ternura. Jamás había sentido algo parecido y perdí la noción del tiempo y el espacio.

Sentí que flotaba en el aire.

Al separar nuestros labios, lo primero que vi fue a Duncan, que se había puesto de pie y nos miraba con la cabeza ladeada. Abril también lo vio y las dos nos echamos a reír, a lo que Duncan respondió moviendo el rabo e intentando lamernos la cara.

—No me esperaba nada de lo que acaba de pasar —confesó Abril aún sorprendida.

—Llevaba un tiempo pensando en cómo decírtelo. Al principio no sabía muy bien qué me estaba pasando. Y cuando tuve claro que me gustabas, no quise entrometerme entre Sheila y tú. Pero al decirme que lo tuyo con Sheila no iba en serio, decidí que tenía que dar el paso

—le confesé.

—Vaya... —Se quedó pensativa—. Ya sabes lo que siento por ti. Pese a que me había conformado con ser tu amiga, yo no he dejado de estar colada por ti. —Se le enrojecieron las mejillas.

—Pues ahora yo también estoy colada por ti.

Sonreí tímidamente y volvimos a besarnos. Esta vez hubo más pasión. Nuestras lenguas se encontraron y se me erizó todo el vello del cuerpo. Si me quedaba alguna duda sobre lo que sentía por Abril, se disipó en ese momento. No solo me gustaba, sino que también me atraía, y mucho.

Estaba anocheciendo, así que nos levantamos y nos dirigimos hacia nuestras casas. Durante el camino recibí un mensaje de Leo donde me decía que el perro que acabábamos de rescatar no tenía chip y que la veterinaria creía que tendría unos diez años.

—Me pregunta Leo que si hemos pensado un nombre para él.

—Decídelo tú, que eres su rescatadora.

—¿Tofu? —propuse.

—Tofu me gusta mucho —contestó Abril.

Le mandé un mensaje a Leo con el nombre que habíamos decidido y me despedí de él.

—¿Cómo pueden abandonar un animal tan mayor? —dijo Abril profundamente apenada.

—La verdad es que durante este tiempo en la protectora he aprendido que la maldad humana no tiene límites —afirmé pensando en la multitud de casos que había conocido durante este tiempo.

—Por cierto, tengo que volver a Madrid, pero será solo un día.

—Creía que ya habías recogido todo.

—Sí, pero quiero hablarle a Julia y a Raúl sobre Tofu...

—¿Son los posibles adoptantes de los que hablaste? —la corté emocionada.

—Sí, pero no es nada seguro. Solo que alguna vez han comentado que querrían adoptar un perro que no sea de un tamaño muy grande y voy a ver si les convenzo... También quiero hablar con Sheila.

Al pronunciar su nombre me miró examinando mi cara y yo, pese a que intenté no cambiar el gesto, no pude evitar ponerme seria al oír su nombre.

—Ella ha estado con otras chicas mientras hemos estado juntas —hizo el signo de las comillas cuando pronunciaba esa última palabra —. Quiere una relación abierta, pero yo no he estado con nadie más. No he estado cómoda este tiempo y quiero dejarle claro que no voy a seguir con esa relación. Yo quiero estar contigo.

—Y yo quiero estar contigo —añadí, aunque me reprimí las ganas de besarla de nuevo, pues ya estábamos en el pueblo.

Al subir a mi casa me fui directa a mi habitación. Me tumbé en la

cama y comencé a pensar en todo lo que había pasado esa tarde. Tantas emociones juntas no me iban a dejar dormir. ¿Me gustaban los chicos y las chicas? La verdad es que aún no sabía responder a esa pregunta. Lo que tenía claro es que me gustaba Abril. Jamás había sentido por nadie lo que sentía por ella. ¿Estaba enamorada? Antes dudaba sobre la respuesta a esa pregunta, pero hoy lo tenía claro: sí, estaba enamorada de ella.

66. ABRIL

Me desperté y tenía la sensación de haberlo soñado todo. Llegué a dudar de si lo que había ocurrido la tarde anterior había sido real.

Hice un repaso de toda mi historia con Lena. Desde que empezó a gustarme en el instituto siendo yo una desconocida para ella. Cómo fui testigo invisible de su proceso de duelo por la pérdida de su hermano y finalmente fuimos conociéndonos a través de la protectora. Después nos hicimos amigas, muy buenas amigas, y casi estropeo todo por aquel primer beso impulsivo. Y ahora, sin esperármelo, Lena me había confesado que le gustaba y nos habíamos besado de verdad, como nunca había besado a nadie.

Al día siguiente había quedado con Lena para ir a la protectora, pero no pude esperar a vernos y le mandé un mensaje después de desayunar.

—Hola —escribí junto a un emoticono sonriente.

Enseguida apareció «En línea» y comenzó a escribir.

—Hola —contestó junto a varios emoticonos sonrientes con corazones.

—¿Qué tal has pasado la noche? —le pregunté, observando los emoticonos que me había enviado.

—Pues no he dormido casi nada. Demasiadas emociones.

—Yo sí que he dormido. Soy de sueño fácil —añadí emoticonos de risas.

—Me apetece estar contigo a solas. Esta tarde, después de la protectora, podemos dar una vuelta.

—Claro, a mí también me apetece estar contigo.

Me envió un emoticono de un beso y yo le envié otro idéntico.

Esa tarde fue la primera vez que ella llegó antes que yo al lugar donde habíamos quedado con Leo. Nos saludamos sin besarnos, pues sabía que sería incómodo para ambas hacerlo en medio de la calle y teníamos que respetar nuestros ritmos para hacerlo público.

La noté extraña, sin saber muy bien qué hacer. Yo tampoco sabía

muy bien cómo comportarme, pero a los pocos minutos esa sensación incómoda desapareció y comenzamos a comportarnos como siempre.

—Ya está Tofu en el refugio, lo llevé esta mañana —nos dijo Leo nada más subir al coche.

—¿Qué tal estaba? —preguntó Lena.

—Se quedaba algo nervioso. Ya sabes, tantos perros alrededor y no saber qué está pasando... Se adaptará rápido, es muy cariñoso.

—Estoy deseando verlo —añadí.

Al llegar, lo vimos a lo lejos, solo en su chenil, acurrucado en una esquina. Al acercarnos a él, nos reconoció y comenzó a mover el rabo. Entramos a su chenil y se levantó para recibirnos. Primero saludó a Lena y después vino hacia mí. Lo cogí en brazos y comenzó a lamerme la cara. Notar el agradecimiento de un animal rescatado es una sensación única que compensa cualquier esfuerzo que hagas por ellos.

La tarde transcurrió con normalidad, como si no hubiese pasado nada entre nosotras. Cuando nos despedimos de Leo, dimos un paseo para hablar y estar a solas.

—Mañana me voy a Madrid, pero vendré por la noche.

—¿Ya les has hablado de Tofu? —Ignoró el tema de Sheila, imagino que a propósito.

—No, quiero ver cuál es su reacción cuando se lo plantee y les enseñe los vídeos y fotos.

—Sería fantástico que lo adoptasen, pero, ¿Julia seguirá viviendo contigo? —dudó.

—Sí, en realidad el adoptante sería Raúl, que vive solo. Julia seguirá este año viviendo en nuestro piso y ya el año que viene, que termina la carrera, no sé qué hará. Si lo suyo va bien, quizá se vayan a vivir juntos.

—Pues ya me contarás mañana.

Continuamos andando hasta llegar al parque. Nos dirigimos hacia un banco apartado y nos sentamos.

—Es la primera vez que salgo con una persona y no puedo besarla siempre que me apetezca —me dijo resignada.

—¡Qué me vas a contar! ¿Por qué crees que me fui a Madrid? Para ser libre.

—Pero ya se lo has dicho a tus padres.

—Sí, pero una cosa es decírselo y otra cosa es que lo vean.

Me miró fijamente a los ojos, me sonrió de forma pícara y se acercó hacia mí.

—Lena...

—Aquí no nos ve nadie —me interrumpió—. Está anocheciendo y no hay casi luz.

No pude negarme y dejé que me besara. Cerré los ojos y me concentré en la calidez de sus labios.

—No puedo resistirme a ti —le susurré mientras nos separamos.

Sonrió y volvió a besarme.

Cuando nuestros labios volvieron a separarse, instintivamente miré hacia los lados, pero no había nadie. Suspiré aliviada. Aún no estaba preparada para comportarme en el pueblo igual que lo hacía en Madrid.

—La semana que viene se mudan mis padres definitivamente. Tendremos el piso para nosotras solas; prometo ser discreta hasta entonces —me dijo para tranquilizarme—. Además, yo tampoco quiero que se entere nadie hasta que decida contárselo a mis padres.

Llegué a Madrid y Marco me estaba esperando en la estación. Le abracé con fuerza pues, aunque no había pasado demasiado tiempo sin vernos, sí que había echado de menos sus conversaciones, en las que los problemas parecían tener menos importancia de la que yo les daba. Y parecía alegrarse, incluso más que yo, de las cosas buenas que me pasaban. Era su don, relativizar los problemas, vivir a tope los buenos momentos y dejar que la vida fluyese sin preocuparse demasiado por nada.

—¡Cuenta! Cuéntamelo todo —dijo mientras me cogía del brazo y me dirigía a la terraza de una cafetería cercana—. He quedado allí con Julia y con Raúl, pero tardarán un poco en llegar.

Le había adelantado que tenía novedades con Lena, pero no había entrado en detalles y sabía que eso lo tendría en vilo.

—Pues tampoco hay mucho que contar. —Me reí al ver su cara de impaciencia.

—Me tienes en ascuas. Quieres contarme todo de una vez —rogó desesperado.

—Estoy con Lena.

—¿Cómo que estás?... ¡¿Estás, estás?! —dijo entrelazando los dedos de sus manos.

—Sí, estamos juntas. Se me declaró hace dos días.

—¿Se te declaró? —Su voz se volvió más aguda.

—Ya ves. Yo aluciné más que tú. No me lo esperaba, pero ocurrió y ahora no sé si vivo en un sueño o todo es real.

—Pero, ¿ha habido beso?

—Varios —reconocí sonrojándome.

Marco me abrazó con efusividad mientras veía llegar a lo lejos a Julia y Raúl. Me separé, los saludé levantando la mano y cuando estaban suficientemente cerca, me levanté para abrazar a Julia. Era increíble lo mucho que los había llegado a necesitar en menos de un año.

Les conté lo mismo que acababa de contarle a Marco. Raúl me dio la enhorabuena y Julia me sonrió con ternura, me acarició el pelo y no hizo falta que me dijese nada más para que supiese todo lo que se

alegraba por mí.

—Pero no vengo a contaros esto —cambié de tema mirando primero a Julia y después a Raúl.

Saqué el móvil y les enseñé algunos vídeos de Tofu.

—¡Qué cosa más bonita! —exclamó Julia.

—Lo hemos rescatado hace dos días. Está en el refugio y busca adopción —añadí fingiendo una mirada de pena, aguantando una sonrisa.

Julia me entendió enseguida y miró a Raúl, que tras unos segundos comprendió el mensaje.

—La verdad es que podríamos pensarlo —le dijo Raúl a Julia.

—Tiene unos diez años, pero es muy cariñoso —les informé.

—Lo hablamos y te contestamos pronto —planteó al fin Raúl.

—Y si algún día tiene que quedarse en nuestro piso, por mí no hay ningún problema —añadió Marco guiñándome el ojo.

—¡Claro! —exclamó Julia—. Aunque viva en tu piso, el nuestro puede ser su segundo hogar.

—¡El de los titos! —añadió Marco, lo que nos hizo reír.

Viendo que Raúl no iba a tomar una decisión en ese momento, le expliqué el proceso que había que seguir para adoptarlo y le pasé el correo al que tendría que escribir si se decidía.

Seguimos hablado de nuestras cosas y después nos fuimos a comer a un vegano que pillaba cerca. Estuve muy a gusto y lo pasé realmente bien. Con ellos me sentía en familia.

Me despedí con tristeza, prometiéndoles que nos veríamos pronto, y me dirigí al Retiro, donde había quedado con Sheila. Los nervios comenzaron a brotar, pues no quería hacerle daño y no sabía muy bien cómo explicarle todo.

Llegué antes que ella y la esperé sentada en un banco. Ensayé en mi cabeza distintas formas de decírselo, pero se me olvidaron todas cuando la vi aparecer a lo lejos.

No le había adelantado nada por teléfono, solo le había dicho que teníamos que hablar de algo importante, y quizá por eso venía con un semblante serio y no intentó besarme. Solo se sentó a mi lado, cosa que agradecí.

—¿Qué tenías que decirme? —preguntó de forma seca nada más sentarse.

—Es difícil... —pensé durante unos segundos—. No podemos seguir juntas.

—Imaginaba que me dirías eso. —Bajó la cabeza para evitar mirarme a los ojos.

—Nunca he estado cómoda manteniendo una relación abierta —proseguí—. Aunque no tengo nada que reprocharte, pues lo acepté y siempre has sido sincera.

Me callé un momento para ver si decía algo, pero vi que no tenía intención de hacerlo. Ni siquiera me miraba.

—Estoy con otra chica —le dije directamente y ella, por fin, me miró.

—¿Es Lena? —me preguntó sorprendiéndome.

—Sí.

—Siempre has estado enamorada de ella —afirmó con rotundidad.

—Lo siento.

—No te preocupes. Estoy bien —mintió. Era evidente que mentía, pues sus ojos decían lo contrario.

—Te deseo lo mejor. —Le di un beso en la mejilla, me levanté y me fui sin mirar atrás.

Aún me quedaba tiempo para coger el tren de vuelta, así que pasee sola por el parque. Me encantaba la vida que tenía: gente paseando, corriendo o patinando, artistas mostrando sus habilidades a cambio de la voluntad... Poco a poco los sentimientos de tristeza que me había generado la conversación con Sheila se fueron transformando en alegría por la nueva etapa que iniciaba en mi vida.

67. LUNA

Todo estaba cambiando en casa. Los abuelos ya no estaban, solo venían de visita. También faltaban algunos muebles, pero la mayor novedad era que Abril venía muy a menudo y eso era algo que me gustaba. No sé si era porque Abril fue la persona que me encontró cuando todo había perdido sentido para mí o porque nadie me rasca el lomo como ella, pero me encanta estar en su regazo. Yo a cambio le obsequio con un buen masaje ronroneando sin reparos.

Otro cambio que no me gustaba tanto era que Lena ya no solo estaba fuera de casa por las mañanas, sino que también se iba un rato por las tardes. Duncan y yo nos quedábamos solos, pero como hacía tanto calor, nos pasábamos el día durmiendo. Nos tumbábamos en el sofá y cuando calentábamos la zona, nos bajábamos al suelo, que estaba más fresquito, hasta que al rato nos volvíamos a subir al sofá, como un ciclo sin fin.

Lena y Abril tampoco se comportaban como antes. Siempre estaban dándose besos o sentadas muy juntitas en el sofá viendo la tele. Casi siempre acabábamos junto a ellas, yo encima de Abril y Duncan con la cabeza apoyada en Lena. En esos momentos no teníamos la necesidad de bajarnos al suelo ya que encendían un aparato del que salía aire fresquito.

Me suele costar aceptar los cambios, pero me acostumbré enseguida a esta nueva forma de vivir.

68. LENA

La nueva etapa de mi vida había comenzado de forma intensa. Aunque a veces había ayudado en la tienda, ahora era una trabajadora más y las responsabilidades eran mayores. Por otro lado, vivir sola era complicado. Tenía que estar pendiente de muchas cosas: lavadoras, limpieza, compras... Tareas en las que antes solo ayudaba y ahora eran mi obligación. Por suerte, Abril me estaba ayudando en todo lo que podía y poco a poco me adapté a las nuevas rutinas.

Otro cambio fue el paso definitivo al veganismo. La clave fue poder controlar lo que compraba y tener que hacerme la comida, algo que con mis padres era complicado. Y aunque ellos no mostraron ningún problema ante mi decisión de dejar de comer carne, no me encontraba en disposición de decirles que tampoco comería nada que tuviese huevos, lácteos o cualquier cosa que proviniese de un animal. Abril me ayudó mucho para informarme sobre otros productos como son los de limpieza, la ropa y cualquier otra cosa que normalmente consumimos sin pensar que se han utilizado derivados de animales para producirla.

Pero mi gran cambio, el que dio un vuelco a mi vida, fue la relación con Abril. Cada día estaba más convencida de que declararme fue una decisión muy acertada. Tenerla como pareja le había dado otro sentido a mi vida. Ella estaba respetando mis tiempos y no habíamos llegado a nada más que a besarnos y a darnos alguna caricia furtiva sobre la ropa. Yo estaba convencida de que quería dar un paso más con ella, pero todo había sucedido muy rápido y hasta que me había ocurrido todo esto con Abril, jamás me había planteado que me gustasen las chicas.

Pasábamos las tardes juntas, o en el piso o en la protectora. Y los fines de semana nos solíamos escapar a la piscina municipal para darnos algún chapuzón. Era extraño tener que comportarnos de forma distinta cuando estábamos solas en el piso, donde dábamos rienda suelta a nuestros sentimientos, que en zonas públicas donde seguíamos

siendo las amigas de antes.

—Se lo voy a decir a mis padres —le dije un día mientras veíamos una serie en mi piso.

—¿En serio? —me preguntó sorprendida incorporándose en el sofá y dejando de prestar atención a la tele.

—Sí... necesito que lo sepan. Ellos y el resto de la gente. No quiero seguir escondiéndome. Quiero comportarme en la calle igual que aquí —me sinceré.

—Reconozco que me sigue dando miedo mostrarme en público aquí, en el pueblo. Pero si quieres, daremos el paso. —Me abrazó con ternura, aunque noté algo de indecisión en sus palabras.

—No quiero obligarte a nada —le dije con sinceridad.

—Si tienes razón, algún día tendremos que hacerlo —Me miró a los ojos y nos besamos.

Saqué el móvil y escribí un mensaje sencillo a mis padres: «Mañana por la noche iré a haceros una visita. ¿Estaréis en casa a las nueve?». Le puse la correa a Duncan, que esperaba emocionado en la puerta como siempre que le digo que nos vamos a ver a los abuelos. Le encantaba visitarlos en su nueva casa y poder corretear por el patio detrás de los insectos.

Pese a ser más de las ocho, hacía mucho calor, así que fuimos buscando la sombra. Cuanto más nos acercábamos a la casa de mis padres, más nerviosa me ponía. No me había preparado nada, ya que sabía que en el momento de darles la noticia me pasaría como siempre, que no me acordaría de lo que había pensado e improvisaría siendo lo más directa posible.

Cuando llegamos, mis padres saludaron con efusividad a Duncan, pues les encantaba comprobar cómo movía su rabo y daba saltitos de emoción al verlos. Siempre decían que parecía que los quería más ahora que no vivíamos con ellos. «Os echa de menos» solía decirles.

Nos salimos al patio y mientras Duncan olisqueaba y jugaba con todo lo que encontraba, nosotros nos sentamos a tomar unos granizados de limón que nos había servido mi padre.

—Quería contaros algo —les dije de pronto.

—¿Te ocurre algo? —se preocupó mi madre.

—Sí, pero no es nada malo. Al contrario.

—Pues tu dirás —dijo mi padre mientras me sonreía.

—Estoy saliendo con alguien... Con Abril —aclaré directamente—. Estoy saliendo con Abril.

Enseguida intentaron disimular su cara de sorpresa. Noté que no querían que pareciese que no lo entendían. Sabía que no lo veían mal, pero no se lo esperaban. Era normal, incluso yo me sorprendí al ser consciente de mis sentimientos.

—Pues muy bien. Me alegro por ti —afirmó al fin mi padre.

—Nos alegramos por vosotras —añadió mi madre—. Solo es que nos ha pillado por sorpresa, pero me parece muy bien.

—Claro, no imaginábamos que pudieses estar con una chica, de ahí nuestra sorpresa. Pero, como dice tu madre, nos parece muy bien —me aseguró mi padre.

—Además, Abril es una chica estupenda —señaló mi madre mientras mi padre asentía.

—Gracias, yo soy feliz —confesé tras haberme quitado ese peso de encima.

—Entonces nosotros también —afirmó mi padre.

Terminamos los granizados mientras seguimos hablando de otros temas. Se preocuparon sobre cómo me iba en casa y, como siempre, se ofrecieron a ayudarme en todo lo que necesitase.

—Bastante hacéis con dejarme el alquiler tan barato —les dije mientras me levantaba y me preparaba para marcharme.

Llamé a Duncan, que vino corriendo al ver la correa. Y es que le gustaba estar en casa de los abuelos, pero le gustaba más pasear.

—Lena. Estamos muy orgullosos de ti —me confesó mi madre mientras se despedía con un abrazo.

—Sí, has madurado muchísimo y eres una persona muy responsable —confirmó mi padre mientras me despedía de él con otro abrazo.

Mientras volvía a casa, llamé a Abril para contarle todo y para quedar con ella para cenar en el piso. Volví a buen ritmo, orgullosa de mí misma y contenta por cómo se lo habían tomado mis padres. Duncan parecía notar mi estado de ánimo y de vez en cuando se paraba y me saltaba a modo de juego. Yo también saltaba y correteaba junto a él, mientras la gente con la que nos cruzábamos se nos quedaba mirando. «Me da igual lo que piensen de mí» me dije a mí misma. Y era verdad, me daba igual, solo me importaba ser feliz. Y, contra pronóstico, era muy feliz, algo que me parecía imposible hace un tiempo.

—¿Eres feliz, Duncan? —le pregunté una de las veces que saltó para abrazarme—. Sí, lo eres... Y yo también.

69. ABRIL

No llegué a llamar al timbre porque nada más llegar al portal vi a lo lejos a Lena y Duncan. Duncan me reconoció enseguida, empezó a tirar con fuerza hacía mí. Lena al principio intentó sujetarlo, pero después se dejó llevar por sus tirones y se puso a correr.

Cuando llegaron a mí, Duncan me saludó subiendo sus patas sobre mis hombros, mientras Lena me saludaba con la voz agitada por el esfuerzo.

—Voy a tener que pensar seriamente en ponerme en forma —dijo riéndose.

—Ya estás increíble —afirmé con una sonrisa pícara que dejaba clara la doble intención de mis palabras.

—Qué tonta —susurró devolviéndome la sonrisa.

Subimos al piso y nada más pasar Luna salió corriendo a recibirme. La cogí en brazos y comenzó a ronronear al instante.

—Creo que te quiere más que a mí —me dijo Lena mientras acariciaba a Luna.

No contesté. Dejé a Luna en el suelo, me giré hacia Lena y la besé. Ella me correspondió con pasión.

—Me alegro de que haya ido tan bien con tus padres —le dije mientras nos dirigíamos al sofá—. Yo también se lo he dicho a los míos...

—¿Sí? —me interrumpió sorprendida pues no le había avisado de que se lo fuese a contar ya—. ¿Qué tal ha ido?

—Bueno, no puedo decir que haya ido mal, pero no son buenos fingiendo. —Tras una pequeña pausa, prosiguió—: Han dicho lo típico: que les parece bien, que lo importante es que yo sea feliz... Pero se les notaba que no terminan de entenderlo.

Lena me abrazó, cosa que agradecí, ya que no había sido una tarde agradable.

—Te quiero —me dijo mirándome fijamente a los ojos.

Escuchar esas palabras aceleró mi corazón. Me impactaron casi

tanto como cuando me besó. Me quiere, ¿es un sueño? Yo también la quiero, la quiero con toda mi alma.

—Yo también te quiero. —Y la besé. La besé con amor, entregándome por completo en ese beso.

Lena me cogió la mano y me dirigió hacia su habitación. Yo la seguí sin resistirme y sin decir nada. Cerró la puerta y nos volvimos a besar.

—Estoy lista. —Comenzó a quitarse la camiseta lentamente.

No hizo falta que dijese nada más. Decenas de mariposas revolotearon en mi estómago. La ayudé a desvestirse hasta que quedó en ropa interior. Comencé a quitarme la ropa y ella se quedó mirándome. Me quedé también en ropa interior y la tumbé en la cama.

Decidí tomar la iniciativa. Noté cómo su cuerpo reaccionaba con cada caricia y beso que le daba. Su vello se erizaba mientras le quitaba la ropa interior y rozaba con los labios las zonas que descubría. Memoricé sin esfuerzo cada lunar, cada curva y cada rincón de su cuerpo.

No era la primera vez que tenía sexo, pero sí que era la primera vez que hice el amor. Las dos lo disfrutamos. Nos entregamos por completo en lo que se convirtió en un momento mágico.

70. LENA

Desperté con Luna a mi lado y Duncan en los pies de la cama. Abril no se había quedado a dormir, pese a que lo intenté. No había avisado a sus padres y tampoco sabría qué decirles.

Había dormido muy bien, como hacía tiempo que no dormía. Recordé lo que había pasado esa misma noche en esa misma cama y me alegré de haberme atrevido a dar ese paso. Había sido muy especial, un acto de total entrega. Un acto de amor.

Miré el móvil y vi un mensaje de Leo: «Han escrito al correo para adoptar a Tofu. Dicen que son amigos de Abril». Me incorporé ante la alegría y le escribí a Abril para contárselo. Era temprano y tardó en contestar. Ella es más dormilona que yo, así que me levanté, les di de comer a Luna y a Duncan y me preparé el desayuno. Estaba terminando de desayunar cuando sonó mi móvil.

—¡Buenos días! Me escribió ayer Julia para decírmelo, pero lo leí tarde y ya no quise molestarte —me escribió acompañado de varios emoticonos sonrientes con corazones.

—Genial, pues ya les ha contestado Leo para explicarles todo el proceso. Ojalá salga todo bien.

—Seguro que sí, serían muy buenos adoptantes y Tofu tendría mucha suerte. Además, así yo sería la tita Abril —añadió emoticonos riéndose.

—Me encantó lo de ayer —cambié de tema.

—Y a mí.

—Me alegro de haber dado el paso. Fue muy especial.

—Y yo me alegro de que lo dieras —emoticonos de risas—. En serio, estar contigo es lo más especial que me ha pasado nunca.

Le envié varios corazones.

—Te voy a dejar, que tengo que irme a la tienda. ¿Nos vemos esta tarde cuando termine?

—Claro. Te quiero —me escribió para despedirse.

—Ídem —le escribí imitando a Patrick Swayze en *Ghost*, que tantas

veces había visto con mi hermano, fan incondicional de todo lo que se hacía en los ochenta y noventa.

Me envió emoticonos lanzando besos, lo que me dio a entender que había comprendido mi respuesta.

Unos días después, tras superar el proceso de preadopción, vinieron al pueblo Raúl y Julia. Llegaron a mediodía y les invitamos a comer en mi casa. Abril y yo preparamos la comida, ya que, como les habíamos advertido, en este pueblo no hay muchas opciones veganas en los bares y restaurantes.

Duncan estuvo muy cariñoso con ellos. Era increíble cómo había cambiado y le había perdido el miedo a las personas. La que se escondió fue Luna. Era recelosa con la gente que no conocía, así que no pudieron conocerla mucho.

Por la tarde habíamos quedado con Leo en la protectora para realizar la adopción. Se les veía muy emocionados por darle la oportunidad de tener una familia a un abuelillo. Las fotos y los vídeos que les había ido enviando Abril les habían terminado de convencer y estaban deseando conocerlo.

—Nunca he estado en el refugio de una protectora. Creo que voy a querer llevármelos a todos —dijo Julia mientras nos dirigíamos al refugio y yo le indicaba a Raúl cómo llegar.

—Te va a sorprender —le aseguró Abril—. Como ya te he dicho otras veces, es un lugar lleno de amor. Son felices.

Llegamos al refugio y Leo ya tenía fuera del chenil a Tofu, que esperaba a su nueva familia. Al vernos, comenzó a mover el rabo de alegría. Julia y Raúl se agacharon junto a él y comenzaron a acariciarlo con ternura.

—Bueno, si queréis vamos firmando el contrato y formalizamos la adopción —les planteó Leo.

Raúl se incorporó y se marchó con Leo para arreglar el papeleo, mientras Tofu siguió regalándonos besos. Era un perro que agradecía cualquier muestra de cariño y aún no sabía la suerte que había tenido.

Tras formalizar la adopción, le di un paseo a Tofu para que aguantase mejor el viaje, mientras Abril les enseñaba el refugio. Cuando regresaron, noté que Julia tenía los ojos enrojecidos por haber llorado.

—Es un sitio increíble. Abril tenía razón, rebosa amor. Los peludillos son adorables. Ojalá todos encuentren familia pronto —deseó Julia con sinceridad.

—Es maravilloso lo que hacéis. Muchas gracias —añadió Raúl.

—Gracias a vosotros por adoptar a este pequeñajo —les dije mientras les entregaba la correa de Tofu.

—Vamos a cuidar muy bien de él —aseguró Raúl.

—Lo sé —contestó Abril mientras abrazaba a Julia para consolarla.

71. DUNCAN

Es curioso cómo nos llegamos a acostumbrar a las situaciones nuevas, y lo que parecía algo extraño se convierte en rutina y normalidad. Ya casi no recuerdo cuando los abuelos vivían con nosotros; sin embargo, Abril parecía una más de la familia pese a no vivir aquí.

Han pasado varios años y ya casi puedo predecir las épocas en las que veremos a Abril a diario y las que solo la vemos los fines de semana. También hay épocas en las que Luna y yo nos quedamos varios días en casa de los abuelos. Las primeras veces era raro y nos quedábamos tristes por pasar tanto tiempo sin ver a Lena, pero ya nos hemos acostumbrado.

Mi mamá ha aprendido a conducir y a veces nos vamos con Abril a distintos sitios mientras Luna nos espera en casa. Visitamos ríos, lagunas, playas... Les encanta bañarse y tomar el sol. Yo me conformo con mojarme las patas, pero no me gusta nadar. Aún recuerdo la primera vez que me metieron a una zona en la que no hacía pie y nadé como loco hasta la orilla. Por suerte, entendieron que no me gustaba y no me lo han vuelto a hacer.

Tras pasar el día fuera, lo mejor es regresar a casa y poder estar con Luna. Ella se alegra mucho de vernos y yo me alegro muchísimo de poder tumbarme en el sofá. Llego tan agotado que caigo rendido y Luna se apresura a acomodarse junto a mí. Su ronroneo siempre me ayuda a relajarme.

72. ABRIL

Me costaba creer que acababa de hacer el último examen de la carrera. Si aprobaba, oficialmente sería periodista. Habían sido unos años de esfuerzo, pero habían merecido la pena. También habían sido unos años donde había tenido la oportunidad de exponer algunas de mis fotografías. Raúl me organizó otras dos exposiciones y se vendieron casi todas las fotos, pero me sirvió para darme cuenta de que para vivir de la fotografía artística había que tener mucha suerte y gente influyente que te diese a conocer en el mundillo. De todas formas, yo estaba orgullosa de mi trabajo y el simple hecho de exponer mi obra me servía de motivación para seguir aprendiendo.

Mi vida había cambiado por completo. Mi relación con Lena estaba totalmente consolidada y habíamos conseguido formalizarla. Y no porque saliésemos a las calles a anunciarlo o a hacerlo público. Ni siquiera teníamos redes sociales, que es el escaparate que la mayoría utiliza para mostrar su vida... de una forma idealizada, claro. Simplemente nos habíamos comportado como nos apetecía en cada momento, como lo haría cualquier pareja.

Y aunque soy muy feliz, no todo ha sido un camino de rosas. En el pueblo, sobre todo al inicio de nuestra relación, no cesaban los cuchicheos a nuestras espaldas cuando pasábamos cogidas de la mano por delante de algunas personas que se creen con el derecho de criticar todo lo que no les parece normal. ¿Qué es normal? Odio esa palabra. Y si es un sinónimo de común, qué aburrido. Hemos tenido que soportar comentarios groseros de niñatos que parecían sentir insultada su masculinidad cuando veían besarse a dos chicas. Y en alguna ocasión hemos sentido miedo al volver a casa después de salir de fiesta. Lo mejor es que todo esto lo hemos afrontado juntas.

Una extraña nostalgia se apoderó de mí cuando estaba entregando el examen. Salí por el pasillo deteniendo la vista en todos los rincones que habían formado parte de mi vida estos últimos años. ¿Se puede echar de menos algo que aún no has abandonado? Al salir de la

facultad, me di la vuelta y me quedé mirando la fachada. Estaba segura de que iba a aprobar todo, tal y como había hecho los cursos anteriores, y de que estaba finalizando esta etapa de mi vida.

Saqué mi móvil y llamé a Lena sin apartar la vista del edificio.

—Ya he terminado.

—¿Y qué tal se te ha dado?

—Bien, bastante bien.

—¿Y por qué pareces triste?

—No es tristeza... Tampoco sé explicarlo. Simplemente me doy cuenta de que esto se acaba y me da pena.

—Aún nos queda lo mejor —intentó animarme.

—Lo sé —dije convencida al pensar en la vida que podría tener a su lado—. Te quiero.

—Ídem.

73. LENA

Dejé a Duncan y Luna con mis padres y me fui a Madrid bien temprano. La graduación de Abril sería por la tarde, pero quería pasar el día con ella. Sus padres también irían, pero solo al acto. Nosotras después cenaríamos con algunos de su clase y las parejas o amigos que quisieran invitar.

Llevaba preparado un regalo especial, de valor más simbólico que económico. Se lo daría tras la cena y estaba algo nerviosa por cómo iba a reaccionar, pese a que estaba casi segura de que le iba a gustar.

Comimos en su piso con Marco, que seguía viviendo allí, y con Julia y Raúl, que se habían ido a vivir juntos, pero no habían perdido el contacto. Los dos compañeros nuevos de piso se habían marchado a sus pueblos tras acabar el curso. Llevaban solo un año con ellos y, aunque la relación con Abril era buena, no habían llegado a intimar tanto como lo hizo con Marco y Julia.

Me encantó reencontrarme con Tofu, que también estaba en el piso. Lo había visto un par de veces este año cuando venía de visita a Madrid, pero cada vez que lo veía me hacía la misma ilusión. Ver tan felices a los animales que han sido adoptados es lo mejor que nos podía pasar a las personas que estamos de voluntarias en las protectoras. Da sentido a nuestro esfuerzo.

—Es un abuelillo encantador —me dijo Julia cuando cogí a Tofu en brazos.

—Adoptarlo fue la mejor decisión que pudimos tomar —añadió Raúl.

—¡Qué suerte tuvo de que os cruzaseis en su camino! —les contesté, mientras lo achuchaba.

—Y qué suerte ha tenido su tito preferido —añadió Marco mientras me lo arrebataba de las manos—. Tengo claro que en cuanto tenga estabilidad en mi vida, haré una visita a vuestra protectora para adoptar uno.

Se notaba que Tofu lo quería mucho, pues no dejaba de mover

frenéticamente su rabo mientras le lamía la cara.

—No esperaba menos —le dijo Abril guiñándole el ojo.

Abril y Marco se encargaron de preparar la comida. Todo era vegano, pues Marco, el único que no lo era, no tenía problemas en comer lo mismo que nosotros y, tal y como nos dijo, cada día comía menos carne.

—Supongo que terminaré uniéndome a vuestra secta —bromeó.
Tras ducharme, me fui a la habitación de Abril para ponerme el vestido que había traído para la ocasión. Abril, que solía ducharse muy rápido, entró cuando solo me había puesto la ropa interior. Me sonrió con picardía y se quitó el albornoz; quedó desnuda frente a mí. Me acerqué a ella y comenzamos a besarnos suavemente mientras acariciaba su cuerpo aún húmedo.

—Vamos a llegar tarde. Esta noche te lo compenso —aseguró separándose de mí.

—Pues no me tientes. —Me reí y me mordí el labio inferior.

Me puse mi vestido negro, vaporoso, que me quedaba por encima de la rodilla y ella sacó un vestido verde, largo, que dejaba toda la espalda al aire.

—Estás preciosa —le dije mientras daba una vuelta coqueta para dejarme verla por completo.

—Gracias. Tú también. —Se acercó para darme un beso suave.

Llegamos al salón de actos donde se celebraría la graduación y vimos a sus padres, vestidos discretos pero elegantes, que estaban esperándonos. Nos acercamos a ellos y su madre se alegró mucho de vernos. Su padre también, pero menos. Las pocas veces que habíamos estado juntas con ellos, se notaba que a su padre le costaba asimilar que su hija pudiese tener una pareja de su mismo sexo, aunque intentaba comportarse como si no fuese así.

—¡Estáis guapísimas! —nos dijo su madre nada más vernos.

Abrazó a su hija y me dio dos besos a mí. Se le notaba feliz por asistir a la graduación de Abril. Por lo que había hablado con ellos, provienen de una familia muy humilde y Abril iba a ser la primera con un título universitario. Su padre solo nos dio dos besos tanto a Abril como a mí y tampoco pudo disimular su orgullo al mirar detenidamente a su hija.

Nos dirigimos dentro mientras Abril me presentaba a algunos de sus compañeros de clase. Nos sentamos y por fin llegó el momento. Cuando pronunciaron su nombre y vimos a Abril en el escenario, recogiendo su diploma mientras le colocaban la beca gris, pude ver como su madre se secaba las lágrimas con un pañuelo. Su padre consiguió contenerlas con esfuerzo. Me emocionó la situación y noté una lágrima que resbalaba por mi mejilla.

Tras las fotos de rigor, tanto de Abril con sus compañeros como con

sus padres, conmigo y una de los cuatro juntos, nos despedimos de sus padres y nos dirigimos al lugar que habían reservado para cenar la mayoría de alumnos y sus invitados. Estuvieron contando anécdotas de todos estos años en la facultad y yo me dediqué sobre todo a escuchar. No me importó; era su momento.

Al terminar la cena, comenzaron a hacerse grupitos para ir a distintos sitios de fiesta. Nosotros quedamos con el grupo más cercano a Abril, con los que había hecho varios trabajos durante estos cursos y que solían sentarse juntos en clase.

Antes de irnos, la aparté de ellos.

—Tengo un regalo para ti —le dije mientras la llevaba de la mano a un lugar más tranquilo.

—No hacía falta que me comprases nada.

—No es nada comprado —le aclaré mientras sacaba del bolso una cajita negra—. Tranquila, que no es un anillo—aclaré cuando vi su cara de extrañeza ante la situación.

Cogió la caja, sonrió y la abrió muy despacio.

—¿Y esto qué significa? —preguntó extrañada al ver la llave que había dentro.

—Me gustaría que vinieses a vivir conmigo.

Se quedó callada, mirando la llave. No fue mucho tiempo, pero a mí se me hizo eterno.

—Me encantaría —contestó al fin.

La abracé aliviada.

—La verdad es que no quería volver a la casa de mis padres, pero hasta que consiga trabajo no sé cómo podré pagar el alquiler —confesó dudosa.

—No te preocupes por eso. Vivamos el presente —le dije y la besé con ganas. A punto estuve de pedirle que nos fuésemos al piso directamente, pero no quise privarla de la fiesta tras su graduación.

Llegamos a una discoteca donde habían ido muchos de los graduados. Bebimos sin llegar a perder el control, bailamos todo lo que nos permitieron los tacones y cantamos hasta quedar afónicas. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien y Abril estaba disfrutando muchísimo.

Al llegar al piso, pese a estar reventadas, entramos a la habitación con ganas de continuar la diversión. Nos desvestimos la una a la otra de forma torpe y apresurada mientras nos besábamos con pasión. Nos acariciamos los cuerpos como si fuese la primera vez que lo hacíamos. Nos entregamos la una a la otra sin miramientos, con un deseo incontrolable. Fue el colofón perfecto a una noche perfecta.

74. LUNA

Estaba encantada de que Abril se quedase en casa para siempre, pues así tendría más opciones a la hora de echarme mis múltiples siestas cada día. A veces dormía junto a Duncan y a veces sobre Abril. Cuando hacía mucho calor, de vez en cuando me tumbaba en el suelo. Y si hacía mucho frío, elegía el lugar más cercano a la calefacción. Además, cogí el hábito de dormir por las noches entre ellas. Justo entre sus cabezas.

Se habían cambiado de habitación y ahora dormían en la que antes era de los abuelos. Solo que estaba muy distinta. Lena se había llevado muchas cosas suyas y Abril se trajo unas cuantas. Podía distinguir sus cosas solo oliéndolas.

Duncan también estaba contento con la nueva situación. Abril se hacía querer y, aunque Duncan seguía teniendo predilección por Lena, se notaba que cada día quería más a Abril, salía a la puerta para recibirla cuando llegaba a casa y se sentaba junto a ella cuando comían, pues siempre le daba algo a escondidas, mientras que Lena casi nunca le daba de su comida. También lo sacaba de paseo cuando Lena no estaba en casa.

Fue pasando el tiempo y Abril pasó de ser la persona que se había mudado a casa a ser una más de la familia.

En cuanto a mí, de vez en cuando me ponía malita y me tocaba ir al veterinario. Lo odiaba. En cuanto veía el transportín me escondía y cuando me encontraban, trataba de ponérselo lo más difícil posible para que no me metiesen en ese dichoso trasto.

A veces, tras examinarme, me ponían una inyección. Otras veces les mandaban jarabes o pastillas que tenían que darme en casa durante varios días. «Al ser inmunodeficiente se recupera con más dificultad de cualquier enfermedad» les decía la veterinaria a Lena y a Abril. Pero al final siempre me recuperaba y, por suerte, pasaba mucho tiempo hasta que nos tocaba volver a la clínica.

Quitando esos momentos, puedo decir que mi vida era casi

perfecta. Tenía una familia en la que solo faltaba mi mamá. Ojalá hubiese tenido la suerte que tenía yo, podríamos haber vivido en esta casa juntitas y habría sido tan feliz como yo lo era.

75. ABRIL

Vivir con Lena fue más fácil de lo que me había imaginado. Era como si estar juntas fuese lo más natural. Mi principal preocupación era conseguir trabajo para poder contribuir económicamente en todos los gastos, pese a que Lena no me presionó en ningún momento en este sentido.

Tras entregar muchos currículos, algunos en mano, otros por correo, y patearme todos los medios de comunicación de la comarca, conseguí un contrato de prácticas en un periódico del pueblo. No ganaba mucho dinero, pero al menos me dio la tranquilidad de poder ayudar en los gastos.

Si antes de vivir aquí ya quería mucho a Duncan y a Luna, ahora tenía la sensación de que eran de mi familia, lo que elevó ese amor a un nivel superior. Algo muy difícil de explicar.

Nuestra relación se consolidó de tal forma que comenzamos a hablar del futuro. Las dos teníamos claro que no queríamos tener hijos... humanos; siempre lo puntualizábamos entre risas. Y a menudo íbamos a comer a casa de nuestros padres. O los invitábamos a casa.

Aunque lo que más nos gustaba era recibir la visita de Marco, Julia o Raúl, lo que incluía a Tofu, que se llevaba muy bien con Duncan, pero no tanto con Luna. Bueno, más bien Luna no quería saber nada de Tofu.

Los que habían sido mis amigos en Madrid ahora eran nuestros amigos. Y para no perder el contacto, no dejábamos que pasase más de un mes sin verlos. O venían ellos o íbamos nosotras a Madrid, y dejábamos a Duncan y Luna con los padres de Lena.

Mi situación laboral se estaba consolidando y pasé a tener un contrato indefinido. Les había gustado mi forma de escribir y, sobre todo, valoraban mis fotografías, por lo que conseguí una estabilidad que me permitió pensar en dar un paso más allá en la relación con Lena.

No preparé nada especial. No decoré el piso ni puse velas. Sabía

que nada de eso le hubiese agradado a Lena. Tampoco estaba segura de que le gustasen los anillos que había comprado o de que no le hiciese gracia lo que le iba a pedir.

—Hola, ya estoy en casa —anunció Lena cuando abría la puerta.

—Hola, estoy en el salón.

Entró al salón y me miró extrañada cuando le pedí que se sentase a mi lado en vez de levantarme y recibirla con un beso, como hacía normalmente.

—¿Te pasa algo? —me preguntó mientras se sentaba junto a mí en el sofá.

—No, no pasa nada... Bueno sí, pero algo bueno... Creo. —Reí de los nervios.

—No te entiendo.

—Ya, normal —le dije intentando centrarme—. A ver, quería pedirte una cosa...

Saqué la caja con los anillos que tenía escondida debajo de una almohada y Lena, sin decir nada, se tapó la boca con la mano.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pregunté abriendo la caja y sin poder evitar que me temblase la voz al decir «casarte».

Lena miró los anillos, me miró a mí y al quitarse la mano de la boca pude ver su sonrisa, lo que me alivió.

—Sí, claro que sí —contestó emocionada.

Cogí un anillo y se lo puse en el dedo. Ella, sin decirme nada, cogió el otro anillo y me lo puso. Nuestras manos se quedaron unidas, acariciándonos.

—Te quiero —le dije.

—Ídem —me contestó.

Nos besamos sabiéndonos amadas y afortunadas, pues no es fácil encontrar el amor y ser correspondida, pero es más difícil aún que ese amor sea tu mejor amiga.

Fue una ceremonia sencilla, como lo éramos nosotras. En el juzgado, con nuestros padres como testigos y Marco, Julia y Raúl como únicos invitados. Nos vestimos con ropa que nos hacía sentir cómodas y pronunciamos el «sí, quiero» con la mayor sinceridad. Creo que esa fue la primera vez que nos besábamos delante de nuestros padres, pero en realidad durante ese beso estuvimos solas, no existía nadie más.

Estar enamorada te hace sentir invencible y vulnerable al mismo tiempo. Un estado inexplicable donde, al pensar en tu felicidad estás pensando en la felicidad de la otra persona. Y es que no hay nada mejor que amar y sentirte amada.

EPÍLOGO (ocho años después)

76. DUNCAN

Queridas mamás, no estéis tristes, estoy bien.

¡Estoy con Luna! Me alegré mucho cuando vino a recibirme al cruzar el arcoíris. Los dos os echamos de menos, pero somos felices. Os estaremos esperando y, mientras tanto, aquí seguimos jugando y echándonos esas siestas eternas, tal y como hacíamos antes de que Luna nos dejase. Ella se reunió con su mamá, que la sigue cuidando tanto como hacía antes de morir.

Quiero daros las gracias por la vida tan maravillosa que me habéis dado y que jamás habría imaginado hasta que os cruzasteis en mi camino. Me marché con el corazón lleno de amor.

También os quiero agradecer que, al igual que hicisteis con Luna, estuvieseis conmigo hasta mi último aliento. El dolor y miedo que sentía se vieron eclipsados por el calor de vuestros abrazos mientras aquella aguja me dormía para siempre. Tengo grabado en la memoria aquel último «Te queremos». No imagino una mejor forma de despedirnos.

Ya estaba muy malito y solo tenía ganas de descansar... E incluso en ese momento tan difícil supisteis hacer lo que era mejor para mí.

Un trocito de nosotros se quedó en vuestros corazones y cada vez que nos recordáis, seguimos a vuestro lado.

Os queremos pedir que adoptéis a otros animales que lo necesiten. Tranquilas, no nos estaréis sustituyendo, y así daréis la oportunidad a otros animales de vivir una vida maravillosa a vuestro lado. Buscad a quien más os necesite y salvadle como lo hicisteis con nosotros. Ojalá todos los animales tuviesen la suerte de tener la vida que nosotros hemos tenido. El hecho de que améis a otros animales no nos robará nuestro hueco en vuestro corazón, sino que este se hará más grande y cabremos todos.

No sé si fue el destino el que nos unió a los cuatro, lo que tengo claro es que logramos formar una verdadera familia. Y si el destino no existe, fue una maravillosa casualidad.

Vivid la vida como vosotras sabéis, seguid queriéndoos como lo hacéis y recordadnos con alegría hasta que nos volvamos a encontrar. No dudéis de que os estaremos esperando cuando crucéis el arcoíris.

Os queremos, mamás.

«Te espero cuando miremos
al cielo de noche:
tú allá, yo aquí.»
Mario Benedetti

77. LENA

Me desperté antes de que sonase el despertador tras soñar con Duncan y Luna que nos esperaban al otro lado del arcoíris. Me llevé las manos a la cara y pude notar que las lágrimas que corrían por mi mejilla sí que eran reales.

Hacía un mes que Duncan nos había dejado por el maldito cáncer que se había apoderado de su cuerpo. Y, cuando la situación era terminal, decidimos que no íbamos a permitir que sufriese más, tal y como hicimos con Luna un año antes debido a que su inmunodeficiencia comenzó a hacerle la vida demasiado difícil y nos arrebató la esperanza de que pudiese seguir más tiempo con nosotras.

Eutanasiarlos fue la decisión más complicada que hemos tenido que tomar Abril y yo. Pero sabemos que más difícil habría sido verlos sufrir y agonizar en sus últimos días. También fue difícil estar junto a ellos en ese momento, pero no podíamos dejarlos solos. Queríamos que nuestras caricias les tranquilizasen en esa situación tan dura y que nuestros «Te quiero» fuesen lo último que escuchasen.

Zarandeé suavemente a Abril, que dormía junto a mí.

—¿Qué quieres? ¿Qué te pasa? —dijo aún adormilada.

—Tenemos que adoptar a Zoe, a Peter y a Wendy.

—¡¿Cómo?! —El sobresalto hizo que se incorporara rápidamente y se sentase junto a mí.

Zoe era una perrita que parecía invisible para todo el mundo. Tendría unos siete años, de los cuales llevaba cuatro en el refugio. Era una perrita cariñosa, que se derretía por unas caricias. Tenía un tamaño mediano, que siempre parecía grande para los que querían perros pequeños y pequeño para los que preferían perros grandes. Su pelo oscuro no ayudaba. Quizá físicamente no llamaba la atención, pero a mí me tenía enamorada. Y, además, ya habíamos comprobado que era sociable con gatos.

Peter y Wendy eran dos gatos hermanos que llevaban tres años en el refugio. Llegaron siendo unos bebés. ¿Qué los había vuelto

invisibles? Pues que los dos eran de color negro e inmunodeficientes. Sí, como Luna. Casi nadie adopta a los gatos de la nave de positivos. Los dos tenían un carácter muy similar. Quizá Wendy era un poco más tranquila y Peter más juguetón, pero los dos eran extremadamente cariñosos, perseguían a las voluntarias para conseguir sus caricias y abrazos. Y siempre dormían juntos. No hubiese sido justo separarlos.

—Pues eso, que tenemos que adoptarlos. Creo que se merecen una familia y cuál mejor que la nuestra —le expliqué ante su sorpresa.

—¿Estás segura? Hace poco tiempo de lo de Duncan. —La tristeza se hizo evidente en su rostro cuando lo recordó.

—Creo que estoy preparada. ¿Y tú?

Se tomó un tiempo para pensarlo.

—Sí, creo que también. Y si tuviera que elegir, también elegiría a esos tres —me sonrió y la abracé con fuerza.

Formalizamos las adopciones en poco tiempo. El día que los llevamos a casa fue un día emocionante. A Zoe le costó subir las escaleras y no pude evitar que me viniesen a la memoria aquellos momentos en los que, con muchísima paciencia, tuve que enseñar a Duncan a subirlas. Nada más entrar en casa, la soltamos y se puso a olisquear todo con curiosidad. De vez en cuando nos miraba ilusionada y sus ojos parecían preguntar si esa sería su nueva casa. Abril y yo no pudimos evitar llorar de felicidad cuando la vimos acercarse al sofá y subirse sin pensarlo.

Volvimos a ponerle la correa a Zoe para poder sacar del transportín a Peter y Wendy. Se asomaron con cuidado, pero no tardaron en salir y comenzar a inspeccionar el salón. Zoe los miraba con curiosidad desde el sofá. A los pocos minutos, como no podía ser de otra forma, ya estaban pidiéndonos mimos.

—Estáis en casa, pequeños —dijo Abril observando a los tres con ternura.

Miré a Abril y sin que me dijese nada, supe que ella también estaba pensando en Duncan y Luna, y en todo lo que los echábamos de menos. También me sentía orgullosa de poder dar una vida feliz a estos tres animales que tanto se lo merecían.

Sin decirnos nada, nos abrazamos emocionadas. Es lo que tiene el amor, que lo abarca todo, que es generoso y que no tiene límites.

AGRADECIMIENTOS

Gracias es mi palabra favorita. Deberíamos decirlo a menudo y a diario. Es aconsejable ser conscientes de todo por lo que deberíamos estar agradecidos para no pasar por alto lo que tenemos y que nos hace afortunados. Cada día, antes de dormir, tendríamos que dar las gracias por lo que los demás hacen por nosotros, por lo que nosotros hemos podido hacer por los demás y por lo que nosotros hacemos por nosotros mismos.

Quiero dar las gracias a mi familia, sobre todo a mi madre y mi padre, por ser las raíces que me han permitido convertirme en la persona que soy.

Gracias a Sonia por ser siempre mi guía. Sabes que te admiro y que me has ayudado a ser la mejor versión de mí mismo. Gracias por *soportar* mis procesos creativos y darme siempre una opinión sincera. Te quiero (ídem).

Gracias a todas las personas que luchan por que este mundo sea mejor. A todas las que luchan contra las desigualdades y las opresiones, incluyendo a personas y al resto de animales.

Gracias a todas mis compañeras de AnimAlcázar, cuyos sacrificio y entrega han permitido salvar a miles de animales. Gracias por no desfallecer y por seguir luchando cada día por ofrecer una segunda oportunidad a esos peludillos que son abandonados.

Doy las gracias por que se hayan cruzado en mi camino tantos animales rescatados que me han enseñado a amar de forma incondicional, que me han enseñado a perdonar y a disfrutar de la vida prestando atención a lo que es realmente importante. Gracias por enseñarme que el corazón se puede ensanchar para que quepan todos, y por poner tiritas en el alma cuando hace falta.

Gracias a todas las personas que han ayudado a que este libro vea la luz. A las que me ayudaron en el proceso, me aconsejaron y me dieron su opinión. Y a todo el equipo de la editorial Sol de Sol por

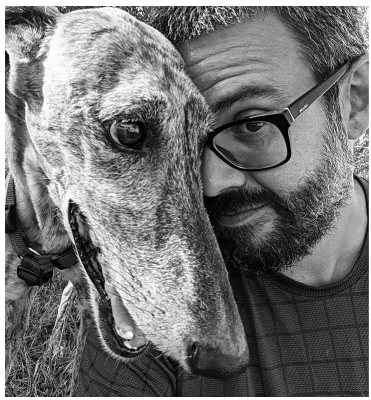
darle forma a este sueño.

La mejor forma de devolver toda esta gratitud es donar la totalidad de los beneficios que se obtengan con este libro a la protectora de animales AnimAlcázar.

¡GRACIAS!

AUTOR

Paco Romero García



(Alcázar de San Juan, 1980)
Trabaja como maestro de Primaria en la escuela pública desde 2005 y es voluntario de la protectora de animales

de su pueblo, AnimAlcázar, desde su fundación en 2014. Se define como un activista por los derechos de los animales, por los que lleva luchando desde muy joven, y contra todo tipo de opresión y discriminación.

Aficionado al dibujo, a la fotografía y a cualquier forma de expresarse, de lo que ha surgido la necesidad de contar historias. *Vidas Valiosas* fue su primer libro, en el que contaba historias reales de algunos de los animales rescatados que han pasado por su vida y cuyos beneficios fueron donados a AnimAlcázar. Ahora se atreve con su primera novela de ficción, *Tiritas en el alma,* que también será solidaria con la protectora de animales.

INSTAGRAM: @pacoromg

FACEBOOK: Paco Romero García